

LAS NOVIAS



DE LA LÍNEA MUERTA

AMALIA MIRALPEIX

Las novias de la línea muerta

1. [El hallazgo](#)

1. [1. La línea muerta](#)
2. [2. Cena en casa de mi tía](#)
3. [3. El pasillo del juzgado](#)
4. [4. Volver a marcar](#)
5. [5. Ferran](#)
6. [Interludio](#)
7. [6. Lo que quité](#)
8. [7. Lo que me contó primero](#)
9. [8. La masía](#)
10. [9. B-01](#)
11. [10. Comida de familia](#)
12. [11. El segundo plazo](#)
13. [12. Un hombre que arregla cosas](#)
14. [13. La versión que me sirve](#)
15. [14. N-02](#)
16. [15. La balsa](#)
17. [Interludio](#)

2. [Las credenciales](#)

1. [16. De quién es el teléfono](#)
2. [17. C-03](#)
3. [Interludio](#)
4. [18. La cita de las flores](#)
5. [19. Mi nombre en tres sitios](#)
6. [20. Las cosas que le pedí que mirara](#)
7. [21. La jaula](#)
8. [22. La noche de la N-340](#)
9. [23. Gabriel llamó](#)
10. [24. Prueba de sonido](#)
11. [25. La carpeta](#)
12. [Interludio](#)

13. [26. Confirmación de invitados](#)
14. [27. M-04 no es una víctima](#)
15. [28. El café de la estación](#)
16. [29. Lo que le debo a Ferran](#)
17. [30. Duplicados](#)
18. [Interludio](#)
3. [Bea](#)
 1. [31. Cuatro días](#)
 2. [32. La casa de Prades](#)
 3. [33. Un kilómetro que no existe](#)
 4. [34. La versión de Mireia](#)
 5. [35. Lo que hace una con eso](#)
 6. [36. Comida en casa de Roser](#)
 7. [37. El número que borré](#)
 8. [38. Bea](#)
 9. [Interludio](#)
 10. [39. Dos muertas después](#)
 11. [40. La primera vez que le mentí a Álvaro](#)
 12. [41. La prueba del vestido](#)
 13. [42. Vidal Obres](#)
 14. [43. Nàdia hablaba muy rápido](#)
 15. [44. El dinero está en las paredes](#)
 16. [45. Esto todavía no prueba nada](#)
 17. [Interludio](#)
4. [La corrección](#)
 1. [46. Registro Mercantil](#)
 2. [47. Faltan cuatro](#)
 3. [48. Cambrils](#)
 4. [49. La fecha](#)
 5. [50. Tarjetas de mesa](#)
 6. [51. Lo que no quemó](#)
 7. [52. Lo que hizo en enero de 2024](#)
 8. [53. La trampa era la boda](#)
 9. [54. El extracto de Nàdia](#)
 10. [55. Cómo se roba con permiso](#)
 11. [Interludio](#)

12. [56. Rosa](#)
13. [Interludio](#)
14. [57. ¿Me elegiste por esto?](#)
15. [58. La próxima culpable](#)
16. [59. El depósito](#)
17. [60. La pregunta once](#)
18. [Interludio](#)
5. [La prestación](#)
 1. [61. Lo que puedo hacer](#)
 2. [62. Doce palabras](#)
 3. [63. Miércoles, jueves](#)
 4. [64. Prueba de menú](#)
 5. [65. Sábado](#)
 6. [66. Declaración](#)
 7. [Interludio](#)
 8. [67. Lorazepam](#)
 9. [68. Trazabilidad](#)
 10. [69. Veintitrés minutos](#)
 11. [70. Reserva de derechos](#)
 12. [Interludio](#)
 13. [71. La vista](#)
 14. [72. Reus](#)

Las novias de la línea muerta

Amalia Miralpeix

PRIMERA PARTE

El hallazgo

1 – 8 de agosto de 2026

CAPÍTULO 1

La línea muerta

1 de agosto de 2026

—Joder. Por fin —dice la mujer—. Llevo dos años esperando que encontraras ese teléfono.

Estoy de rodillas en el taller de Álvaro, con la falda del vestido bueno recogida entre los muslos para no arrastrarla por el serrín, y lo primero que pienso no es quién es ella. Lo primero que pienso es que no he dicho nada. He marcado, ha dado dos tonos y ha descolgado, y yo todavía no he abierto la boca.

Detrás de su voz hay música. Una versión lenta de algo que sonaba en las radios hace veinte años, tocada por alguien a quien han pagado por tocarla, y por debajo, el ruido de una sala grande: cubiertos, sillas, el murmullo redondo de doscientas personas comiendo a la vez. Alguien pide por megafonía que los invitados vayan pasando.

Miro el teléfono que tengo en la mano. Es un modelo de teclas, gris, con la pantalla del tamaño de un sello. Los cuatro contactos de la agenda no tienen nombre. Tienen esto:

B-01 N-02 C-03 M-04

He marcado el último porque estaba el último. No hay más motivo que ese.

Han sido cuarenta minutos hasta llegar aquí. Álvaro está en Cambrils desde ayer con una cómoda que tiene que entregar mañana, y a mí Roser me espera a las nueve, y las alianzas de la abuela de Álvaro llevan desde mayo esperando a que alguien las lleve al joyero de la calle Monterols para que las abra dos números. Se lo he prometido a mi tía. Quiere verlas. Es lo único de la boda por lo que ha preguntado.

Están en la vitrina, me ha escrito él. En la balda de arriba, en una caja de puros.

Y estaban. Ese es el problema.

El taller es la nave que había detrás de la casa de sus padres, en Riudoms, y sigue oliendo a lo que olía cuando era de su padre: disolvente, goma laca, cola caliente, ese fondo dulce y químico que se te queda en la garganta hasta el día siguiente. A las siete y media de la tarde estamos a treinta y ocho grados y él tiene puesto un aparato de aire viejo que no enfría, solo hace ruido. Las cigarras suenan más fuerte que el aparato.

Cogí la caja de la vitrina. La abrí, comprobé que estaban las dos alianzas, y entonces vi el rodapié.

Está suelto. Toda la pared del fondo del taller lleva un rodapié de madera de haya que Álvaro puso hace años porque le sobraba, y hay un tramo de metro y medio, justo bajo el banco de trabajo, que no asienta. No es que esté despegado por la humedad. La humedad hincha y separa por abajo. Este está separado por arriba, con la moldura hacia fuera, como una tapa mal puesta.

Yo me fijo en estas cosas. Es un defecto profesional y es un defecto y ya está. Llevo once años leyendo declaraciones de gente que dice la verdad en el noventa por ciento de una frase, y lo que hago para vivir es señalar el diez restante. Un rodapié mal asentado en el taller de un hombre que ha lijado a mano el cabecero de nuestra cama es el diez por ciento.

Metí dos dedos. Cedió.

Detrás había un móvil y un cargador enrollado con una goma.

Y esto es lo que quiero que quede constando, porque es lo que me hizo marcar: **el teléfono estaba al treinta y uno por ciento de batería.**

Un aparato olvidado detrás de un rodapié en 2024 no tiene batería en 2026. No tiene nada. Se descarga, se hincha, se muere. Este tenía tres rayas de cobertura y el reloj en hora. Alguien lo enchufa. Alguien lo enchufa lo bastante a menudo como para que un lunes de agosto siga vivo.

—¿Sigues ahí? —dice la mujer.

Su voz es agradable. Esa es la palabra exacta y es la que menos me gusta. No hay nada de urgencia en ella. Habla como habla la

gente que trabaja de cara al público los sábados: modula, no se le nota el cansancio, deja los silencios en los sitios donde tú puedes meterte.

—Sí —digo.

—Vale. Perfecto. —Se aparta del ruido. Oigo una puerta, y el ruido baja de golpe, y luego el zumbido de un extractor y algo metálico, una bandeja—. Ahora no puedo hablar, que estoy en mitad de un servicio. ¿Puedes esperar a mañana?

—¿Quién es usted?

—Uy, no me trates de usted, que me haces mayor. —Una pausa muy corta—. ¿Estás sola?

—Sí.

—Bien. Mira, no lo apagues. Te lo pido por favor. No lo apagues y no se lo enseñes a nadie hasta que hablemos tú y yo con calma, ¿vale? Yo te llamo. Mañana no, que mañana tengo otro. El lunes.

Hay algo raro en cómo lo dice. Tarda un segundo de más en «hasta que hablemos tú y yo», y sé por qué. Ha estado a punto de decir otra cosa y ha cambiado a mitad. He escuchado ochocientas grabaciones de peritaciones. Sé cómo suena una frase que se corrige por dentro.

—No sé quién eres —digo.

—Ya. —Y ahí, por primera vez, deja de sonar agradable y suena cansada—. Ya lo sé.

Otra bandeja. Alguien la llama desde lejos, dos sílabas que no llego a coger.

—Voy —dice ella, hacia otro lado. Y luego, hacia mí, otra vez con la voz de trabajar—: Tranquila, ¿eh? De verdad. Vamos a resolverlo. Descansa, Irene.

Cuelga.

Me quedo de rodillas en el serrín unos segundos más de los necesarios.

Repaso lo que he dicho en voz alta desde que ha descolgado, porque eso es lo que hago, y lo que he dicho es: sí, quién es usted,

sí, no sé quién eres. Trece palabras. Ninguna es mi nombre.

Me levanto. Me sacudo la falda. El aparato de aire sigue haciendo ruido sin enfriar y en la pared del fondo hay tres cepillos de carpintero colgados por tamaño, del más grande al más pequeño, y el banco está despejado, y las gubias están en su sitio, y el suelo está barrido. Álvaro deja el taller así todas las noches. Lleva haciéndolo desde que lo conozco.

Podría decir cuántas latas de barniz hay en esa estantería. Podría decir de qué marca son. Llevo siete años entrando aquí a llamarlo para comer.

Guardo el cargador en el bolso. Guardo el teléfono en el bolso, en el bolsillo con cremallera, el de dentro. Cojo la caja de puros con las alianzas de su abuela, cierro con llave, compruebo la llave.

Y de camino al coche caigo en que acabo de hacer una cosa que no había hecho nunca en siete años, que es esconderle algo a Álvaro, y que la he hecho sin pensarla, y que se me ha dado muy bien.

CAPÍTULO 2

Cena en casa de mi tía

1 de agosto

Mi tía Roser vive en un tercero sin ascensor de la calle Sant Joan, en Reus, y lo primero que hace cuando abro la puerta con mi llave es enseñarme la mancha de la galería.

—Mira. Mira eso.

—¿Otra vez?

—Otra vez no. Es la misma, que ha crecido. —Se pone de perfil junto a la pared para dar la escala—. En mayo me llegaba aquí. Ahora me llega aquí.

Me llegaba a la cadera y ahora le llega a la cintura. Es una mancha de humedad con el borde marrón y el centro más claro, y viene de la terraza del cuarto, que es de una señora que no está nunca, y llevamos dos años con esto. Digo lo que digo siempre, que hay que mandar un burofax a la comunidad. Ella dice lo que dice siempre, que a ver si va a ser peor el remedio.

La casa huele a pollo al horno con limón. Ha puesto la mesa en la cocina, como cuando yo tenía dieciséis años y venía a estudiar aquí porque en mi casa había demasiado ruido.

—¿Y las alianzas?

Se las doy. Abre la caja de puros encima del mantel, con las dos manos, con cuidado, y las saca y las pone en la palma.

—Son bonitas. Pesan.

—Son de oro de antes.

—Ya. —Les da la vuelta—. Están grabadas.

—Las iniciales de ellos y el año.

—Mil novecientos cincuenta y cuatro. —Las deja en la caja, una al lado de la otra, y cierra la tapa—. Pues muy bien.

Y se levanta a sacar el pollo.

Roser no ha dicho su nombre. No lo ha dicho hoy y no lo dijo el domingo pasado y no lo ha dicho una sola vez en siete años. Dice «él». Dice «tu chico», que es peor. Cuando tiene que ser específica, dice «el de Riudoms», y lo dice sin ninguna carga, mientras corta pan, y por eso duele.

Yo tampoco digo el nombre de Bea. Hace mucho que llegamos a este acuerdo sin firmarlo.

Cenamos. Habla de la vecina del segundo, que ha puesto el piso de alquiler turístico y sube gente con maletas a las dos de la mañana. Habla de la obra de la calle Prat de la Riba, que llevan desde febrero y no acaban. Habla del pollo: que el limón, que este horno no dora, que la carnicera nueva le pone mucho hueso.

Yo tengo el bolso en la silla de al lado. Dentro del bolso, en el bolsillo con cremallera, hay un teléfono al treinta y uno por ciento de batería. Cada vez que Roser se levanta a por algo miro el bolso.

—Come, que se te enfría.

—Como.

—Estás delgada.

—Estoy igual.

—Estás delgada y tienes mala cara. Es por la boda, que las bodas dan mucho trabajo. —Me sirve más sin preguntar—. ¿Cuánto queda?

—Seis semanas.

—Seis. —Mastica—. Bueno. Cinco y media.

Lo dice sin mirarme. Se limpia con la servilleta y sigue.

—El doce cae en sábado y ese fin de semana está todo el mundo de fiesta mayor por ahí abajo. No vais a encontrar hotel para la gente de fuera. Eso lo tendríais que haber mirado.

—Está mirado.

—Ya. Bueno. —Coge el pan—. Yo lo digo.

Mi tía Roser tiene setenta y un años, no usa el móvil más que para llamar y no ha entrado en su vida en una página web. Ha contado las semanas. Sabe en qué día cae. Sabe que ese fin de

semana hay fiesta mayor en los pueblos del Baix Camp y sabe lo que eso hace con los hoteles. Lleva la boda de su sobrina en la cabeza con la misma precisión con la que lleva la mancha de la galería, milímetro a milímetro, y en ningún momento ha preguntado por el vestido.

Y no va a decirlo. Esa es la parte que hay que entender de Roser. No va a decir nunca, ni borracha ni en un hospital, *te vas a casar con el hombre que sacó a mi hija de una carretera*. Va a decir que no vamos a encontrar hotel.

Después del café me pide que le eche un vistazo al calentador, que hace un ruido. Le echo un vistazo al calentador. Hace un ruido y lo lleva haciendo desde 2019.

Al salir paso por delante de la puerta de la habitación de Bea. Está cerrada. Dentro hay cajas de la mudanza de cuando Bea se fue a vivir sola, en 2017, y que volvieron aquí en 2018, y que siguen ahí.

—Un día vaciaré eso —dice Roser desde la cocina, sin que yo haya dicho nada—. Un día que tenga el cuerpo.

—Te ayudo cuando quieras.

—Ya lo sé.

Bajo los tres pisos. La calle está a treinta y uno a las once de la noche y huele a la freiduría de abajo. El coche lo tengo en el aparcamiento de la plaza.

Me siento, arranco para que entre el aire y no salgo.

Saco el teléfono del bolsillo con cremallera. Sigue encendido. Veintiocho por ciento.

Abro la guantera. Dentro está el manual del coche, un paquete de pañuelos, la documentación en su funda de plástico y el catálogo de flores de la masía, que es un cuaderno grapado de veinte páginas con fotografías de centros de mesa y una goma elástica alrededor.

Pongo el teléfono en el fondo. Pongo el catálogo encima. Cierro.

Y me quedo un rato con las manos en el volante, con el aire dándome en la cara, pensando en que mañana tengo que acordarme de que está ahí.

CAPÍTULO 3

El pasillo del juzgado

2 de agosto

Álvaro conduce y yo voy con el brazo fuera de la ventanilla, porque el aire acondicionado de la furgoneta funciona mal y la única manera de ir es esa.

Llevamos detrás la cómoda de Cambrils, envuelta en dos mantas y sujeta con cinchas. Es del cliente de la casa de la calle del Consolat, un señor que compra muebles rotos y los paga bien y tarda seis meses en decidir el color. Álvaro ha sujetado las cinchas dos veces. Antes de arrancar ha vuelto a bajar a comprobarlas.

Vamos por la N-340 porque él siempre va por la N-340. Dice que la autopista es tirar el dinero para veinte kilómetros. Es verdad, y también es que a él le gusta esta carretera, con sus rotondas y sus camiones y sus polígonos, y le gusta pasar por delante del sitio donde estaba el vivero que cerró y decir *aquí estaba el vivero*.

A la altura de Vila-seca empieza el horizonte de siempre: las torres, las antorchas, el vapor blanco de la petroquímica saliendo recto porque no hay viento. Mi madre, cuando éramos pequeñas, decía que eso era la fábrica de nubes. A Bea le duró la broma hasta los once años. A mí me duró hasta los ocho, porque yo era la que preguntaba.

Álvaro pone el intermitente para adelantar a un camión cisterna y vuelve a su carril.

El punto kilométrico 1.148 está entre Torredembarra y Altafulla, en una curva larga a la derecha con un talud y una hilera de algarrobos viejos. Hay quitamiedos nuevo desde 2020. Se distingue del resto porque brilla más.

Lo pasamos a ciento diez. Él no levanta el pie. Tampoco acelera. No mira, y no es que aparte la vista: es que mira al frente, a la carretera, como se mira una carretera.

He hecho este trayecto con él cientos de veces. Nunca ha dicho nada al pasar por ahí y yo nunca se lo he pedido.

Bea murió a las tres y diez de la madrugada del 15 de agosto de 2018 en ese punto. Salida de vía por la derecha, impacto contra el talud, vuelco. Iba de copiloto. Llevaba el cinturón. El informe dice politraumatismo y dice que la muerte fue inmediata, y yo he leído los suficientes para saber que «inmediata» significa lo que la familia necesita que signifique.

Álvaro conducía. Dio 0,68 en la primera prueba y 0,64 en la segunda, cuarenta minutos después, en el hospital. El límite era 0,25.

En noviembre de 2019 hubo conformidad en el Penal número 2 de Reus. Homicidio imprudente. Un año, suspendido, porque no tenía antecedentes. Cuatro años de privación del permiso de conducir. Lo recuperó en 2023 y volvió a examinarse porque le salía más barato que el curso.

Eso es todo. No hay más causa, no hay más misterio, no hay una versión guardada en un cajón. Es de las cosas más ordinarias que pasan en este país cada verano.

Roser fue al juicio y yo fui con ella. No fuimos como acusación particular; el seguro había pagado lo suyo y mi tía no quiso. Fuimos como público. Nos sentamos en la tercera fila.

En el receso salí al pasillo a por agua y la fuente estaba estropeada, con un cartel de papel pegado con celo. Me senté en una de las sillas de plástico atornilladas a la pared. Al minuto salió un hombre de la sala, se sentó dejando dos sillas de por medio, se pasó las manos por la cara y me preguntó si sabía dónde estaban los baños.

Le dije que al fondo a la izquierda.

Dijo gracias. No se levantó. Se quedó ahí, con las manos colgando entre las rodillas, mirando el suelo, y estuvimos así los dos hasta que llamaron a la sala.

Yo ya sabía quién era. Lo había visto declarar veinte minutos antes.

Esa es la parte que no le he contado a nadie y que no es un secreto, solo una cosa que no queda bien: yo sabía perfectamente a

quién le estaba indicando dónde estaban los baños.

Y luego, dieciocho meses después, en la primavera de 2021, fui yo la que lo buscó. Que quede claro en el orden correcto. No me lo encontré. No coincidimos en un bar. Busqué el nombre del taller, cogí el coche un sábado por la mañana y me presenté en Riudoms con la excusa de una mesa de mi abuela que no existía. Él me reconoció en el segundo dos. No preguntó nada. Me enseñó la mesa que tenía en el banco, que era de otra persona, y me explicó lo que le iba a hacer, y estuvimos dos horas ahí de pie.

—¿Te has dormido? —dice Álvaro.

—No.

—Llevas veinte minutos sin decir nada.

—Estoy pensando en la lista de sitio.

—Hay tiempo.

—No hay tiempo. Hay que darla el jueves.

Deja pasar tres segundos.

—Pues la damos el jueves —dice.

Y ahí está la cosa, y ahí ha estado siempre. La gente que no lo conoce cree que Álvaro es un hombre callado. No lo es. Álvaro contesta a todo. Lo que pasa es que contesta a lo que le has preguntado y no una palabra más, y si le preguntas algo que le va a costar dinero o vergüenza, te lo dice igual, con el mismo tono con el que te dice que la lista se da el jueves.

En cinco años no lo he pillado en una sola mentira. Y eso, cuando te dedicas a lo que yo me dedico, es lo más parecido al descanso que hay.

Llegamos a Cambrils a las once y media. Descarga él solo, con la faja puesta, y sube la cómoda por unas escaleras estrechas girándola de canto en el rellano sin rozar la pared. El cliente le da una palmada en el hombro. Álvaro no se aparta y tampoco se acerca.

Vuelvo a la furgoneta antes que él. Me siento con la puerta abierta y los pies fuera y miro el retrovisor.

La gente se cree que perdonar es un acontecimiento. Que hay un día, y una conversación, y a partir de ahí se ha perdonado.

Yo no lo perdoné. Lo administré. Cogí lo que había pasado, lo metí en una carpeta, le puse una fecha y decidí qué se hacía con ello. Y llevo siete años tramitándolo.

CAPÍTULO 4

Volver a marcar

2 de agosto

Álvaro me deja en mi piso a las siete y me pregunta si quiero que suba. Le digo que tengo que adelantar cosas de la boda. No es mentira. Encima de la mesa del comedor hay tres cajas con mis libros, un talonario de invitaciones sobrantes y la libreta.

Cuando se va, saco el teléfono de la guantera.

Veintiséis por ciento.

Marco M-04.

El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. La locución de siempre, la femenina, la que lleva quince años igual. Salta el buzón genérico, sin nombre, sin saludo grabado. Cuelgo antes del pitido.

Marco B-01.

Y aquí es donde esto empieza a no ser una cosa rara de mi novio.

La locución que me contesta no es la misma. Es la otra, la que dice que el número marcado no está asignado a ningún cliente, con esa entonación descendente al final que solo tiene una operadora. Las conozco. En mi trabajo escuchas estas grabaciones ocho veces al día durante once años: cuando llamas a un asegurado que ha dado un número falso, cuando llamas a un testigo que ya no quiere ser testigo, cuando llamas a un taller que ha cerrado.

Marco N-02. Tercera locución. Otra compañía.

Marco C-03. La segunda otra vez, o una parecida.

Me levanto, voy a por el portátil y me siento en el suelo, con la espalda en el sofá, porque la mesa está llena de cajas.

Hay una cosa que la gente no sabe y que se puede consultar en abierto: los bloques de numeración móvil están atribuidos. Cada rango de cien mil números se asigna a un operador en una fecha concreta, y esa atribución es pública. No te dice de quién es un

número. Te dice a qué bloque pertenece y cuándo se repartió ese bloque.

Tardo cuarenta minutos porque me equivoco dos veces al copiar los prefijos.

B-01 está en un bloque atribuido en el primer semestre de 2016. N-02, en un bloque de 2020. C-03, en uno de 2022.

Y esto no demuestra nada. Lo apunto tal cual, porque si mañana tengo que explicarme quiero haberlo escrito bien: la atribución del bloque no es la fecha de alta de la línea. Un número de un bloque de 2016 puede haberse dado de alta en 2016 o en 2019, y con la portabilidad puede haber cambiado de compañía tres veces. Yo he visto números de 2008 en manos de gente que los contrató el mes pasado.

Lo que hace un rango no es probar. Es acotar.

Y lo que queda acotado, cuando lo pongo en la libreta, es esto: cuatro contactos, en un teléfono de teclas escondido detrás de un rodapié. Uno vivo. Tres de baja. Los tres de baja, en tres compañías distintas, de tres periodos de atribución separados entre sí por dos años y por dos años.

Nadie tiene una agenda así.

Una agenda son los números de la gente con la que hablas. Se llena por acumulación y se limpia por desidia, y por eso todos tenemos guardado a un fontanero que se jubiló y a un tío nuestro que murió. Lo que caracteriza una agenda es el desorden.

Esto está ordenado. Cuatro entradas. Una letra y un número correlativo. Ninguna repetida, ninguna sobrante, ninguna con nombre. Y entre la primera y la última hay seis años.

Eso no se llena. Eso se lleva.

Voy a la cocina, bebo agua del grifo y me quedo de pie con el vaso.

Lo que tengo delante es un archivo con cuatro registros, y el primero de ellos es de la época en la que se atribuyó ese bloque, y de esa época hay una cosa en mi vida y solo una.

No voy a ir por ahí esta noche. Lo dejo escrito y sigo.

A las nueve me escribe Álvaro.

¿Has encontrado la caja al final?

Me quedo mirando la pantalla más tiempo del que hace falta para contestar que sí.

Sí. Se las he enseñado a mi tía. Le han gustado.

Bien. El martes las llevo yo al joyero, que tú no tienes tiempo.

Vale.

Descansa.

Es la segunda persona que me dice hoy que descanse.

Cojo la libreta de la boda. Es una libreta grande de tapa dura que me regaló mi madre en enero, con separadores de colores, y dentro está todo: los plazos, los proveedores, el presupuesto por partidas, la lista de invitados con las confirmaciones en verde y las dudosas en amarillo, los teléfonos del catering y del DJ y de la floristería.

La abro por el final, por la última hoja, la que no tiene separador.

Escribo los cuatro números a lápiz, uno debajo de otro, con la letra pequeña, sin poner ninguna otra cosa al lado. Ni fechas, ni operadoras, ni el año del bloque.

Después la cierro, le pongo la goma y la dejo encima de las cajas, con las invitaciones sobrantes.

El teléfono gris se queda enchufado en el enchufe de detrás del sofá, que es el que no se ve desde la puerta.

CAPÍTULO 5

Ferran

3 de agosto

En agosto en la oficina somos cuatro y el aire está a diecinueve grados, y a las diez de la mañana yo ya tengo una chaqueta encima de los hombros y la nuca fría y treinta y cuatro grados esperándome en la calle.

La unidad ocupa la mitad de la segunda planta de un edificio de oficinas en Tarragona, encima de una gestoría y debajo de nada. Somos investigación de siniestros: lo que le llega al perito y huele mal acaba aquí. Talleres que facturan lo mismo tres veces. Bajas laborales con un gimnasio de por medio. Robos de vehículos que aparecen desguazados en un país donde nadie compra esas piezas.

Ferran Ibars tiene la mesa enfrente de la mía desde hace nueve años. Está imprimiendo algo y de pie junto a la impresora, que es donde se le puede hablar.

—¿Cuánto se guardan los logs de acceso? —le digo.

—¿Los nuestros?

—Los nuestros.

—Ni idea. ¿Por?

—Por una consulta que me han hecho de un expediente viejo. De 2019. Quieren saber quién lo tocó y no encuentro la traza.

Es cierto a medias, que es la mejor proporción. Hay una consulta y es de 2019 y es una tontería administrativa que se resuelve con una llamada.

Ferran hace el gesto de quien lleva años con esto.

—De la plataforma vieja, lo que haya. Todo lo anterior a 2019 está en el sistema antiguo y ahí la traza es un chiste. Se guardaba el usuario y la fecha, y a veces ni la hora.

—A veces ni la hora.

—A veces ni la hora. —Coge los folios, los golpea contra la impresora para cuadrarlos—. Yo, cuando quería saber quién había entrado en algo, llamaba a Sistemas y me decían que ya lo miraban.

—¿Y lo miraban?

—Alguna vez.

Vuelve a su mesa. Yo vuelvo a la mía. Y entonces, sin levantar la vista del monitor, con el tono con el que se cuentan las cosas viejas de la oficina, dice:

—Mira, hablando de expedientes que se tocan solos.

—¿Qué.

—Nada, que me acordé el otro día. ¿Te acuerdas del de tu prima?

Aquí es donde tendría que decir algo.

—Sí.

—Yo lo llevaba. Bueno, lo llevaba tres días. Me lo asignaron un lunes y el viernes ya no estaba. —Sigue con los ojos en la pantalla, escribiendo—. Y yo había abierto una alerta.

—¿Una alerta de qué.

—De fraude. Del bloque financiero. Había un tema de una cuenta que no cuadraba, no me acuerdo de los detalles, cosas del banco. Yo abrí la alerta el martes y el viernes entré a seguirla y no había alerta. Estaba el expediente cerrado como accidente de tráfico, que lo era, y punto. —Por fin me mira—. Y a mí nadie me dijo nada.

—Igual la cerró alguien de arriba.

—Eso pensé. Con la familia por medio y todo el follón, pensé que en Madrid habían decidido no remover. —Golpea los folios contra la mesa—. Pero es que no me lo dijeron. Ni un correo. Y en nueve años eso no me ha vuelto a pasar.

—Ya.

—Me quedé con el runrún. —Vuelve al teclado—. Perdona, ¿eh. Que a lo mejor no te apetece hablar de eso.

—No pasa nada.

Y sigue tecleando.

Sé perfectamente cómo se cierra solo un expediente. Lo sé de una manera muy concreta y muy poco teórica, y sé el día y sé la hora, y llevo ocho años sin abrir esa carpeta y no la voy a abrir en una mesa de oficina con Ferran a metro y medio y el aire acondicionado a diecinueve grados.

Lo que hago es lo siguiente: le pregunto por Zaragoza.

Porque Ferran ha pedido traslado. Se va su mujer, que es de allí y ha entrado en un hospital, y él está esperando que le confirmen si le respetan el puesto o le hacen empezar en atención al cliente.

—Está en Recursos —dice—. Llevo desde mayo. Si me lo dan es para enero.

—Enero.

—O febrero. —Se ríe sin ganas—. Igual me voy sin enterarme nunca de lo de tu prima.

Sonríe cuando lo dice. Es una broma de oficina. Es un hombre decente que se va a mudar a seiscientos kilómetros y que en nueve años no ha dejado de darle vueltas a una alerta que abrió y que desapareció.

A la una bajo al muelle de carga, que es donde se fuma, porque desde la reforma no se puede fumar en la terraza. Está el chico de auto, Sergi, con el móvil.

—Dame uno.

Me mira.

—Tú no fumas.

—Dame uno igual.

Me lo da y me lo enciende. Fumo un tercio, mal, sin tragarme el humo, mirando el aparcamiento y las tres palmeras del vivero de enfrente y el camión de la basura maniobrando en la rotonda. Me sabe a metal.

—¿Nervios de boda? —dice Sergi.

—Algo así.

—Mi hermana estuvo tres meses sin dormir. Y luego, el día, perfecto.

—Ya.

Apago el resto en el cenicero de arena y subo.

A las cuatro y diez entra un correo con copia a toda la dirección territorial. Asunto: *Migración de expedientes históricos — Fase 1*.

Lo leo de pie, con el bolso ya en el hombro, porque a las cuatro y cuarto tengo cita para la prueba de sonido y llego tarde.

Dice que en el último trimestre del año se migrarán al entorno actual todos los expedientes de siniestro anteriores a 2019, y que la migración incluirá la recuperación y normalización de los registros de acceso del sistema antiguo, y que a partir de esa fecha la trazabilidad histórica quedará disponible en la herramienta de auditoría con el mismo nivel de detalle que la actual.

Lo leo tres veces.

En la tercera me doy cuenta de que Ferran se levanta, se pone la chaqueta, me dice hasta mañana y se va, y yo le contesto hasta mañana, y sigo de pie delante de la pantalla con el bolso colgando.

. . .

Nota de voz. Beatriu Sarrià a Roser Sarrià. 19 de abril de 2018, 22:14. Duración: 1 min 04 s.

«Mamá, coge el teléfono, que sé que estás viendo la tele. Mira, dos cosas y te dejo.

Una: he hecho la lista. La lista de verdad, ¿eh, no la del cuaderno. La he pasado a limpio y tiene cuatro columnas y una se llama "gente que se va a ofender". Está la tía Montse. Está la tía Montse dos veces, porque tiene dos motivos.

Y dos, que me lo dijiste tú y tenías razón, o sea que apúntatelo: he mirado lo de las sillas. Y sí. Las sillas se pagan aparte. Las sillas, mamá. Uno se sienta y eso son cuatro euros.

Yo es que... a ver, yo llegué a esto pensando que soy una persona sensata. Que iba a ser una tarde, con comida y con música, y que todo el mundo se iría a su casa. Y ya llevo una carpeta. Tengo una carpeta con pestañas. Ayer me pillé a mí misma discutiendo conmigo sobre servilletas y me tuve que decir: Bea. Bea, escúchate.

Nada, que me río yo sola aquí.

El domingo te llevo la lista y la miras y me dices lo de la tía Montse, que ya sé lo que me vas a decir.

Venga. Un beso. Que no te duermas con la tele puesta, que luego te duele el cuello y me lo cuentas a mí.»

CAPÍTULO 6

Lo que quité

3 de agosto

El lunes se acaba y la mujer no llama.

Lo compruebo a las siete, cuando llego a casa. A las nueve, después de cenar de pie. A las once y veinte, ya con la luz apagada, me levanto y voy hasta el enchufe de detrás del sofá y miro la pantalla del teléfono gris por si ha entrado algo y no ha sonado.

No ha entrado nada. El aparato está al noventa y ocho por ciento y tiene el reloj en hora y no ha hecho ni un ruido en veinticuatro horas.

Vuelvo a la cama. A las doce y diez me levanto otra vez, pero ya no por el teléfono.

Abro el portátil en la mesa del comedor, entre las cajas, y busco el correo de las cuatro y diez. *Migración de expedientes históricos — Fase 1*. Tiene un anexo técnico de nueve páginas que no ha abierto nadie de la oficina y que abro yo.

Lo que dice el anexo, quitándole la palabrería, es esto: los expedientes anteriores a 2019 viven todavía en la plataforma vieja, y en la plataforma vieja el registro de accesos es un fichero plano que nadie ha consultado nunca porque no hay herramienta que lo lea. La migración va a leerlo. Va a coger ese fichero, normalizar los campos, cruzarlos con el maestro de usuarios y volcarlo a la herramienta de auditoría actual, que es la misma que uso yo tres veces por semana para saber quién ha tocado qué.

Usuario. Fecha. Hora. Expediente. Operación.

Cierro el portátil.

Y ahora voy a contar esto de una vez, porque llevo desde las cuatro y diez de la tarde diciéndome que no hace falta contarlo y son las doce y media de la noche y sigo aquí sentada.

El 21 de agosto de 2018, a las tres y doce de la madrugada, entré en el expediente del siniestro de mi prima y quité una nota.

Empiezo por lo que no hice, que es lo que importa.

No toqué la causa de la muerte. La causa de la muerte la determinó un forense y la firmó un juez y no la decide una investigadora de una compañía de seguros; nosotros llegamos después, cuando ya está todo dicho, a ver quién paga qué. La toxicología de Bea se hizo y salió negativa. El atestado estaba cerrado desde el día 16. Había un conductor con 0,68 y una salida de vía y un talud. Eso no lo movió nadie y yo no lo habría podido mover ni queriendo.

No falsifiqué un documento. No inventé un dato. No metí nada que no estuviera.

Lo que hice fue quitar una nota interna que Ferran había abierto el lunes 20 por la tarde.

Ferran cree que la abrió el martes. Se lo dijo así el otro día delante de la impresora, con toda la seguridad del mundo, y estaba equivocado, y yo sé que estaba equivocado porque a las tres de la madrugada del martes yo la estaba leyendo. Es la clase de error que comete todo el mundo con ocho años de por medio. Yo, en cambio, tengo esa fecha con la precisión con la que se tienen tres o cuatro fechas en una vida.

La nota tenía cuatro líneas y un adjunto. Decía que en la documentación aportada por la familia aparecía una cuenta en una entidad *online* a nombre de la fallecida, abierta en junio de 2018, con un ingreso de sesenta y ocho mil euros procedentes de la herencia de su padre y con un saldo de cero euros a fecha del siniestro. Decía que la salida se había producido en tres transferencias. Y decía que en el registro de llamadas del terminal de la fallecida figuraba un número no identificado con doce llamadas salientes el 14 de agosto, entre las seis de la tarde y las once de la noche.

Al pie, en el campo de propuesta, Ferran había marcado *derivar a unidad especializada*.

Y ahora la parte que llevo ocho años administrando.

Yo tenía veintiocho años. Habíamos enterrado a Bea el viernes 17. Mi tía Roser llevaba seis días sentada en la misma silla de la cocina y a mí me tocaba ir a las nueve y a las dos y a las ocho, y el domingo

me dijo, sin llorar, mirando la mancha de la galería, que lo único que la sostenía era saber que su hija estaba contenta. Que Bea llevaba meses contenta. Que estaba organizando su boda y que se reía por teléfono.

El lunes por la noche entré en el expediente con mi token, desde esta misma mesa, y leí las cuatro líneas de Ferran, y lo que entendí no fue un fraude.

Lo que entendí fue que mi prima tenía a alguien. Que había abierto una cuenta que su novio no conocía, que había metido en ella todo lo que le dejó su padre, que la había vaciado en tres movimientos y que la noche antes de morir había llamado doce veces a un número que no era el de su casa.

Entendí que Bea se iba. Que se iba con el dinero y con quien fuera, seis semanas antes de casarse, y que la noche del 14 de agosto había ido a Riudoms a rematarlo.

Eso es lo que entendí. Y estuve dos horas y media delante de la pantalla, y a las tres y doce quité la nota.

Marqué el bloque financiero como *no relevante para la cobertura*, que es una casilla que se marca doscientas veces al año en esta empresa y que significa que el dinero del asegurado no tiene nada que ver con lo que se paga. Eliminé la propuesta de derivación. Y recodifiqué el siniestro de *pendiente de análisis* a *accidente de circulación — cerrado*, que era exactamente lo que era.

La recodificación obliga a reescribir el bloque de localización. Es una tontería del sistema viejo: si cambias el código de siniestro, el formulario se vacía y hay que teclear otra vez la vía, el sentido y el punto kilométrico.

Tecleé mil cuatrocientos dieciocho coma tres.

Es mil ciento cuarenta y ocho coma tres. Bailé dos cifras a las tres de la mañana con los ojos como puños.

El viernes 24 Ferran entró a seguir su alerta y no había alerta, y pensó que alguien de arriba había decidido ser delicado con la familia, y se quedó con el runrún nueve años.

Ahora la parte que me digo a mí misma, que la voy a escribir tal cual porque si no esto no sirve de nada.

Era una nota. Ferran ni siquiera la había confirmado: había pedido derivación, que es lo que se pide cuando no sabes. No estaba contrastada con el banco. No había requerimiento. No había nada verificado, y una nota sin verificar en un expediente de un accidente de tráfico con conductor ebrio y sentencia posterior no cambia ni un euro de lo que pagó esta compañía. Comprobado: pagó lo mismo. Lo he mirado.

Y mi tía enterró a su hija sin que ningún funcionario de ninguna parte le explicara que la niña iba a dejarlos a todos.

Eso fue lo que quité. Una nota que Ferran ni siquiera había confirmado.

Lo repito bien, porque me lo llevo repitiendo ocho años y porque de aquí a diciembre esa frase va a tener que sostenerse sola delante de gente que no me quiere: quité una nota sin confirmar.

Cierro el portátil, aunque ya estaba cerrado, y lo empujo hasta el borde de la mesa.

Cerré el expediente de mi prima y no lo he vuelto a abrir.

CAPÍTULO 7

Lo que me contó primero

4 de agosto

El piso de Gabriel da a la parte de atrás y en agosto tiene las persianas bajadas hasta el suelo desde las once de la mañana, así que dentro es una hora indeterminada de la tarde con el ventilador de pie girando y el zumbido de la nevera. Huele a suavizante. Es lo primero que me llamó la atención de esta casa hace ocho meses: que huele a ropa limpia y no a hombre solo.

Hoy es martes. Nosotros no somos de martes. Los martes él tiene visitas en Cambrils y en ocho meses yo no he puesto un pie aquí un martes ni una sola vez, y he venido hoy precisamente por eso, porque lo que se acaba se acaba fuera del sitio donde pasaba.

—Esta es la última vez —digo, todavía de pie, con el bolso colgado.

—Vale.

Deja el vaso en la encimera y va a por otro.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé —dice—. ¿Con hielo?

En marzo también lo dije. Y en mayo, después de la despedida de una prima suya, en el coche, con más aspavientos. Él no me lo recuerda. Nunca me lo recuerda. Si me lo recordara, yo tendría algo que discutir, y llevo ocho meses sin tener nada que discutir con este hombre, que es una parte del problema que he tardado en identificar.

Me da el vaso y se sienta en el brazo del sofá, no en el sofá. Se queda un palmo más alto que yo.

—¿Cómo está tu tía?

—Bien.

—Bien.

—Con la humedad de la galería.

Asiente. No dice nada. Espera tres segundos largos y después pregunta:

—¿Y ella dice su nombre?

—¿El de quién?

—El de tu prima.

Me quedo con el vaso a medio camino.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca. —Bebo—. Ni el de Álvaro.

—¿Y tú?

—Yo tampoco.

—¿Y eso lo habéis hablado alguna vez?

—No hay nada que hablar.

—Ya. —Se mira las manos—. Perdona. Es que me parece mucho trabajo.

Y ahí es donde pasa lo que pasa siempre y donde ya debería haber aprendido a levantarme.

Le cuento que el domingo mi tía me enseñó la mancha por decimoquinta vez. Le cuento que ha contado las semanas que faltan para la boda y que sabe que el doce cae en sábado. Le cuento lo de la habitación con las cajas de 2017. Le cuento que llevo siete años yendo tres veces por semana a arreglarle cosas que no están rotas y que si dejara de ir no pasaría absolutamente nada, y que por eso voy.

Hablo once o doce minutos seguidos. Lo sé porque miro el reloj del horno cuando termino.

Gabriel no dice ni una frase de las que dice la gente. No dice que soy muy buena persona. No dice que mi tía tiene suerte. No me da la razón ni me la quita. Solo pregunta dos veces más, y las dos veces pregunta por algo que yo he dicho de pasada y no había vuelto a mirar.

Es eso. Ya está. No hay más truco. La cosa que hace Gabriel es dejar que te oigas.

Cuando me callo, se levanta y llena mi vaso sin preguntar y se queda de pie con la espalda en la encimera.

—Te voy a contar una cosa —dice.

—No hace falta.

—Ya, si no es por nada. Es que me da rabia que hables tú todo el rato y luego te vayas pensando que has hecho el ridículo.

Se rasca la ceja.

—En 2005 estuve tres semanas ingresado.

El ventilador da la vuelta y nos coge a los dos y sigue.

—Tenía diecinueve. En el Pere Mata, arriba. —Levanta la barbilla hacia la ventana, hacia una dirección que no se ve—. Firmó mi madre. Yo no firmé nada porque no estaba para firmar.

—Vale.

—No te voy a contar la parte de antes.

—No te la he pedido.

—Ya. Pero es que la gente la pide. —Sonríe un poco—. Bueno, la gente no. Se lo he contado a tres personas en veinte años.

—¿Y Álvaro?

—Álvaro me llevó.

Deja que eso se quede en la cocina.

—Mi madre venía todos los días a las cinco con un táper y se sentaba y me hablaba de la vecina. Igual que tu tía con la mancha.

—Coge su vaso y no bebe—. Por eso te lo cuento.

Y esa es la frase. Esa. Ocho meses después sigo siendo capaz de repetirla con la entonación exacta.

Voy yo hacia él. Eso también quiero que quede constando, que voy yo, que dejo el vaso en la encimera y voy yo, porque después he intentado contármelo de otra manera y no cuela.

Con Gabriel todo son preguntas. ¿Puedo? ¿Aquí? ¿Así? Lo pregunta en voz baja y no lo pregunta como se pregunta en las

películas: lo pregunta como quien pide permiso de verdad, esperando, con las manos quietas hasta que contestas. Nadie me ha preguntado tanto en mi vida. Nadie le pregunta nada a una mujer de treinta y seis años que se maneja bien y que tiene once años de antigüedad y una boda pagada al sesenta por ciento.

Le contesto que sí. Se lo contesto todas las veces. Después no puedo decir que no me lo preguntó.

En la cama de él la persiana deja tres rayas de luz en la pared y hay un momento, cuando ya estamos parados, en que me pone la mano abierta en el esternón y la deja ahí, sin apretar, y me pregunta si estoy bien. Y yo tengo el teléfono de teclas en el bolso, en el bolsillo con cremallera, a cuatro metros, y estoy a punto de contárselo.

Lo tengo en la boca. *He encontrado una cosa en el taller de tu hermano.* La frase entera.

No la digo.

No sé por qué no la digo. Lo apunto tal cual porque es la verdad: aquel martes, a las siete de la tarde, no tenía ni un motivo para callarme y me callé.

—Me voy —digo.

—Vale.

Me visto de espaldas. Él se queda tumbado y me dice que tenga cuidado en la N-340, que a esa hora salen todos los camiones de Vila-seca, y luego, desde la cama, con el brazo en los ojos:

—Dale recuerdos a Rosa. —Un segundo—. Roser. Perdona. Roser.

—Ya.

—Es que en mi casa hay una Rosa. Qué desastre.

—No pasa nada.

En casa son las ocho y veinte y el vestido está en su funda colgado del marco de la puerta del dormitorio desde hace tres semanas porque en el armario no cabe.

Lo saco. Me lo pongo. Los zapatos están en la caja debajo de la cama y me los pongo también, y me quedo delante del espejo del

armario comprobando el bajo, que era lo que tenía que comprobar, porque la modista me dijo que con estos zapatos y no con otros.

El bajo está bien. Roza el suelo un dedo por delante.

Y cuando levanto los brazos para bajarme la cremallera del costado, me veo en el espejo y veo que llevo las bragas del revés, con la costura fuera y la etiqueta contra la cadera.

Me quedo así, con un brazo detrás de la espalda y el vestido a medio abrir, más tiempo del que se puede estar de pie sin hacer nada.

Después me lo quito todo, meto el vestido en la funda, subo la cremallera de la funda despacio para que no muerda el tul y lo dejo otra vez colgado del marco de la puerta.

CAPÍTULO 8

La masía

4 de agosto

Mas Ventalló está a cuatro kilómetros de Riudoms por un camino asfaltado con una hilera de cipreses nuevos, plantados hace poco, todavía atados a sus tutores. Al fondo, detrás de la casa, se ven las torres de la petroquímica. En las fotos de la web no se ven, porque las fotos están hechas desde el otro lado.

Llegamos a las siete menos veinte, con cuarenta minutos de retraso, porque Álvaro ha tenido que volver a por el sobre de la documentación del catering.

En el aparcamiento hay una furgoneta de flores, un camión pequeño con la puerta abierta y dos chavales con camiseta negra bajando cajas de copas. El sábado hubo boda aquí. El sábado que viene hay otra.

Mireia nos ve desde la puerta grande y levanta una mano y nos hace un gesto de que un minuto. Tiene el teléfono en la otra oreja.

—Sí. Sí, ya lo sé. —Nos sonríe, se aparta dos pasos—. A ver, Cristina, escúchame. La empresa de autocares te ha dejado tirada, eso es así, y ahora te pones a llorar y a mí también me dan ganas, pero eso lo hacemos el lunes. —Escucha—. No. No, no vas a llamar tú a nadie. Yo tengo dos teléfonos de Reus y uno de Cambrils y voy a llamar yo, que a mí me lo cogen. Tú lo que vas a hacer ahora es mandarme el número de gente exacto, no aproximado, exacto, con los que suben en Tarragona y los que suben en Salou. ¿Vale? Eso en diez minutos. —Escucha otra vez—. Cristina. Que el sábado tus abuelos van a estar sentados en su sitio. Te lo digo yo.

Cuelga. Se guarda el móvil en el bolsillo del vestido, que tiene bolsillos, y viene hacia nosotros con las dos manos abiertas.

—Perdonadme. Una novia de dentro de once días.

—¿Se han quedado sin autocares? —digo.

—Se han quedado sin empresa. —Levanta las cejas—. Ha cerrado. El martes. Con las reservas cobradas.

Lo dice sin bajar la voz y sin ninguna satisfacción, como quien dice que ha subido el pan, y nos hace pasar.

La sala nueva está a la derecha del patio. Es un rectángulo grande de piedra con vigas de madera vista y una pared entera de arcos que dan al olivar, y tiene el aire acondicionado puesto desde hace horas porque hay que enfriarla desde media tarde o no hay manera.

Álvaro entra y va derecho a la pared del fondo.

—Esto no es de aquí —dice, con la mano en la piedra.

—Es de una masía de Vinyols que tiraron. —Mireia se pone a su lado—. Compramos el desmonte entero. Setenta toneladas. Estuvo dos años en el campo de detrás, tapada con lonas, hasta que encontramos a alguien que supiera colocarla.

—Se nota.

—Se nota, ¿verdad? —Y ahí sí se le pone otra cara—. Es que yo esto no lo podía hacer con piedra de fábrica. Aquí viene gente de Barcelona y de Madrid y te dicen que quieren una masía, y luego les pones una pared de plaqueta y no saben por qué no les gusta la foto. No lo saben, pero lo ven.

—¿De qué año es? —digo.

—La obra, de 2022. La piedra, de mil setecientos y pico.

Nos sentamos en una mesa redonda montada a medias, con el mantel puesto y sin cubiertos, y sacamos las carpetas.

El menú se cierra en cuarenta minutos. Aperitivo, dos entrantes al centro, pescado, carne, el postre con el logotipo del pastelero, que Mireia nos recomienda quitar y quitamos. Alergias: seis. Intolerancias: cuatro. Un vegano, que es un primo de Álvaro que se hizo vegano en marzo y al que Rosa todavía no se lo perdona.

Mireia lo apunta todo a mano, en un cuaderno, y luego lo pasa al portátil delante de nosotros.

—Mi tía no puede con las escaleras —digo, cuando llegamos a la distribución de mesas.

—Ya. Se lo ponemos abajo, cerca de la puerta de la izquierda, que es la que no tiene escalón. —No levanta la vista—. Y hablo yo con los del catering para que a esa mesa le entren por ese lado, que si no le pasan las bandejas por detrás de la cabeza y se pone nerviosa.

Yo no le he dicho a esta mujer que mi tía se pone nerviosa cuando le pasan cosas por detrás.

Puedo haberlo dicho en octubre. Estuvimos aquí una mañana entera en octubre, con el café, y hablé mucho, y de eso hace nueve meses y medio y no me acuerdo de la mitad de lo que dije.

—Perfecto —digo.

—Y tú tranquila, ¿eh? —Cierra el portátil—. Que para eso estoy yo. Yo os acompaño en todo el proceso y de aquí al día doce no vais a tener que perseguir a nadie. Si hay un problema, me llamáis a mí y ya está.

Hay medio segundo raro. Un chirrido pequeño, de esos que te da el oído cuando reconoces una canción por dos notas y luego no la reconoces.

Llevo tres días durmiendo cuatro horas. Lo dejo pasar.

Nos acompaña hasta el patio. Por el camino nos enseña el aparcamiento nuevo, que es de 2024, y la piscina, que también, y dice que la piscina no se usa para nada más que para las fotos y que fue el mejor dinero que ha gastado en su vida.

—¿La barra dónde va? —pregunta Álvaro.

—Ahí, entre los dos plátanos.

—¿Y el generador?

—Detrás del muro, que no se oye.

Álvaro asiente. Va hasta el muro. Mira detrás.

En el coche, ya en el camino de los cipreses, me doy cuenta de una cosa y es una tontería y la apunto igual.

Álvaro ha estado dos horas en esa finca y no ha preguntado dónde estaba nada. Ni el baño, ni el interruptor de la sala, ni por

dónde se sale al olivar. Ha ido.

CAPÍTULO 9

B-01

5 de agosto

Sílvia Prats trabaja en antifraude de una operadora y nos conocimos en 2019, en una mesa de trabajo de esas que organiza el sector para que parezca que colaboramos. Ella llevaba dieciocho casos de duplicado de SIM en cuatro meses y yo llevaba tres siniestros de vida con la misma correduría detrás. No teníamos nada que ver la una con la otra. Comimos juntas los dos días.

En 2021 le pasé, por debajo de la mesa, el nombre de un punto de venta que a mí me salía en un expediente de una manera rara y que a ella le cerró una investigación de nueve meses. No le pedí nada a cambio. Es importante que quede claro que en aquel momento no le pedí nada a cambio, porque hoy voy a cobrarlo.

Quedamos a las nueve de la mañana en la cafetería de una gasolinera de la avenida de Andorra, que es donde queda la gente que no quiere que la vean quedando.

Llega con la ropa de oficina y el bolso grande y pide un cortado.

—Estás delgada.

—Todo el mundo me dice eso.

—Pues cómete un cruasán.

Le doy el papel doblado por la mitad. Tres números escritos a mano.

Sílvia no lo abre. Lo deja al lado de la taza y me mira.

—¿Esto qué es?

—Tres líneas dadas de baja. Necesito saber cuándo se dieron de alta y si tienen incidencias.

—¿Expediente?

—No hay expediente.

—Irene.

—Ya lo sé.

—No, dime que lo sabes bien. —Se echa hacia atrás—. Yo llevo desde marzo con el equipo. Tengo cuatro personas debajo y una auditoría del grupo en octubre. Si yo hago una consulta sin causa, eso queda. Queda mi usuario y queda la línea consultada y en diciembre viene un señor de Madrid y me pregunta por qué.

—Lo sé.

—¿Y me lo pides igual?

—Sí.

Se queda callada. Fuera, un camión cisterna maniobra para entrar en los surtidores y el conductor se baja a fumar donde no se puede.

—¿Estás metida en algo?

—No.

—Esa es la respuesta que damos todos.

—Es un tema de familia.

Y eso, por algún motivo, sí funciona. Sílvia coge el papel, lo abre, lo mira ocho segundos, lo dobla y se lo mete en el bolsillo de la chaqueta.

—Los titulares no te los voy a dar —dice—. Eso ni de coña. Eso me lo traes con un requerimiento judicial o no existe.

—Vale.

—Lo demás lo miro. Y no te llamo. Vuelve esta noche, a las ocho y media. Aquí mismo.

Son once horas y media y las paso enteras haciendo otras cosas y sin enterarme de ninguna.

Llega a las ocho y treinta y cinco, con el bolso grande y la misma ropa arrugada de la mañana, y esta vez pide un café solo y no se sienta enseguida.

—El primero, el que empieza por seis siete —dice, ya sentada, sin sacar nada—. Alta en marzo de 2018. Baja en septiembre de 2018. Y hasta ahí.

—¿Cómo que hasta ahí?

—Que el resto está purgado. Titular, documentación, dirección, todo.
—Abre las dos manos—. Seis años de conservación y luego se va. Es lo que hay que hacer y por una vez lo hacemos bien.

Seis meses. Esa línea vivió seis meses.

—Los otros dos —sigue— son más entretenidos.

Saca el móvil, mira una nota y lo vuelve a guardar. No enseña pantallas. Lo lleva memorizado o casi.

—Los dos tienen una incidencia de duplicado de SIM. El de 2020, a los cinco meses del alta. El de 2022, a los cuatro.

Dejo la taza.

—¿Duplicado normal?

—Duplicado presencial. En tienda física. Los dos. —Ahora sí baja la voz—. Con documentación del titular, en mano, y en las dos hay reclamación posterior por pérdida de servicio.

—O sea que el titular se quedó sin línea.

—El titular se quedó sin línea un rato, sí. Eso es lo que pasa. Tú vas a una tienda con el DNI de otro, pides un duplicado, te dan una tarjeta nueva y la del titular deja de funcionar. Y el titular se pasa dos días pensando que se le ha estropeado el móvil.

—¿Y en esos dos días?

—En esos dos días le entran a él los mensajes del banco. —Bebe—. Pero eso ya te lo sabes tú.

Me lo sé. Lo he visto en expedientes. Lo he leído en circulares internas. Lo he explicado yo en una formación de dos horas en 2023, con diapositivas.

Lo que no había visto nunca es una lista de cuatro números en la que dos de ellos hayan pasado por eso.

—¿Los puntos de venta son el mismo?

—No te lo he dicho.

—Sílvia.

—No te lo he dicho porque no te lo voy a decir hoy. —Se limpia la comisura con la servilleta y la deja doblada—. Mira, te voy a explicar

dónde estoy yo. Lo que te acabo de contar es técnico y agregado y si alguien me pregunta puedo decir que estaba comprobando un patrón. Los titulares y los puntos de venta son datos personales de gente que no es tú. Eso ya no es hacerte un favor, eso es dárselos a alguien que no debería tenerlos.

—Entendido.

—No, escúchame. —Y se inclina—. Yo lo del 2021 no lo he olvidado y no lo voy a olvidar. Pero si esto que llevas entre manos acaba en algún sitio, tú no me has visto en agosto en una gasolinera. Y si acaba en un sitio con jueces, tú vas a tener que explicar de dónde has sacado lo que sabes.

—Sí.

—Que lo vas a tener que explicar tú, Irene. No yo. Tú.

Paga ella. Salimos juntas al aparcamiento y a las nueve de la noche el asfalto todavía devuelve el calor del día entero, y huele a gasolina y a la freidora del bar de al lado.

Antes de subirse al coche se para con la puerta abierta.

—Una cosa que no me has preguntado —dice.

—Dime.

—El del 2020 y el del 2022. Los dos están de baja por defunción del titular.

CAPÍTULO 10

Comida de familia

5 de agosto

Rosa Vilaplana vive en un piso de la avenida de Montbrió con las persianas a media altura todo el verano y un aparato de aire en el salón que enciende solo cuando viene gente, porque dice que ella sola no gasta.

Hoy viene gente. Ha hecho arroz.

—Que quiero que Irene me vea lo que me he comprado —ha dicho por teléfono—. Que si no le gusta lo cambio, que tengo hasta el veinte.

Gabriel llega el último, a las dos y veinte, con vino y con una caja de la pastelería de la plaza. Le da dos besos a su madre, le da la mano a su hermano y a mí me dice hola.

No me dice mi nombre. En tres horas no lo dice ni una vez. Yo lo cuento, porque eso es lo que hago.

Comemos los cuatro en la mesa del salón con el aire puesto y las persianas bajadas. Rosa habla de la carestía, del arroz, de que ya no venden el bacalao como antes. Álvaro sirve. Gabriel le pregunta a su madre por la rodilla y por la vecina del cuarto y por el chico de la farmacia, y Rosa contesta a todo con una precisión que a mí me da un poco de vértigo: fechas, nombres, dosis.

—¿Y tu tía qué se pone? —me dice, de repente.

—Todavía no lo sabe.

—Ay, pues que se dé prisa, que luego no hay nada.

—Se lo diré.

—Yo se lo digo si quieres.

—No hace falta.

—Bueno. —Se limpia—. Yo lo digo.

Después del café me lleva al dormitorio. La cama está hecha con la colcha de verano y encima, extendido, hay un conjunto de chaqueta y falda en un color entre verde y gris que le queda muy bien y que ella no sabe que le queda muy bien.

—Es de la tienda de la calle Major.

—Es precioso, Rosa.

—¿Sí?

—De verdad.

—Es que el verde no sé si es de boda.

—Es de boda.

Se pone contenta y no lo dice, y se va al armario a buscar los zapatos, que están en la parte de arriba, y se tiene que subir a un taburete, y le sujeto el taburete.

Baja los zapatos. Y baja también, porque estaba al lado y porque una vez que la tienes en la mano ya no hay quien la pare, una caja de zapatos vieja con una goma alrededor.

—Espera, espera, que te enseñe una cosa.

Volvemos al salón con la caja.

—Mamá —dice Álvaro.

—Que es un momento.

Quita la goma. Dentro hay fotografías sueltas, una libreta de la cartilla de vacunas, dos boletines de notas del colegio, un rosario, un sobre de una clínica dental.

—Mira. —Saca dos radiografías grandes, de esas panorámicas, y las levanta contra la ventana—. Los dientes.

—¿De quién?

—De los dos. Se las hicieron el mismo año, que fuimos juntos. —Señala—. Este es Álvaro. Y este el pequeño.

Se ven dos mandíbulas de niño con los dientes definitivos esperando arriba, en fila, dentro del hueso. Es una imagen que he visto veinte veces en mi vida y que nunca me ha parecido nada, y hoy, con este calor y este arroz, me parece una cosa rarísima.

—Aquí tenían siete años —dice Rosa—. Este se portaba bien y este no.

—¿Cuál es cuál?

—Adivínalo.

Gabriel se levanta.

Lo hace sin brusquedad. Recoge su plato y el de su madre, dice que va poniendo la cafetera aunque ya nos hemos tomado el café, y se va a la cocina, y a los diez segundos se oye el agua del grifo.

Y yo miro a Álvaro.

Y Álvaro no está mirando la caja. Álvaro está mirando la puerta de la cocina, y llevaba mirándola desde antes de que su hermano se levantara. Lo sé porque cuando yo he levantado la vista de las radiografías, él ya tenía la cabeza girada.

Rosa sigue. Saca una foto de comunión, saca un boletín, dice que el pequeño en cuarto sacaba unas notas de miedo y que luego se torció con los estudios, dice que Álvaro nunca fue de estudiar pero que tenía las manos.

Yo le sigo la conversación y no me entero de nada de lo que digo.

Lo que estoy haciendo es intentar colocar una cosa en algún sitio, y no encaja en ninguno. Un hombre de cuarenta años que se levanta cuando su madre saca fotos de la infancia no es un dato. Hay millones de hombres así. Mi propio padre salía de la habitación.

El dato no es Gabriel.

El dato es que Álvaro sabía que iba a levantarse.

Rosa lo guarda todo, pone la goma, deja la caja en la mesita del teléfono y dice que un día tiene que ordenar eso. Gabriel vuelve con la cafetera y sirve y se sienta y le pregunta a su madre si ha ido al ambulatorio a lo de la rodilla.

A las seis nos vamos. En el rellano Rosa me da un táper de arroz para llevar y me dice otra vez que si el verde no será mucho verde.

En el coche, cuando salimos de la avenida, lo digo con el tono más plano que tengo.

—A tu hermano no le gustan las fotos.

—No —dice Álvaro.

Pone el intermitente. Gira. Mira el retrovisor.

Y no añade nada, porque él contesta a lo que le preguntas y no una palabra más, y llevo cinco años queriéndolo por eso, y es la primera vez en cinco años que me habría gustado que siguiera hablando.

CAPÍTULO 11

El segundo plazo

6 de agosto

Hago la transferencia a las ocho y diez de la mañana, sentada en la cama, con el móvil, antes de ducharme. Quince mil novecientos treinta euros.

La aplicación se lo piensa, me pide la huella otra vez y me devuelve un mensaje naranja: *operación pendiente de revisión*.

A las once y cuarenta me llaman del banco.

Estoy en mi mesa. Ferran está a metro y medio con los cascos puestos, que es su manera de decir que hoy no.

—¿Doña Irene Sarrià Ferré?

—Sí.

—Le llamamos del servicio de seguridad. Es por una operación que ha ordenado usted esta mañana. ¿Podría confirmarme el importe?

—Quince mil novecientos treinta.

—¿Y el beneficiario?

—Mas Ventalló, sociedad limitada.

—¿Conoce usted personalmente al beneficiario?

—Es la finca donde me caso.

Una pausa muy corta al otro lado. Es una chica joven y se le nota que tiene un guion delante y que el guion no contempla nada.

—Perfecto. ¿Y el origen de los fondos, me lo puede indicar?

—Un depósito a plazo que vencía en junio. Del mismo banco. Lo tienen ustedes.

—Ya, es que a nosotros nos salta igual. —Baja el tono, sale un segundo del guion—. Es que como es un importe alto y a una sociedad y usted no tiene histórico con ese beneficiario...

—Lo sé —digo—. Trabajo en esto.

—¿Ah, sí?

—Investigación de siniestros. Nosotros hacemos lo mismo con los talleres.

Se ríe. Se le pasa el apuro. Me hace las tres preguntas que le quedan, me lee la advertencia de que nadie del banco me va a pedir nunca las claves y me libera la operación.

Ferran se quita un casco.

—¿Todo bien?

—El banco.

—Menudos somos.

Vuelve a ponérselo.

Lo que me deja el resguardo en la pantalla es esto: la orden ejecutada, la fecha, el importe, y el beneficiario con su nombre completo y su CIF.

MAS VENTALLÓ, S.L. — B-43...

Y ahí es donde no puedo evitarlo, y quiero dejar claro que en este momento no lo hago por nada. Lo hago porque llevo once años leyendo CIF y porque cuando veo uno lo miro entero, igual que hay gente que corrige las faltas de ortografía de los carteles.

Un B es una sociedad limitada. Un 43 es Tarragona.

Abro la consulta del Registro Mercantil en otra pestaña. Es pública. Cuesta unos euros y se hace en cuatro minutos y la hago dos veces por semana con talleres, con corredurías y con empresas de asistencia en carretera.

Datos generales. Constitución en marzo de 2017. Objeto social: explotación de establecimiento de restauración y organización de eventos. Domicilio en el mismo camino de los cipreses. Administradora única.

Y en el histórico de asientos, dos líneas.

Ampliación de capital. 2022. Ampliación de capital. 2024.

No hay importes en la consulta básica. No hay quién suscribe. No hay nada más que dos entradas con dos años y la palabra *ampliación*.

Me quedo con eso en la pantalla mientras se me enfría el café.

Una sociedad de bodas es un negocio de márgenes estrechos y de temporada. Se cobra por adelantado, se paga a proveedores a treinta días y se ahorra o no se ahorra. Lo normal, en cuatro años, es no tocar el capital social nunca. Yo he mirado los datos de doscientas empresas pequeñas de esta provincia y la mayoría siguen con los tres mil euros de la constitución.

Que amplíes una vez tiene explicación. Un socio nuevo. Una reforma que el banco no te financia si no pones más.

Que amplíes dos veces en cuatro años quiere decir que en 2022 y en 2024 entró dinero.

Cierro la pestaña.

No es una sospecha. No sirve para nada. Es una empresa que ha crecido, y he visto crecer así a un montón de gente que se levanta a las seis y trabaja los sábados, y una de esas personas me está reservando la mesa de mi tía junto a la puerta sin escalón.

Lo apunto igual, porque es lo que hago con los ruidos: no los interpreto, los guardo.

Cuando salgo a las tres, Álvaro me ha escrito.

¿Pagado?

Pagado.

Vale. Esta noche te enseño una cosa.

CAPÍTULO 12

Un hombre que arregla cosas

6 de agosto

Llego a Riudoms a las ocho y media. El taller tiene la puerta grande abierta de par en par y las dos ventanas altas también, para que corra algo, y aun así dentro hay dos grados más que fuera.

Álvaro está de espaldas, con la camiseta pegada, lijando a mano.

—El rodapié del fondo está suelto —digo.

No me giro a mirarlo. Lo digo dejando el bolso en el banco, con el tono de la mujer que avisa de una bombilla fundida.

Álvaro para. Se limpia las manos en el trapo que lleva en el cinturón y mira hacia allá.

—Ya.

—Se sale por arriba.

—Es de la solera.

Y entonces me cuenta el taller.

Me cuenta que esto lo levantó su padre en el setenta y nueve, con permiso de nadie, y que la solera la echaron un domingo entre seis hombres del pueblo y que la echaron mal, sin lámina, directamente sobre la tierra. Me cuenta que en invierno la humedad sube por debajo y que por eso hay una franja de un palmo en la pared del fondo que se come la pintura cada dos años. Me cuenta que su padre puso el rodapié en el noventa y cuatro con haya que le sobró de una cocina, y que él lo ha quitado y lo ha vuelto a poner tres o cuatro veces para pintar detrás.

—Habría que picar y echarla otra vez —dice—. Son dos semanas y hay que sacarlo todo. Mi padre decía lo mismo y no lo hizo en veinticinco años.

Habla dos minutos seguidos. Para Álvaro, dos minutos es un discurso. Y todo lo que dice es verdad, y todo lo que dice es

interesante, y todo lo que dice contesta a una pregunta que yo no he hecho.

Lo que yo he dicho es que el rodapié está suelto. Lo que él ha contestado es de quién era este sitio.

Y no me pregunta nada.

Esto es lo que hay que entender de esta escena, porque me pasé la noche del jueves dándole vueltas. Una persona a la que su pareja le dice *el rodapié del fondo está suelto* pregunta una de estas dos cosas: cómo lo sabes, o para qué has ido tú ahí detrás. Las dos preguntas son automáticas. No son sospecha. Son conversación.

Álvaro no hace ninguna de las dos. Vuelve a la lija.

Y una ausencia es peor que una mentira, porque una mentira la puedo contrastar.

—Voy a por agua —digo.

—En la nevera de casa. La de aquí está caliente.

Sale él, porque siempre sale él.

En cuanto oigo la puerta de la casa me agacho en el fondo del taller, con el móvil en la mano y la linterna encendida, y miro el rodapié de cerca por primera vez con luz.

Está atornillado. Toda la tira, cada cuarenta centímetros, con tornillos de cabeza plana viejos, oscurecidos, con la ranura llena de pintura de tres colores distintos. Se ve que llevan ahí desde el noventa y cuatro y que los han pintado por encima muchas veces.

En el tramo de metro y medio de debajo del banco hay cuatro tornillos que no son esos. Son de estrella. Están limpios. Tienen el filo vivo y no tienen pintura ninguna, ni por dentro de la cabeza ni alrededor.

Y hay un detalle más, que es el que me hace sentarme en el suelo. Alrededor de los cuatro tornillos nuevos la madera tiene un halo mate, un cerco donde la pintura se ha levantado en escamas finísimas, y ese cerco no está en ninguno de los otros.

Eso pasa cuando aprietas un tornillo nuevo sobre una superficie pintada. No pasa una vez. Pasa cada vez.

Me quedo en el suelo con la linterna encendida y no saco ninguna conclusión, y quiero que conste que no la saco.

Porque este hombre lleva desde el noventa y cuatro quitando y poniendo ese rodapié para pintar detrás. Porque este hombre desmonta cosas todos los días de su vida y las vuelve a montar mejor de lo que estaban. Porque en este taller hay cuatro cajas de tornillería clasificada por medidas y porque el año pasado le cambió los herrajes a un armario de mi madre y le dejó los originales dentro de una bolsa con una nota.

Encontrar tornillos nuevos en el taller de un carpintero no significa nada.

Apago la linterna cuando oigo la puerta.

—Toma.

Me da la botella. No me pregunta por qué estoy sentada en el suelo del fondo. Se lo apunto también.

—Ven, que te enseñe lo que te decía.

Lo tiene en el banco pequeño, tapado con un trapo. Es un cofre. Del tamaño de una caja de zapatos, más bajo, de nogal, sin barnizar todavía, con la tapa suelta encima.

—¿Y esto?

—Para las cartas de la gente. Del día doce. —Encaja la tapa otra vez—. Mireia dice que se pone una cosa a la entrada y que la gente echa ahí los sobres. Y yo no le voy a comprar una urna de cartón.

Lo cojo. Pesa. Las esquinas están hechas a cola de milano, esas colas de milano finas que a él le salen a mano y que la gente cree que son de máquina.

—No lo has pegado.

—No.

—¿Y no se abre?

—Se abre si tiras. —Encaja la tapa, la levanta, la vuelve a encajar—. Va a presión. Yo esto no lo encolo.

—¿Por qué no?

—Porque una junta encolada la tienes que romper para abrirla. —Pasa el pulgar por la esquina, comprobando el ajuste—. Las buenas

se hacen para poder abrirse y volver a cerrarse sin que se note nada.

CAPÍTULO 13

La versión que me sirve

7 de agosto

Los viernes de agosto en la oficina no pasa nada. A las once he cerrado lo único que tenía y he mandado tres correos que no contestará nadie hasta septiembre, y a las once y cuarto hago lo que hago con cualquier expediente que no cuadra, que es sentarme a construir versiones.

Es un método y me lo enseñó un jefe que ya no está. Escribes todas las versiones que explican los hechos, incluidas las que no te gustan, y a cada una le buscas el punto por donde se rompe. La que aguanta más peso es por la que empiezas a trabajar. No es adivinar. Es descartar en orden.

Cojo un pósito, porque el pósito se tira.

Uno. Es un teléfono viejo suyo. De cuando el taller era del padre, de cuando llevaba dos números. Se le quedó detrás del rodapié en una obra y ahí se quedó.

Se rompe por dos sitios. Un aparato olvidado en 2014 no tiene el treinta y uno por ciento de batería en 2026. Y nadie guarda cuatro contactos con una letra y un número correlativo. Los teléfonos viejos están llenos de basura: la ITV, el del gas, un tal Josep.

Dos. Es de un cliente. Álvaro se lo quedó en prenda o se lo dejaron. Hay gente que le debe dinero desde hace años y él no reclama nada nunca; hay una libreta en el taller con nombres y cantidades de 2019 que no ha cobrado.

Esta se rompe por el mismo sitio de la batería, pero se puede empujar: si el aparato está en un cajón de su casa y de vez en cuando lo enchufa al hacer limpieza, aguanta.

Tres. Álvaro está metido en algo. Muebles en negro, alguien que le pide guardar cosas, un favor a alguien del pueblo que empezó pequeño.

Esta se rompe por dentro y no por fuera. Me la quito de encima en once segundos y me doy cuenta de que me la he quitado de encima en once segundos.

Cuatro. El teléfono no es de Álvaro y lo puso ahí otra persona.

Esta la escribo, la leo y la tacho. La tacho porque parece de novela. Porque para que alguien meta un aparato detrás de un rodapié en el taller de mi novio hace falta que ese alguien entre en el taller de mi novio, y en ese taller entramos él, yo y su madre a llevarle el táper.

Cuatro versiones. Ninguna aguanta la frase.

Llevo dos años esperando que encontraras ese teléfono.

Eso es el dato duro. En un expediente, el dato duro es el que no puedes mover: la hora del parte médico, el peso del camión, la lectura del contador. Todo lo demás se acomoda alrededor. Y aquí el dato duro es una mujer que descuelga a la segunda, a la que no he dicho mi nombre, que sabe mi nombre, y que llevaba dos años esperando.

Ninguna de mis cuatro versiones sostiene esa frase. La uno y la dos no la sostienen porque un teléfono olvidado no tiene a nadie esperando al otro lado. La tres tampoco, porque quien guarda algo por un favor no anuncia el plazo. La cuatro sí la sostendría, y por eso la he tachado.

Si esto fuera un expediente de otra persona, yo escribiría en el informe que la versión del cliente moroso no explica el hecho principal y que hay que ir a por la cuarta.

Lo que hago es doblar el pósito por la mitad, romperlo en cuatro y tirarlo a la papelería de debajo de la mesa. Y después sacar los trozos y tirarlos a la del pasillo.

A la una y veinte me escribe Mireia.

Buenas! Cristina ya tiene autocares 🚐 Y una cosa: he apuntado lo de tu tía en la ficha de sala para que no se me pase. Cualquier cosa me dices y lo vemos, para eso estoy. Buen finde!

Contesto con un gracias y dos emoticonos.

A las siete, en el coche, con el aire puesto y el motor en marcha en el aparcamiento de mi casa, saco el teléfono gris del bolso y marco M-04.

Apagado o fuera de cobertura.

Y esa noche, cenando sola, me cuento la versión dos entera y con detalles: el mueble sin pagar, el hombre del pueblo, el aparato que Álvaro se quedó por no discutir y que no ha tirado porque él no tira nada, y la mujer del otro lado que llevaba dos años queriendo recuperar el móvil de su marido y que ha reconocido mi voz porque nos habremos visto en alguna fiesta mayor.

Me lo cuento bien. Con los huecos rellenos. Duermo siete horas.

Eso fue lo que quise creer, y lo elegí un viernes por la tarde con toda la información delante.

CAPÍTULO 14

N-02

7 de agosto

A las diez y media de la noche me llega un mensaje de Sílvia. Dos líneas y ningún saludo.

Bajas: 12/07/2021 y 03/05/2023. No me escribas más por aquí.

Y lo borra a los diez segundos. Veo cómo desaparece de la pantalla: *este mensaje se eliminó*. Ya lo tengo copiado en la libreta.

Dos fechas de defunción. Ni un nombre.

Con eso no se llega a ninguna parte. En la provincia de Tarragona murió gente el 12 de julio de 2021 y murió gente el 3 de mayo de 2023, y el registro civil no es una web que se consulte con un nombre de pila y ganas.

Así que hago la cosa tonta, la primera, la que hace todo el mundo y que en mi trabajo funciona una vez de cada cuatro.

Escribo el número en el buscador. Los nueve dígitos, sin espacios, entre comillas.

Primer resultado: una web de esas que dicen quién te ha llamado y que están llenas de comentarios inventados. Nada.

Segundo: lo mismo con otro nombre.

Tercero: un PDF.

Dossier de proveïdors — Arts Gràfiques del Baix Camp, 2019.

Es un catálogo de veinte páginas escaneado y colgado en el servidor de una imprenta de Reus que sigue en pie desde entonces, con las condiciones comerciales, los formatos, los plazos y, en la última página, un recuadro con tres personas de contacto, sus correos y sus móviles.

Nàdia Cots Bertran — comercial — 6...

Es el número.

Me quedo mirando la pantalla del portátil en el sofá, con el pie encima de una caja de libros.

Los móviles de trabajo se caen de las webs todo el rato. Se caen en los PDF de los pliegos, en las listas de asistentes a jornadas, en los boletines de las asociaciones empresariales, en los formularios que alguien colgó y nadie retiró. En 2022 encontré a un tasador que me estaba mintiendo porque su número aparecía en el acta de una comunidad de vecinos de 2016.

Nàdia Cots Bertran.

Ahora sí.

Nombre, apellidos, y una fecha del 12 de julio de 2021 escrita en mi libreta de la boda.

La esquila sale a la primera, en el portal de una funeraria de Reus. Sigue colgada porque estas cosas no se retiran nunca.

Una fotografía en blanco y negro de una mujer con el pelo recogido, riéndose de algo que está fuera del encuadre. Debajo:

Nàdia Cots Bertran. 34 anys. Els seus pares, la seva germana i el seu promès.

Su prometido.

Lo leo tres veces y no hago nada con ello. Lo deajo ahí.

Sigo. Añado el nombre y el año y busco otra vez, y en la tercera página de resultados hay una nota de un digital comarcal del 13 de julio de 2021. Noventa palabras. De esas que se escriben con el comunicado de los Bombers delante y sin salir de la redacción.

Una dona de 34 anys va morir ahir a la tarda en una finca del terme de Riudoms. El cos va ser localitzat en una bassa de reg per personal de la mateixa finca cap a les 19.30 h. Fins al lloc s'hi van desplaçar dotacions dels Bombers de la Generalitat i del SEM, que no van poder fer res per salvar-li la vida. Els Mossos d'Esquadra van obrir diligències i van descartar indicis de criminalitat.

Una balsa de riego.

Cierro el portátil y me quedo un rato con la mano encima de la tapa.

Riudoms tiene siete mil habitantes, dos gasolineras, un campo de fútbol, kilómetros de avellano y una plaza donde ponen paradas los domingos. Es un pueblo pequeño de una comarca pequeña. Yo llevo cinco años entrando y saliendo de él tres veces por semana.

Riudoms es donde tiene su taller Álvaro. Es donde vive Rosa. Es donde hago la compra los sábados cuando me quedo a dormir.

Y dentro de cinco semanas, en una finca del término de Riudoms, ciento dieciocho personas se van a sentar a comer en mi boda.

CAPÍTULO 15

La balsa

8 de agosto

El sábado me levanto a las siete y le digo a Álvaro que voy a Reus a lo de mi tía y que como allí.

Antes de salir hago dos cosas.

La primera es entrar en la sede electrónica del catastro y buscar la zona que sale en un par de resultados sueltos cuando cruzo el nombre del pueblo con la palabra balsa: un área de avellanos al noreste del término, entre dos caminos, donde el visor muestra cinco parcelas grandes y, en la ortofoto, tres rectángulos de agua.

La segunda es coger la cinta métrica del cajón de las herramientas de mi cocina. Una de cinco metros, amarilla. No sé todavía para qué la quiero. La meto en el bolso.

Llego a las diez menos cuarto. Dejo el coche en un ensanche del camino, al lado de una caseta de riego con la puerta reventada, y sigo a pie.

A las diez de la mañana de un ocho de agosto el campo está en un silencio que impresiona. Los avellanos están cargados y polvorientos. El suelo cruje. Huele a tierra seca y al herbicida que han pasado por los ribazos hace poco, ese olor dulzón que se te queda pegado. Al fondo, por encima de la línea de árboles, el vapor blanco de las torres subiendo recto.

La primera balsa es pequeña y está seca, con el fondo lleno de hojas.

La segunda tiene una malla verde por encima y una bomba nueva.

La tercera está a doscientos metros, al final de un camino que se estrecha, y cuando llego al último tramo veo dos cosas a la vez.

Una es la balsa: un rectángulo de hormigón de unos doce metros por ocho, con el agua a media altura, verde, con la línea blanca de la cal marcando dónde llegaba antes, una escalerilla de hierro oxidada

en la esquina y una arqueta con dos válvulas. Está vallada. La valla es de malla galvanizada con postes de acero, con la brida de plástico todavía blanca en cada nudo, y la puerta tiene un candado.

Esa valla no tiene ni cinco años. La balsa tiene cuarenta.

La otra cosa que veo es la hilera de cipreses.

Están a mi derecha, arriba, más allá del ribazo, en fila, atados a sus tutores. Los conté cuando vine el martes por la tarde porque venía nerviosa y contar es lo que hago. Son veintidós.

Me quedo quieta en mitad del camino con la cinta métrica en el bolso.

Subo el ribazo. Son cuatro pasos y una zarza. Arriba se acaba el avellanar y empieza el olivar, y el olivar está limpio, desbrozado, con el suelo pasado con máquina, y desde el borde del olivar se ve todo.

Se ve la parte de atrás de la sala nueva, con la pared de arcos.

Se ve el muro bajo detrás del cual va el generador.

Se ven los dos plátanos.

Saco la cinta y no la uso, porque cinco metros no dan para esto, y hago lo que sí sé hacer, que es medir a pasos. Tengo el paso calibrado desde hace años: setenta y cinco centímetros. Es una tontería de perito, se aprende en dos tardes y sirve para muchísimo.

Voy desde la esquina de la valla hasta el primer plátano contando en voz baja.

Ciento seis pasos.

Ochenta metros redondos, arriba o abajo.

La barra del cóctel va entre los dos plátanos. Lo dijo Mireia el martes y lo tengo escrito en la libreta con la letra de Álvaro, porque ese día apuntó él: *barra entre plátanos, generador detrás del muro*. A las siete y media de la tarde del doce de septiembre habrá ahí ciento dieciocho personas con una copa en la mano, y mi tía Roser estará sentada cerca de la puerta sin escalón porque no puede estar mucho rato de pie, y detrás del ribazo, a ciento seis pasos, en línea recta y sin nada en medio salvo un talud de dos metros, estará el sitio donde el 12 de julio de 2021 el personal de esta misma finca sacó a una mujer de treinta y cuatro años.

No he traído sombrero. Llevo veinte minutos al sol.

Estoy pensando esto, de pie en el borde del olivar, cuando oigo un motor.

Es un buggy de esos de reparto, eléctrico, de los que usan para llevar las cajas del catering desde el aparcamiento. Baja por el camino interior con dos chavales de camiseta negra y una torre de sillas apiladas.

Y detrás, andando, con gafas de sol y una carpeta contra el pecho, viene Mireia.

Me ve desde lejos. Levanta el brazo entero y lo mueve.

—¡Ireneeee!

No hay nada que hacer. Levanto la mano.

Llega hasta el borde del olivar sin prisa, apartando una rama que le da en el hombro, y cuando está a diez metros ya está hablando.

—Pero bueno, ¿y tú qué haces aquí un sábado? —Se ríe—. ¿Te ha entrado el pánico?

—Iba a Reus. —Señalo hacia el camino con la barbilla—. He visto los cipreses desde la carretera y he parado.

—Ay, los cipreses. Es que quedan de foto, ¿eh? Me dijeron que tardarían quince años en dar sombra y que para qué los ponía. —Se sube las gafas a la cabeza y mira hacia abajo, hacia el avellanar, hacia el camino por el que he subido—. ¿Has aparcado ahí abajo?

—Al lado de la caseta.

—Uy, con el coche no bajas más, que se te queda. —Se gira otra vez hacia mí y sonrío—. Anda, ven, que ya que estás te enseño la piscina con luz de día. El martes la viste de noche y no es lo mismo.

. . .

*Nota de voz. Nàdia Cots a Sara Cots. 11 de junio de 2021, 20:52.
Duración: 47 s.*

«Sarita, dos cosas rápidas que voy conduciendo, bueno no, estoy parada, estoy parada, no te preocupes.

Una, que ya está lo de los ramos. Al final el pequeño, el que decías tú. Tenías razón. Perdona que estuviera tan pesada el otro día con eso, es que llevaba una semana mirando fotos y ya no distinguía un ramo de otro, o sea, no distinguía nada.

Y dos. Lo del piso ya está cerrado, firmamos el jueves. Y no, no me lo voy a gastar en la boda, no empieces. Lo voy a dejar apartado hasta después, en una cosa aparte, que me lo han explicado bien y tiene todo el sentido del mundo. Ya te lo cuento con calma, que por audio es un rollo.

Ah, y no le digas nada a mamá de lo del piso todavía, ¿vale? Que se pone. Se lo digo yo el domingo.

Perdona, ya paro. Que sé que estás con los niños.

Un beso, guapa. Te quiero. Ya está, ya paro.»

SEGUNDA PARTE

Las credenciales

9 – 17 de agosto de 2026

CAPÍTULO 16

De quién es el teléfono

9 de agosto

El domingo no salgo de casa.

Lo primero que hago es una cosa que no se me había ocurrido en ocho días, y que es de una obviedad que da vergüenza: mirar qué número tiene el propio aparato.

Los teléfonos de teclas lo llevan en el menú. Ajustes, teléfono, números propios. Lo tienen ahí desde 2003 y nadie lo mira nunca.

Sale un número que empieza por seis siete siete. Lo marco desde el mío para confirmarlo y el aparato gris se ilumina encima de la mesa del comedor y vibra contra la madera, y yo lo veo vibrar y me quedo un segundo mirándolo antes de colgar.

Después escribo ese número en el buscador, entre comillas.

Sale a la segunda página, en una guía comercial de la asociación de empresarios del Baix Camp de 2017, un PDF con el logotipo estirado y ochenta anunciantes por orden alfabético.

NOU SEGLE MEDIACIÓ, S.L. — Assegurances i assessorament patrimonial — Reus — 677...

Registro Mercantil, otra vez, cinco euros.

Constitución en 2014. Objeto social: mediación de seguros privados y asesoramiento financiero. Domicilio en la calle Sant Llorenç de Reus. Administrador único: Josep Maria Fortuny Roig, un nombre que no me dice absolutamente nada y que, cuando lo busco, resulta ser un gestor de setenta y un años que está en el consejo de una cooperativa agrícola y en la junta de una asociación de padres de 2009.

Disolución y extinción en 2019.

Y ahí se acaba. Una sociedad muerta, un administrador que podría ser el padre de cualquiera, una oficina que ahora es una

peluquería, según el callejero. Media hora de trabajo para llegar a una pared.

Me levanto, doy una vuelta por el pasillo y vuelvo, que es lo que hago cuando algo no sale.

El aparato está encima de la mesa, fuera de la funda. La funda es de esas de neopreno con solapa y velcro, negra, con el interior gastado y brillante. La cojo por costumbre, para guardarlo, y noto que hay algo dentro del forro.

Meto el dedo por el borde descosido. Sale un papel doblado en cuatro, de los que se doblan en la mano y se meten en un bolsillo sin mirar.

Un resguardo de tintorería. Papel rosa, muy fino, con el troquelado en un lado.

TINTORERIA NÚRIA — Riudoms. 2 americanes. 1 abric. 14/11/23. Y en la línea de abajo, escrito a bolígrafo con letra rápida por la persona del mostrador:

G. VILAPLANA

Me siento en la silla.

Hay dos Vilaplana en esta historia y uno de ellos no lleva americanas. Álvaro tiene un traje, se lo compró para el juicio de 2019, se lo puso otra vez en la boda de un primo y está colgado en su armario dentro de una funda de plástico con la cremallera rota. Álvaro no lleva abrigo. Álvaro lleva chaquetas de trabajo y un plumas azul del Decathlon desde hace seis años.

Gabriel se cambia de camisa a mediodía.

Y ahora la otra pieza, que la tenía y no la había puesto encima de la mesa porque no había nada donde ponerla.

Gabriel trabajó en una correduría de Reus antes de ponerse por su cuenta. Me lo dijo él, en enero o en febrero, comiendo, quejándose de un cliente: que en la correduría de antes esto se hacía de otra manera, que aquello era una casa de locos, que estuvo cinco años ahí hasta que cerraron. No le pregunté el nombre. No se pregunta el nombre de la empresa de la que se fue tu cuñado hace siete años.

Un número que aparece en la guía de una correduría de Reus que cerró en 2019.

Un resguardo de la tintorería del pueblo, a nombre de un Vilaplana que lleva americanas, en el forro de la funda.

Y ese aparato, con ese número, detrás de un rodapié en el taller de su hermano, con el treinta y uno por ciento de batería.

Me paso el domingo entero con esto y no llego a nada más, porque no hay nada más y porque lo que hay ya es bastante.

El teléfono era de Gabriel.

Y Álvaro lo tenía.

Llevo ocho días haciéndome la pregunta equivocada. Llevo ocho días preguntándome qué esconde Álvaro, y esa pregunta tiene mil respuestas malas y todas se me ocurren a las cuatro de la mañana.

La pregunta buena es mucho más pequeña y mucho más rara.

¿Por qué un hombre se queda una cosa de su hermano, la esconde en su taller, no la tira, no la usa, y la mantiene cargada?

CAPÍTULO 17

C-03

9 de agosto

Con el tercer número no funciona nada.

Lo escribo entre comillas, sin comillas, con espacios, con prefijo internacional. Tres páginas de resultados y todo son las mismas webs de basura, esas que te ofrecen decirte quién te ha llamado y que tienen quinientos comentarios idénticos escritos por un programa.

Media hora. Nada.

Así que le doy la vuelta y empiezo por la fecha, que es lo que tendría que haber hecho desde el principio.

3 de mayo de 2023.

Prensa comarcal. Cuatro días, del 3 al 6, en tres digitales distintos.

Sale en el segundo, el 4 de mayo, con doscientas palabras y una foto de archivo de una ambulancia.

Una dona de 41 anys va ser trobada morta ahir al matí en una casa de turisme rural del terme de Prades. Segons fonts de l'Ajuntament, la mort es va produir per inhalació de monòxid de carboni procedent d'una caldera de gas de l'immoble. La dona s'allotjava sola a l'establiment des de feia dos dies. Els Mossos van descartar indicis de criminalitat i van derivar les actuacions a la inspecció tècnica de la instal·lació.

Una caldera.

La esquila sale después, en el mismo portal de funeraria de Reus, con la misma plantilla y la misma tipografía, y llevo dos días entrando en esa web y ya me sé dónde está el buscador.

Carme Rosell Piñol. 41 anys. El seu germà, la seva cunyada i els seus nebots.

Sin foto. Hay gente que no pone foto.

Vuelvo al número con el nombre delante y ahora sí, a la cuarta página, en un portal de anuncios clasificados de esos que no se limpian nunca, hay un anuncio de 2016 que sigue publicado.

Auxiliar de enfermería con experiencia se ofrece para cuidado de personas mayores. Zona Reus y alrededores. Noches y fines de semana. Seriedad. Carme, 6...

Es el número.

Cierro el portátil y me quedo en el sofá con las piernas cruzadas y el ruido del aire de los vecinos entrando por el patio de luces.

Ahora tengo esto:

B-01. Alta en marzo de 2018, baja en septiembre de 2018. Titular purgado. **N-02.** Nàdia Cots Bertran, 34 años. 12 de julio de 2021. Una balsa de riego a ciento seis pasos de donde voy a poner la barra. **C-03.** Carme Rosell Piñol, 41 años. 3 de mayo de 2023. Una caldera en una casa de Prades. **M-04.** Una mujer que descuelga, que sabe mi nombre y que lleva dos años esperando.

Tres códigos. Tres años. Tres mujeres muertas.

Y ahora voy a hacer lo que hago en el trabajo cuando alguien de comercial me llama entusiasmado para decirme que ha encontrado un patrón, porque si no lo hago yo lo va a hacer alguien delante de mí y va a doler más.

Tres no es un patrón. Tres es tres.

Yo no tengo ningún vínculo entre estas mujeres. No sé si se conocían. No sé si tenían la misma compañía de seguros, el mismo banco, el mismo médico, el mismo gimnasio. Una murió ahogada en una finca de Riudoms y la otra por una caldera en la montaña, y la tercera no sé ni cómo se llamaba. Dos muertes accidentales en dos años distintos en una comarca de doscientos mil habitantes no son nada. Se producen ochenta muertes accidentales al año en esta provincia. Lo sé porque las cuento por trabajo.

Lo único que las une es que sus números están apuntados en un aparato que estaba detrás de un rodapié.

Eso no es una prueba de nada. Eso es una lista.

Pero las listas las hace alguien.

Y hay una cosa más y esta no me la puedo quitar de encima con estadística: las dos que tienen nombre tenían un duplicado de SIM. Las dos. A los cinco meses y a los cuatro meses del alta, en tienda física, con su documentación en la mano.

Eso ya no es que se murieran. Eso es que alguien, mientras estaban vivas, se puso durante dos días en el sitio donde les llegaban los mensajes.

. . .

Nota de voz. Carme Rosell a Montse Adell. 2 de marzo de 2023, 14:38. Duración: 1 min 06 s.

«Montse, corrige lo que te dije el sábado, que te di mal la cifra. No son cien mil. Son noventa y cinco mil doscientos y pico, y de ahí me quitan lo del abogado, que es un ocho por ciento más IVA. Te lo digo porque tú vas y se lo cuentas a tu marido y luego se corre la voz de que a Carme le han dado cien mil euros y no.

Cuatro años de juicio para eso. La espalda sigue como está.

Y otra cosa. Ayer me llamaron otra vez para lo de ir juntas al banco. Que me acompañan, que si quiero me acompañan ellos, que hay gente que se pone nerviosa con estas cantidades.

Yo llevo veintidós años haciendo turnos de noche y he firmado todo lo que hay que firmar en esta vida yo sola, incluido lo de mi madre.

O sea que no. Voy yo, el jueves, a las nueve, y ya está.

No es por nada, ¿eh? Son majísimos. Pero es que no me hace falta.

Ya te contaré.»

CAPÍTULO 18

La cita de las flores

10 de agosto

La floristería está en la calle Llovera de Reus y tiene la puerta abierta y una cortina de tiras de plástico, y dentro huele a agua estancada y a eucalipto y hace tres grados menos que en la calle.

Neus, la florista, ha montado los tres modelos encima de una mesa alta del fondo. Álvaro no viene: está entregando en Salou. Mireia sí, y ha llegado antes que yo.

—Yo a esta cita vengo siempre —me dice, dándome dos besos—. Es la única en la que se decide algo de verdad.

Los tres centros son estos.

El primero es bajo. Un cuenco de cerámica con flor compacta, blanco y verde, que no levanta un palmo de la mesa.

El segundo es alto: una estructura de metal negro de unos setenta centímetros con la flor arriba, abierta, y el tallo desnudo en medio.

El tercero es una mezcla, tres piezas pequeñas de alturas distintas.

—El de en medio —dice Mireia.

—¿Sí?

—Para tu sala, sí. —Se pone al lado del alto y levanta la mano por encima—. Vosotros tenéis siete metros de techo y unas vigas que se comen todo. Si pones flor baja, desde la puerta se ve un mantel blanco y nada más. La sala se te queda vacía y no sabes por qué.

Neus asiente desde detrás del mostrador.

—Y en las fotos —añade Mireia— la mesa sube. El fotógrafo te lo va a agradecer.

Me acerco. Me pongo a un lado de la mesa alta y le pido a Neus que se ponga enfrente.

Con el centro alto en medio, no le veo la cara. Le veo la frente y le veo las manos.

—Con este no se ve el de enfrente —digo.

—Ya. —Mireia lo dice sin defenderse, con una naturalidad total—. En las bodas nadie habla con el de enfrente, guapa. Es que no se puede. Hay ochenta personas hablando y música y no te oyes. Se habla con los dos de al lado y punto. —Levanta las cejas—. Yo he visto mil comidas y te lo digo: el de enfrente sonríe dos veces y se dedica a su lado.

Y tiene razón. Eso es lo peor. He estado en veinte bodas y no he mantenido una conversación con nadie que estuviera al otro lado de la mesa en mi vida.

Neus saca el presupuesto y aparece el problema del día, que es que las estructuras negras van aparte, doce euros por unidad, catorce mesas.

—¿Aparte de qué? —dice Mireia.

—Del centro. La estructura es alquiler.

—Neus.

—Es que yo esas se las tengo que pedir a Barcelona.

—Neus, mírame. —No levanta la voz ni medio tono. Sigue sonriendo—. Tú y yo hacemos ocho bodas al año juntas. Ocho. En estas ocho, ¿alguien te ha discutido alguna vez una factura?

—No.

—Pues las estructuras van dentro. —Le pone dos dedos en el brazo, un segundo—. Y si te las cobran a ti en Barcelona, me lo dices y llamo yo, que a mí me lo cogen.

Neus tacha una línea del presupuesto.

Son ciento sesenta y ocho euros. No es dinero. En una boda de veintiséis mil euros, ciento sesenta y ocho euros no son nada, y yo lo habría pagado sin mirarlo por no discutir un lunes a las once de la mañana con una mujer que me está aguantando desde octubre.

Y aun así, cuando Neus tacha la línea, siento una cosa concreta en el pecho que no me apetece nombrar.

Es esto: alguien acaba de defenderme.

Mireia se gira hacia mí y hace un gesto pequeño con la mano, como quitándole importancia, y dice:

—Nada, mujer. Para eso estoy.

Y luego, mientras Neus imprime:

—Oye, ¿y tu tía al final qué se pone? Porque si no lo tiene, en la calle Monterols hay una señora que hace arreglos en dos días y le va a cobrar cuatro duros. Se lo dices de mi parte.

Yo no le he contado a esta mujer que mi tía no tiene qué ponerse. Se lo habré dicho a Rosa. Rosa se lo habrá dicho a alguien. Este pueblo es así, y Reus también es así, y no hay nada raro en esto.

Firmo el presupuesto.

Catorce centros altos, estructura negra, flor blanca y verde, entrega el día doce a las diez de la mañana.

Los elijo yo. Que quede claro que los elijo yo, que Mireia no me obliga a nada, que Neus me pregunta dos veces si estoy segura y que yo digo que sí las dos veces.

Llevo once años cobrando por señalar el diez por ciento de una frase que no encaja, y acabo de comprobar con mis propios ojos que ese centro me tapa la cara de la persona de enfrente, y lo he elegido igual, porque una mujer con una carpeta me ha dicho que la sala se ve mejor y porque me ha quitado ciento sesenta y ocho euros de la factura.

CAPÍTULO 19

Mi nombre en tres sitios

10 de agosto

A las tres de la tarde vuelvo a la oficina y hago lo que llevo dos días diciéndome que voy a hacer solo para descartar.

Busco por nombre en el maestro de siniestros.

COTS BERTRAN, NÀDIA. Un expediente. 2021. Póliza de accidentes colectiva de la empresa de artes gráficas, de esas que las compañías venden por convenio y que cubren el fallecimiento del trabajador esté donde esté. Fallecimiento no laboral. Prestación abonada a los beneficiarios en octubre de 2021. Cerrado.

ROSELL PIÑOL, CARME. Un expediente. 2023. Reclamación de responsabilidad civil contra la propiedad de la casa rural, que tenía su seguro con nosotros. Peritación de la instalación de gas. Acuerdo transaccional con el hermano en 2024. Cerrado.

Dos de dos.

Me quedo con eso un minuto largo antes de seguir, porque en mi trabajo esto es lo primero que hay que pesar.

Mi compañía tiene alrededor de una cuarta parte del mercado en esta provincia. En hogar y en comunidades sube más. Que dos personas muertas en Tarragona en años distintos tengan un expediente con nosotros no es una casualidad extraordinaria: es lo que sale si haces la cuenta. De cada cuatro cosas que pasan en esta provincia, una acaba en mi planta.

Lo que ya no me gusta tanto es que Bea también.

Bea también, porque el coche de Álvaro estaba asegurado con nosotros. Por eso el expediente cayó en la mesa de Ferran y por eso a mí no me lo dieron.

Tres de tres empieza a picar. No prueba nada. Pica.

Y entonces, porque soy imbécil y porque llevo once años en esto y es un gesto que hago cien veces al mes, abro la trazabilidad.

Es una pestaña. Pone Accesos. Sale una tabla con cuatro columnas: usuario, fecha y hora, operación, terminal.

Expediente de Nàdia Cots. Cuatro accesos en los últimos dos meses.

I.SARRIA — 21/07/2026 22:14 — consulta I.SARRIA — 30/07/2026 18:35 — consulta I.SARRIA — 30/07/2026 18:41 — consulta documental I.SARRIA — 06/08/2026 23:02 — consulta

Expediente de Carme Rosell. Tres.

I.SARRIA — 24/07/2026 21:50 — consulta I.SARRIA — 30/07/2026 18:47 — consulta documental I.SARRIA — 06/08/2026 23:09 — consulta

Y en la ficha espejo del expediente de 2018, esa cáscara que Sistemas ha ido creando en el entorno actual para el inventario previo a la migración y que no tiene dentro más que una referencia y cuatro campos, dos accesos.

I.SARRIA — 30/07/2026 18:55 — consulta I.SARRIA — 06/08/2026 23:16 — consulta

Me levanto y voy al baño y me lavo las manos, que es lo que hago.

Vuelvo. Está igual.

El jueves 30 de julio a las seis y treinta y cinco de la tarde yo estaba en un piso de Tarragona con las persianas bajadas hasta el suelo.

Eso lo sé sin dudar ni un segundo, porque los jueves eran los jueves. Ocho meses de jueves. El jueves 30 de julio salí del trabajo a las seis menos cuarto, aparqué en la calle de detrás a las seis y diez y me fui de allí a las nueve menos veinte, y en ese piso no hay un ordenador conectado a la red de mi empresa ni yo llevaba el portátil de trabajo, porque el portátil de trabajo se queda en la oficina y hay que firmar un papel para sacarlo.

Y el 21 de julio a las diez y cuarto de la noche, y el 24 a las diez menos diez, y el 6 de agosto a las once, yo estaba en mi casa, sola,

y podría haber hecho cualquiera de esas consultas desde el móvil corporativo sin acordarme al día siguiente. Podría. He hecho consultas a las once de la noche muchas veces. Es lo que tiene un trabajo que se te mete en la cabeza a la hora de dormir.

Ahí está el problema y voy a escribirlo con la frase con la que se escribiría en un pliego de descargo, porque es la frase que me van a poner delante:

Un acceso realizado con las credenciales de un usuario se imputa a ese usuario.

No hay más. No existe la contraprueba. Yo he redactado catorce informes en once años en los que un empleado de un taller o de una correduría decía que él no había entrado, y en los catorce escribí lo mismo, y en los catorce tuve razón.

Puedo demostrar dónde estaba el 30 de julio a las seis y treinta y cinco de la tarde.

Puedo demostrarlo enseñándole a mi empresa, a mi jefe y eventualmente a un juez que estaba desnuda en la cama del hermano del hombre con el que me caso dentro de cinco semanas.

Cierro la pestaña.

Y por primera vez en once años miro mi propia pantalla y no sé si lo que hay en ella lo he escrito yo.

CAPÍTULO 20

Las cosas que le pedí que mirara

11 de agosto

Empiezo por lo que recuerdo, que es como empieza todo el mundo y por eso todo el mundo se equivoca.

Lo que recuerdo son dos veces.

Recuerdo una en enero, la primera, en su cocina, con él detrás de mí mientras yo estaba de pie mirando el móvil, y un cliente suyo que tenía un parte de daños de agua parado desde noviembre y que le estaba dando la brasa. Miré en qué estado estaba. Le dije que faltaba el informe del fontanero. Se lo dije en cinco segundos y no abrí ningún documento.

Y recuerdo otra en abril o mayo, de un coche.

Dos veces. Eso es lo que me habría dicho a mí misma si me lo pregunta alguien ayer.

Hoy es martes y he abierto la conversación de WhatsApp con Gabriel y he bajado hasta el principio, hasta diciembre, y la he leído entera. Son cuatro horas. Hay que buscar despacio porque él no escribe nunca la palabra que buscas.

Esto es lo que hay.

16 de enero. *Oye, una consulta tonta. El de la calle Balmes. ¿Tú puedes ver si le han pedido algo y no se ha enterado? Es que el tío me tiene frito.* Y mi respuesta: *Falta informe del fontanero. Dile que llame él, que a mí no me hagas.* Esa la recordaba.

2 de marzo. *¿Me miras una cosa? Un Golf del 19, siniestro de febrero. Matrícula.* Y yo: *Está pagado el 26. Que mire la cuenta.* Esa no la recordaba en absoluto.

11 de abril. *La nave de mi cliente de Botarell. Dice que le han denegado. ¿Le han denegado o se lo está inventando?* Y ahí yo abrí el expediente y leí la carta de rechazo y le conté por encima lo que decía. Esta es la que recordaba como «un coche», y no era un

coche, era una nave industrial, y no fue una mirada de cinco segundos: fue leerse una carta de tres páginas y resumírsela.

28 de mayo. Y esta es la que me deja sentada en el sofá con el móvil en la mano.

Esta no me la pidió él.

Mira, ese siniestro de la casa de Salou que me contaste el otro día, lo he mirado y no es de los nuestros, es de Mapfre. Si quieres te digo con quién hablar allí.

Se lo ofrecí yo. El 28 de mayo, a las once y veinte de la noche, después de estar con él, entré a comprobar un siniestro que ni siquiera era de mi compañía para poder escribirle eso.

Cuatro. Como mínimo cuatro, porque estas son las que están escritas, y las que se piden en una cocina de pie no están escritas en ninguna parte.

Ahora la cuenta que importa.

De esas cuatro, dos son consultas rápidas de estado que a lo mejor ni generan registro documental. Las otras dos son entradas en expedientes ajenos sin causa asignada, hechas de noche, desde mi móvil corporativo, con mi usuario.

Y yo no me acordaba. Habría jurado que eran dos y que eran tonterías, y lo habría jurado de buena fe, y me habría equivocado en la mitad.

Eso es lo que se me ha roto hoy y no lo otro.

Porque llevo once años sentando a gente delante de mí y preguntándoles qué hicieron el 14 de marzo, y cuando me dicen «yo eso no lo hice» yo apunto en el margen que el testimonio no es fiable, y tengo razón, y sigo teniendo razón. No es que la gente mienta. Es que la gente no se acuerda y rellena. Rellenamos siempre. Rellenamos con lo que nos deja dormir.

Yo he rellenado cuatro con dos.

Así que ahora vamos a la pregunta que llevo desde ayer sin querer poner encima de la mesa.

¿Puedo afirmar, con la mano en el pecho, que las consultas del 21 de julio, del 24, del 30 y del 6 de agosto no las hice yo?

De la del 30 de julio a las seis y treinta y cinco, sí. Esa no.

De las otras, no.

No puedo. He entrado en expedientes ajenos de noche por menos de eso. He entrado en uno que era de otra compañía. Si yo fuera la investigadora de este expediente, y viniera una mujer de treinta y seis años a decirme que cuatro de siete accesos no son suyos pero que los otros tres a lo mejor sí, yo cerraría la carpeta y escribiría una palabra.

Y hay otra cosa. La única persona a la que podría preguntarle si él ha visto algo raro, si alguien ha tocado mi móvil, si aquella noche de enero me dejé la sesión abierta en algún sitio, es la misma persona a la que se los pedí.

Y para preguntárselo tengo que ponerle delante las cuatro conversaciones.

Y para ponerle delante las cuatro conversaciones tengo que reconocer, si esto acaba en algún sitio, que existen cuatro conversaciones.

Me quedo con el móvil en la mano, en el chat, con el dedo encima.

Están los cuatro mensajes. Está lo demás. Están ocho meses de jueves.

Y lo único que no puedo hacer es borrarlo.

Borrar es lo único que no se puede explicar después.

CAPÍTULO 21

La jaula

11 de agosto

A las once y media de la noche saco la libreta y me pongo con la distribución de mesas, porque hay que darla el veinte y porque si me quedo quieta me va a dar algo.

Mesa 1: nosotros, Rosa, mi madre, Roser, los padrinos.

Mesa 2: los primos de Álvaro.

Mesa 3.

Levanto el lápiz.

Puedo ir a la Guardia Civil. Es lo primero que se le ocurre a cualquiera y lo digo en voz alta en la cocina para oírmelo: puedo coger el aparato, ir al cuartel de Reus, ponerlo encima del mostrador y contar lo que sé.

Y entonces me preguntan cómo he llegado a los nombres.

Y yo tengo que decir que una amiga que trabaja en antifraude de una operadora me hizo dos consultas sin causa, en una gasolinera, en agosto, dos veces. Sílvia tiene cuatro personas a su cargo y una auditoría en octubre.

Y después me preguntan si he consultado los expedientes.

Mesa 3: los compañeros de Álvaro del gremio, seis.

Mesa 4.

Porque eso es lo que hay al final de esa salida, y no la vergüenza. Yo entro en un cuartel a decir que hay una lista de mujeres muertas en un teléfono, y a las dos semanas alguien de mi propia compañía saca la trazabilidad y aparece que la denunciante entró siete veces en esos expedientes en las últimas seis semanas, dos de ellas a las once de la noche, sin expediente asignado y sin causa.

Y en ese momento dejo de ser la que avisa.

Lo he visto. He visto a un tasador presentarse voluntariamente a explicar una irregularidad y salir imputado, porque lo primero que se mira no es lo que cuenta: es qué hacía él ahí.

Mesa 4: la gente de mi oficina. Ferran y su mujer, Sergi, Montse la de siniestros y su marido, dos más.

Ferran y su mujer.

Puedo contárselo a mi jefe. Subir mañana al despacho de Vidal, cerrar la puerta y decir que hay accesos con mi usuario que yo no reconozco. Eso se llama comunicar un incidente y está en el procedimiento, página once.

Lo que pasa cuando comunicas un incidente es que abren una revisión. Y una revisión no se para donde tú la abres. Empiezan por julio y agosto de 2026 y terminan sacando el histórico entero de once años, y en ese histórico hay una noche de agosto de 2018.

Mesa 5.

Y lo de 2018 está en el sistema antiguo, y el sistema antiguo no se lee, y por eso llevo ocho años durmiendo.

En el último trimestre se lee.

Mesa 5: las amigas del instituto de mi madre, que no sé por qué vienen, pero vienen.

Puedo contárselo a Álvaro.

Me quedo con esta un rato largo, con el lápiz apoyado, mirando la puerta de la cocina.

Para contarle a Álvaro que su hermano tenía un teléfono con cuatro números y que dos de esos números son de dos mujeres muertas, tengo que explicarle cómo he llegado hasta ahí, y el camino pasa por el 30 de julio a las seis y treinta y cinco de la tarde.

Y hay algo peor, y por eso esta salida no es una salida.

El teléfono estaba en su taller. Con carga. Detrás de un rodapié que él ha quitado y puesto cuatro veces y que tiene cuatro tornillos nuevos.

Yo no le estaría contando nada a Álvaro. Le estaría avisando.

Borro la mesa 5 con la goma y la vuelvo a escribir igual.

Puedo preguntárselo a Gabriel, y eso ya lo cerré ayer en el sofá con el móvil en la mano.

Puedo no hacer nada. Puedo casarme el doce, irme cinco días a Menorca, volver, y esperar a que en noviembre o en diciembre un técnico de Madrid ejecute un proceso automático que va a leer un fichero plano que lleva ocho años sin que lo lea nadie.

Mesa 6.

Mesa 7.

A la una y veinte me doy cuenta de que he puesto a la vecina de Rosa en dos mesas.

A la una y media he vuelto a comprobar por tercera vez que el doce de septiembre cae en sábado. Cae en sábado. Lo he mirado en el móvil, en el calendario de la cocina y en la libreta, y las tres veces caía en sábado.

A las dos menos cuarto cuento la lista entera.

Ciento diecisiete.

La cuento otra vez, con el lápiz, tocando cada línea.

Ciento dieciocho.

La tercera vez me sale ciento diecisiete y encuentro el problema, que llevaba once días delante de mí: hay una línea en amarillo, en la hoja de confirmaciones, sin marcar.

Roser Sarrià — 1 — pendiente.

Mi tía es la número ciento dieciocho y todavía no ha dicho que sí.

CAPÍTULO 22

La noche de la N-340

12 de agosto

En Riudoms, en agosto, la casa de Álvaro se queda con el calor del día dentro y no hay manera. Dormimos con la ventana del patio abierta y el ventilador de techo, y aun así a la una de la mañana las sábanas están tibias.

Esta noche no espero.

No sé explicar bien por qué esta noche voy yo, y no me apetece explicarlo. Se lo quito de las manos, le paso una pierna por encima, le digo que no y le sujeto las muñecas contra el colchón cuando intenta ir despacio, porque Álvaro va despacio, porque este hombre lleva cinco años tratándome como trata la madera, con paciencia y sin forzar la veta.

Hoy no quiero eso.

—Así no —digo.

—¿Cómo?

—Como si te diera igual.

Se queda quieto un segundo. Y luego lo hace. Lo hace como se lo he pedido, sin decir nada, con los ojos abiertos todo el rato, mirándome, que es lo peor de todo, porque no aparta la vista ni cuando le tiembla el brazo. Nunca la aparta.

Después nos quedamos tumbados sin tocarnos, cada uno con un pie fuera de la sábana, y el ventilador da vueltas y en el patio hay un grifo que gotea desde marzo.

A oscuras se pueden preguntar cosas. Es lo único bueno que tiene la oscuridad.

—¿Qué pasó aquella noche antes de que subierais al coche?

No se mueve.

—¿Por qué ahora?

—Por la boda.

Deja pasar cuatro o cinco segundos.

—Vale.

Y me lo cuenta.

Me cuenta que era la fiesta mayor, que él llevaba desde la comida y que a las once de la noche estaba en casa solo con la tele puesta y una botella de ginebra que había abierto a las siete. Me dice el número: llevaba media botella. Lo dice como se dice una medida, sin adornar.

Me cuenta que Bea llegó sobre las once y cuarto, llamó al timbre, él abrió y ella preguntó por Gabriel.

Que Gabriel no estaba. Que Gabriel no vivía allí desde 2015 pero pasaba mucho, y que Bea sabía que a veces estaba.

Que la hizo pasar porque en la calle hacía calor.

Que Bea se sentó en la butaca del salón, no en el sofá, y estuvo tres horas allí. Que llamaba por teléfono. Que se levantaba, salía al patio, llamaba otra vez y volvía a entrar. Que en tres horas no se tomó nada más que un vaso de agua. Que él le preguntó dos veces si quería que la llevara a su casa y ella dijo que no.

Que él siguió bebiendo mientras tanto, sentado enfrente, sin saber qué decirle.

—¿De qué hablasteis?

—De los muebles. —Silencio—. Me preguntó si le podía arreglar un aparador de su abuela. Estuvimos media hora con eso.

Que a las dos y cuarenta sonó su teléfono y era su hermano.

Y aquí Álvaro se para y coge aire, y es lo único que hace en toda la noche que se parezca a algo.

—Me dijo: «¿Está ahí?». Y yo le dije que sí. Y me dijo: «Sácala de ahí. Dos horas. Llévatela a dar una vuelta».

—¿Y tú qué dijiste?

—Dije vale.

—¿No le preguntaste por qué?

—No.

—¿Ni una palabra?

—Ni una palabra. —Y ahora sí gira la cara hacia mí en la oscuridad—. Irene, yo a mi hermano no le he preguntado nunca nada. Desde los ocho años. Él dice una cosa y yo la hago.

Me cuenta lo último con la voz igual que todo lo demás.

Que se levantó, cogió las llaves y le dijo a Bea que Gabriel estaba en Torredembarra y que la llevaba.

Que era mentira. Que no sabía dónde estaba su hermano.

Que Bea se puso de pie, cogió el bolso y se subió al coche con él porque él le dijo que la llevaba con Gabriel.

Que salieron de Riudoms a las tres menos diez.

—Yo no me acuerdo de la curva —dice—. Me acuerdo de la rotonda de la Canonja y me acuerdo del hospital. En medio no hay nada.

Me quedo mirando el techo.

—¿Y no se lo dijiste a nadie? ¿Lo de la llamada?

—Se lo dije a la Guardia Civil esa misma noche. Está en el atestado.

—Se incorpora sobre un codo—. Está escrito. Que salimos de mi domicilio a las tres menos diez con intención de ir a Torredembarra. Está ahí.

—¿Y lo de tu hermano?

—Nadie me preguntó quién me había llamado.

Se sienta en el borde de la cama, de espaldas, con los pies en el suelo.

—Y aunque me lo hubieran preguntado. —Se pasa la mano por la nuca—. Irene, mírame. Yo llevaba media botella. Yo cogí el coche. Yo saqué a tu prima de mi casa con una mentira y yo la maté en una curva que me sé de memoria porque he pasado por ahí cuatro mil veces. Eso no cambia por quién me llamara.

—No he dicho que cambie.

—Ya. —Se queda ahí sentado—. Pero lo estás pensando.

No le contesto.

Me levanto, voy al baño y enciendo la luz, y me lavo las manos con el jabón de pastilla que tiene ahí desde que lo conozco, dos

veces, con agua muy caliente, hasta que me pican.

Vuelvo a la cama. Me tumbo detrás de él y le pongo la mano abierta en la espalda, entre los omóplatos, donde tiene la marca de una quemadura de barniz de hace años.

—Ven —le digo.

Y viene.

CAPÍTULO 23

Gabriel Ilamó

12 de agosto

A las cuatro y diez de la mañana estoy despierta boca arriba en la cama de Riudoms, con él dormido al lado, y lo que hago no es investigar nada.

Lo que hago es releer.

Todo lo que necesito lo tengo desde hace ocho años. Está en mi cabeza y no hay que ir a buscarlo a ningún sitio, y esa es exactamente la razón por la que nunca lo he mirado.

El atestado decía la verdad. Salieron del domicilio a las tres menos diez con intención de dirigirse a Torredembarra. Álvaro lo declaró aquella noche, en el hospital, con la sangre extraída y un agente delante, y nadie escribió nada distinto.

Y nadie preguntó quién le había llamado a las dos y cuarenta.

No lo preguntaron porque no hacía falta. Cuando tienes un conductor con 0,68, una salida de vía y un talud, la investigación está terminada antes de empezar. La causa está clara y la responsabilidad tiene nombre y apellidos y el nombre y los apellidos están conformes. A nadie le interesa por qué dos personas cogieron un coche a las tres de la mañana el quince de agosto. La gente coge coches a las tres de la mañana el quince de agosto.

Ahora la nota de Ferran, que también me sé de memoria y que también borré yo.

En el registro de llamadas del terminal de la fallecida figura un número no identificado con doce llamadas salientes el 14 de agosto entre las 18:00 y las 23:00 horas.

Doce llamadas entre las seis de la tarde y las once de la noche.

Y a las once y cuarto se plantó en Riudoms.

Todo este tiempo yo he tenido eso colocado de una manera y hoy se ha girado, y no se ha girado porque haya aparecido un dato

nuevo. Se ha girado porque he preguntado en la cama a las dos de la mañana.

Lo que yo entendí en 2018: mi prima llamó doce veces a un hombre, no le cogió el teléfono, fue a buscarlo y no lo encontró.

Lo que sé ahora: fue a buscarlo a casa de Álvaro.

Y hay una tercera cosa que se me coloca sola a las cuatro y media de la mañana y que llevo dos semanas sin ver porque tenía las piezas separadas en dos cajones.

En ese teléfono hay cuatro contactos. Uno de ellos, B-01, es una línea que se dio de alta en marzo de 2018 y que se dio de baja en septiembre de 2018. Seis meses de vida, y los seis meses son los seis últimos meses de mi prima.

Y en el expediente de mi prima hay un número no identificado al que llamó doce veces el día antes de morir.

Es el mismo. Tiene que ser el mismo. No existe una segunda línea desconocida en esta historia.

B-01 es el número al que Bea llamó doce veces.

B-01 es el hombre.

Lo escribo en la última hoja de la libreta, a lápiz, debajo de las cuatro cifras, y lo subrayo dos veces, y me lo llevo puesto los quince días siguientes como quien lleva una piedra en el zapato y decide que es del zapato.

Nadie va a casa de un desconocido. Bea fue a Riudoms, a esa casa concreta, en fiesta mayor, a las once de la noche, y preguntó por Gabriel. Sabía que él pasaba por allí. Sabía dónde vivía la familia. Sabía a qué puerta llamar.

Y tres horas y media después, Gabriel llamó a su hermano y le dijo que la sacara de allí.

Voy a poner las dos cosas juntas despacio, porque es de madrugada y porque cuando se hacen estas cosas de madrugada salen mal.

Uno. Gabriel sabía que Bea estaba en esa casa. Alguien se lo dijo, o ella se lo dijo, o llamó él en algún momento y se lo contó Álvaro. No importa cómo.

Dos. Gabriel no fue.

Tres. Gabriel organizó que ella no estuviera allí durante dos horas.

Un hombre que quiere hablar con una mujer que lo está buscando, va. Un hombre que no quiere que esa mujer esté donde va a estar él, la aparta.

Eso no es un asesinato. Que quede claro, porque a las cuatro de la mañana todo parece otra cosa. Eso es un tío de treinta y dos años que se estaba acostando con una mujer que se casaba en tres semanas y que no quería que se le presentara en casa de su madre en fiesta mayor. Esto pasa todos los días en todos los pueblos de esta provincia y no mata a nadie.

Lo que mató a Bea fue media botella de ginebra y una curva.

Pero hay una cosa que sí me puedo decir sin que se me rompa entre las manos, y es esta: durante ocho años yo he creído que mi prima tenía a alguien y que se iba con el dinero.

Tenía a alguien.

Y ese alguien, con toda probabilidad, es el hombre que llamó a las dos y cuarenta.

Y el número al que Bea llamó doce veces el 14 de agosto está en un solo sitio en el mundo: en una nota interna de cuatro líneas y un adjunto, en el bloque financiero de un expediente del sistema antiguo.

Y esa nota la borré yo.

Me levanto sin hacer ruido, salgo al patio y me siento en el escalón con el móvil en la mano, sin desbloquearlo.

Amanece a las siete menos algo. Yo llevo aquí desde las cuatro y media, y lo único que soy capaz de pensar, dando vueltas, siempre lo mismo, es que llevo ocho meses acostándome con la única persona que podría decirme cuál era ese número.

CAPÍTULO 24

Prueba de sonido

13 de agosto

La prueba de sonido es a las once de la mañana de un jueves, que es un día raro para hacerla, pero es cuando puede el DJ.

Cuando llego, en el patio hay tres furgonetas y un camión.

Están sacando de la sala nueva las mesas de la boda del sábado pasado, apiladas de seis en seis en un carro, y a la vez están metiendo por la otra puerta las sillas de la de este sábado, que son distintas, doradas, y que vienen envueltas en plástico de burbujas. Hay dos mujeres con guantes contando cristalería sobre una mesa de caballete. En el aparcamiento, una furgoneta de una lavandería industrial de Valls carga sacos blancos con los manteles del sábado pasado.

En el suelo del patio, entre la gravilla, hay confeti seco pegado. Debe de llevar cinco días ahí.

Mireia está en medio de todo eso con el móvil en la mano y una carpeta bajo el brazo.

—¡Ya está aquí la novia! —Me da dos besos sin dejar de mirar el carro de las mesas—. Perdona el circo. Es que hoy tenemos las dos cosas encima.

—¿Quieres que vuelva otro día?

—Ni se te ocurra. —Levanta un dedo hacia uno de los chicos—. Marc, esas van al almacén dos, no al uno. Al dos. —Vuelve a mí—. Nosotros para agosto ya no somos personas. Somos una cinta transportadora.

El DJ se llama Òscar y ha venido con un altavoz de prueba y un maletín.

Lo que se hace en una prueba de sonido de una boda es esto, y no lo sabía nadie hasta que me tocó a mí: se comprueba de dónde sale la corriente, se comprueba dónde está el limitador acústico, se

decide a qué hora se cierra y se mira si el ruido llega a la casa más próxima.

—El límite lo tenéis en el cuadro —dice Mireia—. Está precintado, no lo toques, que ya me han abierto un expediente una vez.

—¿Y la casa de ahí abajo?

—A cuatrocientos metros, y es de unos alemanes que vienen en Semana Santa. —Se guarda el móvil en el bolsillo del vestido—. Pero a las dos y media se corta igual, que es lo que dice la licencia.

Òscar quiere saber dónde enchufa.

—Detrás del muro. Ahí tienes el generador y una toma de treinta y dos.

—¿Y la furgoneta la puedo meter?

—Métela por el aparcamiento nuevo, que hay rampa. —Señala con la carpeta—. Antes esto era un desastre: la gente aparcaba en el camino y los proveedores se metían con la furgoneta por el olivar y me lo destrozaban. Hasta el veinticuatro, que hicimos el aparcamiento y se acabó el problema.

Lo dice entre dos frases sobre una rampa. No lo dice para nada. Está pensando en furgonetas.

Yo saco la libreta, hago como que apunto lo del limitador, y apunto otra cosa.

Porque llevo desde el martes con una idea que en el trabajo es lo primero que hago con una nave, con un local o con una casa que se ha quemado: datar las capas.

Un edificio miente peor que las personas. Un edificio tiene juntas, tiene tonos de mortero, tiene remates, tiene instalaciones que se ven a simple vista si has entrado en cuatrocientos siniestros. Se sabe qué es original, qué se levantó después y en qué orden.

Y esta finca, escrita en la última hoja de mi libreta de boda, es esto:

Masía y sala vieja — antiguo.

Sala nueva — 2022. Piedra de un desmonte de Vinyols.

Aparcamiento y piscina — 2024.

Cipreses — recientes, con tutor.

Valla de la balsa — menos de cinco años.

Miro la lista un rato con el lápiz apoyado en el papel.

Òscar y Mireia discuten a diez metros sobre si el enchufe de treinta y dos aguanta, y ella le dice que aguanta porque lo dimensionaron para el doble, y él le dice que eso lo dice todo el mundo.

Cuando terminamos, a la una, Mireia me acompaña hasta el coche y en la mesa de la entrada coge un cuaderno grapado y me lo da.

—Toma, llévate esto.

—¿Qué es?

—Los proveedores con los que trabajamos. Fotógrafo, vídeo, coche, peluquería, los de las letras de luz, todo. —Le da un golpecito con el nudillo—. No tienes que coger a ninguno, ¿eh. Pero si coges a uno de estos, yo puedo empujar. Si coges a uno de fuera, ya no.

Lo dejo en el asiento del copiloto.

Y de camino a Reus, en la recta antes de la rotonda, con el aire dándome en la cara, pienso una cosa que llevo pensando desde que he escrito las cinco líneas.

Cuando dato un edificio no lo hago por curiosidad. Lo hago porque cada capa se pagó con algo, y lo que a mí me pagan por averiguar no es de qué año es una pared.

Es de dónde salió el dinero.

CAPÍTULO 25

La carpeta

13 de agosto

Òscar me ha pedido por WhatsApp la hora exacta del final del banquete, que él la necesita para cuadrar el pase y que dice que la debe de poner el contrato del catering.

Así que a las nueve de la noche, después de cenar, saco la carpeta.

Es una carpeta rígida, azul oscuro, con el logotipo de la finca serigrafiado en gris, del tamaño de un folio y con dos anillas. Me la dieron el 14 de octubre, en la primera visita, con todo dentro. Está en la estantería del comedor, entre las cajas de la mudanza, y la he abierto veinte veces.

Voy pasando.

Contrato de arrendamiento del espacio, cuatro páginas, firmado. Condiciones de cancelación. Anexo I, menús, con las tres opciones y los precios por comensal. Anexo II, bebidas. Hoja de alergias e intolerancias, que la tengo a medias. Plano de la sala con las mesas numeradas. Una hoja de horarios, que es lo que busco, con las horas de cóctel, entrada, banquete y barra.

Apunto lo que necesita Òscar.

Y detrás de la hoja de horarios, grapado, hay un documento de dos páginas que no es del contrato.

PLA NÚVIA

Protección del patrimonio prematrimonial

Lo saco. Lo pongo encima de la mesa.

Y me acuerdo perfectamente.

Fue esa misma mañana, la del 14 de octubre. Llevábamos allí desde las diez. Habíamos visto la sala, el olivar, los baños, el sitio de la ceremonia civil. Habíamos hablado de cifras durante hora y media.

Mireia había sacado café y, a las doce, dos vermut, porque dijo que estas cosas se hablan mejor con un vermut.

Y en algún momento, mientras Álvaro estaba fuera mirando la piedra, ella puso encima de la mesa dos folios grapados y dijo algo así:

—Esto no os lo pide nadie, ¿eh. Ni el ayuntamiento, ni el notario, ni nada. Lo hacemos nosotros.

Y luego dijo lo otro, que es lo que hizo que yo cogiera el bolígrafo.

—Es que aquí llega mucha gente que se casa sin haber hablado nunca de dinero. Nunca. Y luego pasa lo que pasa. Nosotros lo que hacemos es sentarnos, ver qué trae cada uno, y si hay algo que quieras dejar aparte, te decimos con quién hablarlo. Gratis y sin compromiso. Si no os interesa, lo tiráis a la papelera.

Lo rellené allí mismo. Con su bolígrafo, apoyada en la mesa de fuera, mientras ella iba a por el catálogo de menús.

Estoy mirando mi propia letra.

Está mi nombre completo y mi DNI. Está mi fecha de nacimiento. Está mi profesión, escrita por mí: *investigadora de siniestros*.

Está mi entidad bancaria principal. Está el depósito a plazo con su importe y su fecha de vencimiento, junio de 2026, escrito de mi puño y letra en una línea de puntos.

Está mi nómina neta anual, con la cifra redondeada a la baja porque me dio apuro poner la de verdad.

Está el piso de Reus, con el año de compra y una equis en la casilla de *sin cargas*.

Está la pregunta de si el otro contrayente aporta bienes al matrimonio, y mi respuesta a mano: *taller y vivienda familiar, de su madre*.

Y está la casilla de arriba del todo, la de la letra pequeña, con una equis mía: *He sido informada de que este servicio es voluntario y gratuito y no genera obligación alguna*.

Y mi firma abajo. Mi firma de verdad, la del banco, no el garabato de las mensajerías.

Once meses. Once meses ha estado eso en una estantería de mi comedor, entre el plano de las mesas y el anexo de bebidas, y he

pasado por encima veinte veces buscando la hoja de horarios.

Yo. Que en diciembre di una charla de dos horas a doce comerciales sobre por qué nunca hay que aceptar información patrimonial de un cliente fuera de un canal formal. Que tengo un cartel en la oficina que dice que la ingeniería social no entra por el ordenador, entra por la puerta y sonrío.

Nadie me obligó. Nadie me engañó. Nadie me dijo que hiciera falta.

Me lo pidió una mujer amable con una carpeta bonita a las doce del mediodía, con un vermut, en una mañana en la que yo estaba contenta, y yo cogí su bolígrafo y se lo di todo.

Paso a la segunda página.

Hay un bloque con tres líneas.

Herencias recibidas. Vacío.

Herencias o donaciones previstas. Vacío.

Observaciones. Vacío.

Ese bloque me acuerdo de haberlo mirado. Me acuerdo de tener el bolígrafo encima del papel.

Mi tía Roser tiene un tercero sin ascensor en la calle Sant Joan de Reus con una mancha de humedad en la galería y setenta y un años, y no tiene hijos vivos, y yo soy lo único que le queda.

Dejé esas dos líneas en blanco porque me pareció feo escribirlo.

Es lo único de estas dos páginas que no les di.

. . .

MAS VENTALLÓ — PLA NÚVIA

Full de patrimoni prematrimonial · Servei gratuït i sense compromís

Fecha: 14/10/2025 · **Atendido por:** M. Bosch

Contrayente 1 Nombre y apellidos: *Irene Sarrià Ferré* · DNI: 39... · F. nacimiento: *07/03/1990* Profesión: *investigadora de siniestros* · Ingresos netos anuales aprox.: *34.000 €*

Contrayente 2 Nombre y apellidos: *Álvaro Vilaplana Sardà* · Profesión: *ebanista (autónomo)* Ingresos netos anuales aprox.: *no lo sé exactamente*

1. Cuentas y productos de ahorro Entidad principal: ... Otros productos: *depósito a plazo 24 m. — 21.400 € — vencimiento 06/2026* ¿Cuentas compartidas con el contrayente 2? ☐ Sí ☒ No

2. Bienes inmuebles Descripción: *piso Reus, calle ..., compra 2019* · Titularidad: *100 % C1* · ☒ Sin cargas ☐ Con hipoteca Aportaciones del contrayente 2: *taller y vivienda familiar, de su madre*

3. Herencias Recibidas: — Previstas: — Observaciones: —

4. ¿Hay algún bien que desee mantener separado tras el matrimonio? ☐ Sí ☐ No

5. ¿Desea que le orientemos sobre con quién hablarlo? ☒ Sí, sin compromiso ☐ No, gracias

☒ He sido informada de que este servicio es voluntario y gratuito y no genera obligación alguna.

Firma: *I. Sarrià*

CAPÍTULO 26

Confirmación de invitados

14 de agosto

Hoy hace ocho años que mi prima vio el saldo de su cuenta y cogió el coche. Eso lo sé desde el martes por la madrugada y llevo todo el día sabiéndolo mientras hago otras cosas.

Lo que hago hoy es cerrar la lista.

El catering la quiere el veinte con nombres y apellidos, mesa asignada y las alergias marcadas, y yo la tengo en un Excel que he ido montando desde febrero y que es un desastre, con las confirmaciones en verde, las dudosas en amarillo y tres columnas que no sirven para nada.

A la una le escribo a Mireia.

Una pregunta tonta. ¿La lista del catering cómo la quieren? ¿Hay algún formato?

Contesta a los cuatro minutos.

Como tú quieras, mientras vaya la mesa al lado del nombre. Pero te mando un modelo que me pasó una novia y que a mí me vino perfecto, con las alergias en la última columna. Te lo miras y lo copias tal cual.

Y luego:

llista_MODEL.pdf

Y luego:

Esa pobre lo pasó fatal, ¿eh. Se le echó atrás media familia a un mes. Pero la lista era una maravilla.

Abro el PDF en el móvil, de pie en la cocina, con el táper del arroz de Rosa en la mano.

Es una tabla de cuatro columnas. Arriba, en negrita:

COTS – RIBES · 31/07/2021 · Mas Ventalló

Dejo el táper en la encimera.

Bajo hasta el final. Noventa y seis nombres, numerados. Mesa asignada en cada uno. Alergias en la última columna: dos sin gluten, un vegetariano, una alergia al marisco, un celíaco.

Está bien hecha. Está muy bien hecha. Es de esas listas que hace una persona ordenada un domingo por la mañana.

Vuelvo arriba y voy leyendo apellidos.

Ribes hay ocho. Ribes Solé, Ribes Guasch, Ribes Vall. La familia del novio ocupa las mesas 1, 2 y 3 enteras y parte de la 4.

Cots no hay ninguno.

Lo compruebo dos veces, con el dedo, línea a línea, los noventa y seis. No hay un solo Cots en esa lista aparte de la propia Nàdia, que aparece en la mesa 1, la primera, en la casilla que en mi Excel dice *novia*.

Ni sus padres. Ni su hermana. Ni un tío, ni una prima, ni un apellido que se le parezca.

Me siento en el taburete de la cocina.

La versión que me acaba de mandar Mireia en el mismo mensaje que el archivo cabe en once palabras: *se le echó atrás media familia a un mes*.

Y encaja. Encaja perfectamente. Yo he oído esa historia diez veces en bodas ajenas: la familia que no traga al novio, la madre que dice que si te casas con ese no cuentas conmigo, el drama que dura dos años y luego se arregla en un bautizo.

Pero el archivo está fechado el 14 de junio de 2021.

Nàdia murió el 12 de julio.

Esa lista se hizo un mes antes de morir, para una boda que era el 31 de julio, y en ese momento su familia ya no estaba dentro. Eso es lo que dice el documento y hasta ahí llega el documento.

Lo que no dice el documento es cuándo se fueron, ni si se fueron, ni si estuvieron alguna vez.

Un mes es el plazo que dio Mireia. Media familia es la cantidad que dio Mireia. Ninguna de las dos cosas está en el PDF.

Y hay una cosa que sí está en un papel y que cualquiera puede mirar, porque la miré yo hace nueve días y la tengo guardada en el móvil.

La esquila.

Els seus pares, la seva germana i el seu promès.

Fechada el 13 de julio de 2021. Un mes justo después de esa lista.

O sea que la familia que a un mes de la boda se le había echado atrás, a un mes de la boda le firmó la esquila entera, padres incluidos, y puso su nombre debajo del de ella en el portal de una funeraria de Reus donde sigue colgada hoy.

Las dos cosas pueden ser verdad. La gente se pelea y se perdona en un funeral, y eso pasa todos los días.

Pero eso no lo dice el PDF y no lo dice la esquila. Eso lo ha dicho Mireia en un WhatsApp, a la una y veinte de la tarde, en la misma pantalla donde me mandaba el archivo.

Cierro el PDF.

Y ahora la otra pregunta, la que me tiene sentada en este taburete con el arroz enfriándose: si a Mireia le pido un modelo de lista y ella tiene ocho años de bodas en un ordenador, ¿por qué me manda esa?

Puede ser lo que parece. Puede ser que abriera la carpeta, cogiera la primera lista bien hecha que le salió y me la mandara sin mirar el nombre, porque cuando llevas ochenta bodas los apellidos dejan de ser gente.

Puede ser eso. Es lo más probable. Es lo que yo escribiría en un informe.

A las nueve llamo a Roser.

Hablamos de la mancha, del calor, de que la vecina del segundo ha subido a las tres de la mañana con un carro de la compra. Al final se lo pregunto.

—Tía, ¿tú vienes el doce?

Un silencio de esos que ella hace y en los que se oye la tele.

—Pues claro que voy.

—Es que necesito marcarlo. Para el catering.

—Mácalo.

—¿Te lo marco?

—Que lo marques, Irene, que ya te lo he dicho.

Cuelgo y abro el Excel y pongo la línea de mi tía en verde, y me quedo mirando la pantalla.

En la lista de Nàdia Cots no había nadie de su familia.

En la mía, la única casilla que ha estado once días sin cerrar era la de la única persona de la mía que me queda.

CAPÍTULO 27

M-04 no es una víctima

15 de agosto

Mi tía va al cementerio el quince de agosto a las nueve de la mañana desde hace ocho años y no se lo ha pedido a nadie nunca. Se lo pregunto yo cada año el día antes y cada año dice que no hace falta, y cada año la llevo.

Está a las afueras, en la carretera de Riudoms, y a las nueve todavía se puede estar.

Roser lleva un cubo de plástico con agua del grifo de casa porque dice que la del cementerio sale marrón. Cambia las flores, tira las de julio en el contenedor de la entrada, moja el mármol con una bayeta y frota la letra.

No dice nada. Yo tampoco.

A los veinte minutos dice:

—Aquí hace más fresco que en casa.

—Sí.

—Es por los cipreses.

La dejo en la calle Sant Joan a las diez y cuarto. Sube sola los tres pisos porque no me deja ayudarla y porque, dice, si un día no puede subir ya se enterará ella la primera.

Me quedo en el coche, aparcada en doble fila con los intermitentes puestos.

Saco el teléfono gris.

Marco M-04.

Da un tono. Uno solo.

—Sí.

Es de día y estoy en una calle de Reus con un camión de reparto detrás y no hay ninguna música al fondo esta vez, solo una puerta, un extractor y ese ruido de sala grande que ya reconozco.

—Soy yo —digo.

—Ya lo sé. —Un segundo—. ¿Estás bien?

—¿Por qué me sabes el nombre?

—Porque lo sé. —Sin defenderse, sin dar explicaciones, con el tono de quien contesta la hora—. Mira, esto por teléfono no lo vamos a hacer. ¿Puedes venir a Reus?

—Estoy en Reus.

—Uy, pues mejor. —Se oye que anda—. Yo hoy tengo boda a las seis, o sea que a las cinco ya no soy persona. ¿A las doce?

—¿Dónde?

—En la cafetería de la estación. Es fea pero está vacía en agosto y hay aire.

Yo tengo el codo en la ventanilla y estoy mirando el retrovisor y hasta este momento sigo pensando que estoy hablando con una desconocida.

—No sé quién eres —digo, otra vez, como el día uno.

—Ya lo sé. Y no te voy a contar quién soy por teléfono, porque cuando te lo cuente vas a querer levantarte y no quiero que te levantes conduciendo. —Y añade, deprisa, como quien cierra un tema—: Tú no te agobies, que yo te acompaño en esto.

Y entonces, sin apartar el aparato de la boca, gira la cabeza y dice hacia otro lado, dos tonos más alto:

—¡Marc! Al dos, cariño, no al uno. Al dos.

El camión de reparto de detrás toca el claxon porque le estoy tapando media calle.

Yo no me muevo.

Hay una manera de decir «al dos, no al uno» que es de esta mujer y de nadie más. La oí el jueves a las once de la mañana, a doce metros, con un carro de mesas de por medio, dicha exactamente igual, con la misma subida en la última sílaba y con el mismo cariño metido en medio de la orden.

—¿Irene?

—Sí.

—¿A las doce entonces?

—A las doce.

—Vale, guapa. Hasta ahora.

Cuelga.

Me quedo con el teléfono en la mano y el motor en marcha y el camión pitando otra vez.

La mujer que lleva dos años esperando a que yo encontrara ese teléfono es la mujer que el lunes me eligió los centros de mesa y me quitó ciento sesenta y ocho euros de la factura de la floristería.

CAPÍTULO 28

El café de la estación

15 de agosto

La cafetería de la estación de Reus tiene el suelo de terrazo, cuatro mesas altas y una máquina de tabaco que ya no funciona, y a las doce del quince de agosto está vacía menos por un señor con una maleta.

Mireia llega a las doce y cuatro con dos bolsas.

—Perdona. Es que he tenido que pasar por la imprenta.

Me da dos besos. Deja el bolso en una silla. Y saca de una de las bolsas un sobre grande de cartón, lo abre y me pone encima de la mesa cuatro cartulinas.

—Mira, ya que estamos. Estos son los cuatro gramajes de las minutas. Este es el que te gustaba por la foto, el de trescientos, y este de aquí es el que yo te digo, que es de trescientos cincuenta y con relieve. Tócalos.

Los toco. Uno de ellos es más rígido.

—Se nota, ¿verdad? En la mano se nota muchísimo y en la foto no se nota nada. —Los va apilando—. Yo te digo el de trescientos cincuenta porque las minutas la gente se las lleva a casa. Es lo único que se llevan.

Pide un cortado. Le dice al camarero que le ponga el agua aparte.

Y ahora ya me mira.

—A ver. Dime.

Saco el teléfono gris del bolso y lo pongo en la mesa, entre las cartulinas.

Mireia lo mira dos segundos.

—Vale —dice.

—¿Vale?

—Vale, que ya está. Que ya ha aparecido. —Se echa hacia atrás en la silla—. Llevo dos años con esto en la cabeza y no me he atrevido a mirar en casa de nadie, y ahora está encima de una mesa. Pues vale.

—¿Sabías dónde estaba?

—No. Sabía quién lo tenía.

—¿Quién?

—Tu novio. —Lo dice sin ningún énfasis, como quien dice el nombre de un proveedor—. Desde enero o febrero de 2024. Eso lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo él.

El camarero trae el cortado. Ella le da las gracias por su nombre, Jordi, y espera a que se vaya.

—¿Álvaro te dijo que tenía el teléfono?

—Álvaro no me ha dirigido la palabra en dos años más que para preguntarme por dónde se sale al olivar. —Remueve—. Me lo dijo la otra persona. Que lo había perdido y que sabía quién se lo había cogido.

—¿Qué otra persona?

Mireia deja la cucharilla en el plato.

—Irene, aquí hay un señor con una maleta a cuatro metros y una cámara detrás de la barra. Yo en una cafetería no digo nombres.

—Entonces esto no sirve de nada.

—Esto sirve de una cosa. —Se inclina un poco—. Sirve para que sepas que yo no estoy en el otro lado.

—No sé qué es el otro lado.

—Yo tampoco del todo. —Y se encoge de hombros—. Eso también te lo digo.

Le sostengo la mirada.

—¿Qué son los cuatro contactos?

—No lo sé.

—¿No has visto la agenda?

—No he visto ese aparato en mi vida. —Señala la mesa con la barbilla—. Enséñamela y te digo si me suena algo.

No lo cojo. Ella no insiste. Se bebe la mitad del cortado.

—Nàdia Cots —digo.

Y esto sí le cambia la cara. No mucho. Un segundo.

—Nàdia.

—Sí.

—¿De dónde sacas tú a Nàdia?

—Me mandaste ayer su lista de invitados.

Mireia se queda quieta con la taza a media altura. Después la deja.

—¿Cuál te he mandado?

—La de Cots y Ribes.

Silencio. Cuatro segundos, cinco. Se pasa dos dedos por la ceja.

—Joder —dice, en voz baja—. Perdóname.

—¿Perdonarte qué?

—Es que las tengo por año y por mes, y agosto es agosto, y busco «lista buena» y cojo la primera. —Levanta la cara—. Es que yo esa boda no la hice, Irene. Esa boda no llegó a existir. La lista se me quedó ahí dentro con las demás.

Suena verdad. Ese es el problema de esta mujer y ya lo he entendido: todo lo que dice suena verdad, porque casi todo lo que dice es verdad.

—¿Qué pasó con ella?

Y me lo cuenta, y lo cuenta bien, y no le tiembla nada.

Que fue un lunes por la tarde de julio de 2021, con la finca cerrada. Que la encontró Fermín, el del riego, a las siete y media. Que ella estaba en Reus comprando y llegó cuando ya estaban los Bombers. Que la finca estuvo cerrada tres semanas y que tuvo que cambiar de sitio dos bodas. Que vino un perito, y una inspección, y

que le pidieron vallar todas las balsas de la finca y que las valló al mes siguiente, las tres.

—Yo esa valla la tenía que haber puesto en 2019 —dice—. Eso lo llevo aquí y no se me va.

—¿Ella qué hacía allí?

—Nadie lo sabe. —Y me mira—. De verdad. Nadie lo sabe. Estaba a tres semanas de casarse y se metió por el camino de abajo un lunes que no había nadie. Los Mossos preguntaron mucho y no salió nada.

Se acaba el cortado.

—Irene, yo te voy a decir dónde estoy y luego tú haces lo que tengas que hacer.

—Dímelo.

—Yo tengo una finca con once personas trabajando en agosto y treinta y una bodas firmadas hasta octubre del año que viene. —Va contando con la mano abierta, sin levantar la voz—. Si esto sale ahora, y sale mal, y sale en el diario, a mí me cierran. No me cierran los Mossos: me cierran las novias. En una semana. Y a ti te dejan sin el doce de septiembre y sin las mil quinientas cosas que ya has pagado.

—Ya.

—Por eso no he ido yo a ningún sitio con esto. Que también te lo podría no decir. —Se queda callada un momento—. Y por eso llevo dos años esperando a que lo encontrara alguien que no fuera yo.

Empieza a meter las cartulinas en el sobre.

—Guárdate el aparato. No lo apagues. No se lo enseñes a nadie hasta que hablemos otra vez, y no hablemos por ahí. —Se levanta y se cuelga el bolso—. El de trescientos cincuenta, ¿eh. Que luego te arrepientes.

Deja un billete de diez debajo del platillo.

—Yo solo quiero que esto se resuelva bien, Irene.

CAPÍTULO 29

Lo que le debo a Ferran

16 de agosto

Domingo. Le llamo a las ocho de la tarde.

Contesta con ruido detrás: platos, una tele, un niño.

—¿Irene?

—Perdona que te llame un domingo.

—No, no, si estamos aquí en casa de mis suegros muertos de calor. Dime.

Se lo pido como se piden estas cosas: metiéndolo dentro de algo grande y aburrido.

Le digo que en la unidad nos han pedido preparar una muestra de expedientes anteriores a 2019 para la migración, para ver qué se pierde al normalizar los campos. Le digo que estoy montando la muestra y que quiero meter dos o tres reclasificados, de esos que cambiaron de código a mitad, porque son los que peor van a migrar.

Todo esto es verosímil y la mitad es verdad: el correo del 3 de agosto existe y la migración existe y alguien va a tener que hacer una muestra.

—Y me acordé de lo que me contaste el otro día —digo—. Lo del expediente que se te cerró solo.

—Ah.

—Si tú tuvieras una copia de cómo estaba antes, eso me serviría muchísimo. Para comparar.

—¿De 2018?

—De 2018.

Ferran se calla. Oigo que se levanta y que el ruido de la tele baja, y luego una puerta y de golpe el ruido de la calle.

—Espera, que salgo.

Vuelve.

—A ver. En aquella época yo exportaba —dice—. ¿Te acuerdas de que hacíamos la revisión de calidad el primer viernes de mes? Pues yo, para no tener que ir abriendo, me exportaba a PDF lo que llevaba y lo dejaba en mi carpeta del volumen compartido. Todo el mundo lo hacía.

—Y esa carpeta.

—Esa carpeta estará. Bueno, estará en la cinta, o en lo que sea que hayan hecho con el volumen antiguo. Eso lo desmontaron en 2020 y lo pasaron a archivo frío.

—¿Se puede recuperar?

—Se puede pedir. —Chasca la lengua—. Es un formulario y luego que Miquel tenga el día.

—¿Cuánto tarda?

—Tres días. Cuatro. Depende de si está Miquel, que está de vacaciones hasta el jueves. —Una pausa—. Oye.

—Dime.

—Si sale, yo lo miro.

—Vale.

—No, digo que lo quiero mirar yo. —Y baja la voz, aunque está en la calle y no hay nadie—. Que llevo ocho años con esto. Que no te lo digo por darte la brasa, ¿eh, si es tu prima y yo no soy nadie. Pero es que yo abrí esa alerta un lunes y el viernes no estaba, y no me han dado una explicación en ocho años, y ahora resulta que me voy a Zaragoza.

—Ya lo sé.

—Pues eso. —Se ríe un poco—. Mañana lo pido a primera hora.

Colgamos.

Me quedo de pie en el comedor, entre las cajas, con el móvil en la mano.

Ferran Ibars, que tiene cuarenta y ocho años, dos niños, una mujer que ha entrado en un hospital de Zaragoza y un traslado sin

resolver desde mayo, va a entrar mañana lunes a las ocho en la intranet, va a rellenar un formulario de recuperación de archivo frío y va a llamar a Miquel el jueves si hace falta. Lleva ocho años queriendo saber quién le cerró aquello.

Va a hacerlo porque se lo he pedido yo.

Y lo que va a salir de esa cinta, si sale, es un PDF exportado el 20 de agosto de 2018 por la tarde, con el expediente tal y como estaba antes de las tres y doce de la madrugada siguiente.

Con la alerta dentro.

Con las cuatro líneas.

Con el número.

Acabo de pedirle a Ferran que desentierre la única prueba que existe en el mundo de lo que hice, y ha dicho que sí, y me ha dado las gracias.

CAPÍTULO 30

Duplicados

17 de agosto

Sílvia me llama el lunes a las dos y diez, mientras estoy comiendo un sándwich en el coche en el aparcamiento de la oficina.

—No me has escrito —dice.

—Me dijiste que no te escribiera.

—Ya. —Se oye que está en la calle—. Escúchame, que esto lo digo una vez y luego cuelgo.

—Vale.

—El viernes no dormí. El sábado tampoco. Y el domingo me metí en mi base, que no es la de clientes.

—¿Qué base?

—La de incidencias de antifraude. La mía. Ahí guardamos las incidencias desde 2015, y no guardamos titulares. —Habla deprisa—. Guardamos línea, fecha, tipo de incidencia, código de punto de venta y motivo de la reclamación. Es una tabla técnica. Se conserva porque nos sirve para detectar patrones y no lleva datos personales de nadie.

—¿Y?

—Que las tres están.

Dejo el sándwich en el asiento.

—¿Las tres?

—Las tres. Incluida la primera, la de 2018, la que te dije que estaba purgada. Y estaba purgada. Purgado está el cliente. La incidencia no.

Cojo la libreta de la guantera y un boli.

—Dime.

—Duplicado de SIM presencial, con exhibición de documento de identidad del titular, en establecimiento propio. Los tres. Con reclamación posterior por interrupción del servicio, los tres, entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas después.

—Fechas.

—Veintiséis de junio de 2018. Dieciséis de marzo de 2021. Veinticuatro de enero de 2023.

—Puntos de venta.

—Tres códigos distintos. Y no te voy a decir dónde están, pero te voy a decir que no están en el mismo sitio ni son de la misma provincia los tres.

Lo apunto todo.

—Sílvia.

—Qué.

—Gracias.

—No me des las gracias. —Un segundo—. Prométeme una cosa. Si esto acaba en un juzgado, tú a mí me dejas fuera hasta que no quede más remedio. Y cuando no quede más remedio, me avisas antes. Con un día. Para poder contárselo yo a mi jefe antes de que se lo cuente otro.

—Te lo prometo.

—Vale.

Cuelga.

Me quedo en el coche con el aire puesto y la libreta apoyada en el volante.

Tres fechas.

Abro el calendario del móvil y voy una por una, y esto tarda cuarenta segundos y es la clase de comprobación que hago cuatro veces al día.

26 de junio de 2018. Martes.

16 de marzo de 2021. Martes.

24 de enero de 2023. Martes.

Me quedo mirando las tres líneas.

Vamos a hacer esto despacio, porque es lo único que tengo y porque no me lo puedo permitir mal.

Un duplicado de SIM presencial funciona así, y lo he explicado yo en una formación: alguien entra en una tienda con el documento de identidad de otra persona, dice que ha perdido la tarjeta, y sale con una nueva. En ese momento la SIM del titular se apaga. El titular se pasa entre uno y dos días pensando que se le ha estropeado el móvil, y durante esos dos días los mensajes que le manda su banco entran en el aparato del otro.

Para eso hacen falta tres cosas. Hace falta tener el documento de identidad de la titular en la mano, físicamente. Hace falta parecerse lo bastante o que a nadie le apetezca mirar. Y hace falta plantarse en un mostrador y sostener una conversación de siete minutos con una persona que trabaja allí.

Eso no lo hace un ordenador. Eso lo hace alguien de pie, con el documento de otra mujer en la cartera, diciendo buenos días.

Tres veces. En tres tiendas distintas, en tres provincias que no son la misma, con cinco años de diferencia entre la primera y la última.

Y las tres, un martes.

Si eso fuera casualidad, la probabilidad sería de una entre trescientas cuarenta y tres. Lo he calculado en el móvil porque no me fío de mi cabeza para estas cosas.

Pero es que además tiene sentido, y eso es lo que me pone la piel de otra manera. El martes por la mañana es el peor día del comercio: no hay cola, no hay nadie detrás de ti metiéndote prisa, está la persona con menos experiencia del turno y nadie te va a mirar dos veces. Y si lo haces un martes a las diez, tienes el martes entero y el miércoles antes de que la titular se dé cuenta de que su móvil no es que se haya estropeado.

Un martes no es una casualidad. Un martes es una decisión que alguien tomó una vez, que le salió bien, y que repitió otras dos.

Y ahora la parte que no me encaja y que voy a doblar hasta que encaje, porque es lo que hago.

Si B-01 es el hombre al que llamó mi prima, ¿por qué le duplicaron a él la tarjeta?

A un hombre que roba no se le duplica la línea. La línea se le duplica a la que va a perder el dinero.

Le doy tres vueltas en el aparcamiento con el sándwich enfriándose en el asiento y encuentro una explicación, y la explicación es buena, y por eso me la creo: que a él también lo estaban usando. Que hubo alguien por encima. Que el veintiséis de junio de 2018 alguien entró en una tienda con el documento de ese hombre y le quitó el control de su propio teléfono, igual que se lo quitaron después a Nàdia Cots y a Carme Rosell.

Encaja. Encaja perfectamente y me deja a mi prima donde llevo ocho años poniéndola, que es fuera.

Lo apunto y sigo.

Saco del bolso el sobre de cartón que me dejó Mireia el sábado y una de las cartulinas de trescientos cincuenta gramos, la del relieve, la que ella dice que la gente se lleva a casa.

Y por detrás, con el boli, escribo las tres fechas.

. . .

Grupo de WhatsApp «Novias Mas Ventalló 2026» · 41 mensajes · captura parcial

Mireia B. (admin): Buenos días chicas!! Recordad que a 6 semanas hay que dar la lista definitiva al catering, con alergias 🙏

Judit: las alergias en la misma hoja o aparte?

Mireia B. (admin): En la misma, última columna. Yo os mando modelo si queréis

Aitana: yo os aviso de una cosa, el del vídeo que os recomiendan (no digo nombres) me ha subido 400€ del presupuesto de enero a ahora

Berta: a mi también!!!!

Aitana: o sea que ojo

Mireia B. (admin): Aitana pásame el presupuesto por privado y lo miro

Aitana: ya te lo mandé el jueves

Mireia B. (admin): Perdona!!! esta semana voy muerta. Lo miro hoy sin falta

Lorena: alguien ha puesto letras de luz? valen la pena o es tirar el dinero

Judit: yo las quité. 600 pavos por una foto

Berta: yo las pongo porque mi madre 🙄

Lorena: jajajajaj

Cristina R.: chicas al final tengo autocares!!! gracias Mireia de verdad 🙏🙏

Mireia B. (admin): Faltaría más. Para eso estoy 🙄

Berta: cristina cuánto pagas por autocar? por hacerme idea

Cristina R.: te lo digo por privado

Irene S.: Alguien sabe si el descorche va por botella abierta o por botella servida?

Mireia B. (admin): Por abierta. Y tranquila que nunca se abre de más, lo controla el maître

Judit: ah pues a mí en otra finca me dijeron que por servida

Mireia B. (admin): Cada casa lo hace distinto. Aquí por abierta y sin sorpresas

Aitana: una pregunta, la barra libre hasta las 2:30 es la de la licencia no? no se puede alargar?

Mireia B. (admin): No se puede. Es el ayuntamiento, no somos nosotros 😞

Aitana: ya pero en la boda de mi prima allí acabaron a las 4

Mireia B. (admin): No sé qué finca sería pero aquí no. Nos jugamos la licencia

Aitana: vale vale

Berta: alguien tiene el contacto de la señora de los arreglos de Monterols?

Irene S.: Yo lo tengo, te lo paso

Berta: grande

Lorena: oye y el pastel con el logo del pastelero se puede quitar? es horrible

Mireia B. (admin): Se quita. Decídselo a él directamente que si os lo digo yo se enfada 😏

Judit: jajajaja

Irene S.: Gracias Mireia

Mireia B. (admin): A vosotras. Y respirad, que faltan semanas y esto se hace solo ❤️

TERCERA PARTE

Bea

18 – 25 de agosto de 2026

CAPÍTULO 31

Cuatro días

18 de agosto

Hoy es martes y me he dado cuenta a las siete y cuarto de la mañana, delante del espejo, y he tenido que pararme un segundo con el cepillo en la boca.

Llevo dos días mirando los martes.

En la oficina hago lo que hay que hacer. Cierro un expediente de un taller de Valls que lleva desde mayo facturando dos veces el mismo faro. Llamo al catering y les digo que la lista se la mando el jueves, que es lo que hemos quedado, y la chica me dice que perfecto y que si puedo mandar las alergias en la misma hoja.

A las once paso por delante de la mesa de Ferran.

—¿Se sabe algo?

—Miquel vuelve el jueves. —Ni levanta la vista—. He puesto la solicitud el lunes a las ocho y cuatro. Está en cola.

—Vale.

—Irene.

—Dime.

—Que está en cola quiere decir que está. —Ahora sí me mira, por encima de las gafas—. Que no me lo preguntes tres veces al día, que me pongo nervioso yo también.

Por la noche ceno en Riudoms y Álvaro tarda una hora en decirme lo que me quiere decir. Se le nota porque friega los platos dos veces.

—Oye.

—Dime.

—Lo de Menorca.

—¿Qué pasa con Menorca?

—Que si en vez de Menorca nos vamos a otro sitio. —Se seca las manos—. Y que si nos vamos ahora.

Levanto la cabeza.

—¿Ahora cuándo?

—Ahora. La semana que viene. Cuatro días, cinco. —Se apoya en la encimera—. Antes del doce.

Álvaro Vilaplana no propone nada. En cinco años no ha propuesto un restaurante. Yo elijo, y él dice que muy bien, y va, y lo pasa bien de verdad, y no propone nunca. Que este hombre me plantee un viaje a nueve días de dar la lista al catering es tan raro como si se pusiera a cantar.

—¿Y adónde?

—Donde tú quieras. Lejos.

—¿Lejos lejos?

—Lejos. —Se seca las manos otra vez—. Portugal. O más.

Y hago lo que hago, que es sacar el móvil y empezar a mirar.

Le pido el DNI para meter los datos y me lo trae de la cartera. Y cuando le digo que para según qué sitios me hace falta el pasaporte, se queda un momento parado en medio de la cocina.

—Estará en el cajón de arriba.

Está en el cajón de arriba, debajo de una funda de gafas y de dos cargadores viejos. Es de los antiguos, granate, con la esquina levantada.

Caducado el 3 de marzo de 2021.

—Álvaro.

—Ya.

—Esto lleva cinco años caducado.

—Ya lo sé.

—¿No lo has renovado?

—No he ido a ningún sitio.

Lo dice sin ninguna carga, secándose una taza, y es verdad, y es la respuesta correcta, y es exactamente lo que diría cualquiera de

los hombres que conozco de este pueblo.

Yo me quedo con el librito en la mano.

Un pasaporte se renueva con cita previa y cuesta treinta euros y se hace en veinte minutos. Yo renové el mío en 2023 sin necesitarlo, porque me llegó el aviso y porque soy así. Hay gente que no lo hace, claro que la hay, y no significa nada.

Pero un hombre que en marzo de 2021 dejó caducar el suyo, que en 2023 recuperó el carné y no pensó en el pasaporte, que lleva cinco años sin que se le pase por la cabeza que un día podría querer coger un avión, es un hombre que no ha contado con irse a ninguna parte.

Y acaba de decirme «lejos».

—Se puede sacar en dos semanas si pillas cita —digo.

—Vale.

—¿Lo miro yo?

—Míralo tú.

Y se pone a barrer.

Guardo el pasaporte donde estaba, debajo de la funda de gafas, y cierro el cajón, y no digo nada más, y no saco ninguna conclusión.

Lo apunto, que es lo que hago con los ruidos.

CAPÍTULO 32

La casa de Prades

19 de agosto

Prades está a cuarenta minutos de Reus por una carretera que sube y que se estrecha, y cuando llegas hay cinco grados menos y todo es de piedra roja. En agosto está lleno de coches de Barcelona.

La casa está a dos kilómetros del pueblo, en un camino, con un cartel de madera con el nombre y las estrellas de turismo rural.

Aparco en el ensanche y no bajo enseguida.

En el porche hay una familia comiendo. Un matrimonio, tres críos y una señora mayor. Han sacado la mesa fuera, debajo de la parra, y tienen una piscina hinchable en la hierba con dos manguitos flotando. Uno de los niños sale corriendo con una toalla y la madre le grita que no corra que se abre la cabeza.

Huele a carne a la brasa.

Me quedo un rato con las manos en el volante.

En esta casa, hace tres años y tres meses, una mujer de cuarenta y un años que se llamaba Carme Rosell, que había ganado un juicio de cuatro años por una espalda rota y que le corregía las cifras a sus amigas para que nadie fuera diciendo por ahí que le habían dado cien mil euros, se acostó una noche de mayo y no se despertó.

Y hay una parra y una piscina hinchable.

No voy a la casa. Voy al pueblo.

El dueño se llama Ramon y vive en la plaza, encima de un local que fue una tienda, y lo encuentro porque el teléfono del cartel es el suyo y lo coge a la primera.

Nos sentamos en el bar de al lado.

Y yo hago aquí una cosa que no está bien y la voy a escribir tal cual.

Le digo que trabajo en seguros.

Es verdad. Trabajo en seguros. Lo digo, y él me pregunta si vengo por lo de la casa, y yo le digo que vengo por un tema antiguo, y él

da por hecho lo que da por hecho cualquiera, que es que vengo de la compañía, y empieza a hablar.

No le corrijo.

—Aquello me hundió —dice—. Se lo digo tal cual. Tres años me ha costado.

Me cuenta que la casa estuvo cerrada catorce meses. Que perdió dos temporadas. Que vino la inspección de industria, y el ayuntamiento, y un perito, y otro perito, y que él tenía los certificados de la revisión al día, y que aun así.

—¿La caldera qué pasó?

—La caldera. —Se pasa la mano por la cara—. La caldera tenía nueve años y estaba revisada. Lo que pasó fue que el conducto de evacuación estaba obstruido y el detector no saltó, porque yo detector no tenía, porque no era obligatorio en aquella casa.

—¿Y la cambió usted?

—Yo no cambié nada.

Deja el café.

—A ver, yo la cambié, en el sentido de que está cambiada. Pero yo no llamé a nadie ni pagué nada.

—¿Cómo que no.

—Que vino un señor. —Se pasa la mano por la nuca—. A las dos o tres semanas de aquello, cuando yo estaba con la cabeza en otro sitio, se me presenta aquí un hombre y me dice que él se encarga. Que la instalación hay que dejarla nueva antes de que vengan a mirar otra vez y que él conoce a gente. Y a los cuatro días había una furgoneta de una empresa de Reus arriba, cambiando la caldera y el tubo entero.

—¿Y quién era ese hombre?

—Yo pensé que era de la aseguradora. O del abogado. En aquel momento aquí subía gente cada día y yo firmaba lo que me ponían delante.

—¿Le dio una factura?

—Nunca. —Y aquí me mira, y por primera vez parece incómodo—. Y eso yo lo dije en su momento, ¿eh. Yo pregunté dos veces por la factura, porque yo eso me lo tengo que deducir. Y me dijeron que no me preocupara.

—¿Le pidieron algo?

—A mí me dijeron que lo de la caldera lo pagaba quien tenía que pagarlo. Y sé que hubo dinero en mano ahí en medio, porque el chico de la empresa se lo comentó a mi cuñado. —Levanta las dos manos—. Yo eso no lo vi y no lo firmé y no lo quiero saber. Yo lo único que quería era abrir.

Nos quedamos callados.

—¿Y usted por qué me pregunta esto ahora?

—Por un cruce de expedientes antiguos.

Es la frase más cobarde que he dicho en mi vida y la digo sin que me tiemble la voz, porque es una frase que se dice en mi oficina cuatro veces por semana y que no significa absolutamente nada.

Ramon asiente, aliviado, y me habla veinte minutos más del ayuntamiento.

De vuelta paso otra vez por delante de la casa y aparco cincuenta metros más abajo.

La caldera nueva está en la pared de fuera, en el lateral, dentro de un armario metálico con la puerta entreabierta. Se ve desde el camino. Blanca, limpia, con el tubo de acero inoxidable subiendo hasta el alero y una pegatina naranja de una empresa instaladora de Reus con un teléfono de nueve cifras.

Apunto el nombre y el teléfono.

En el porche, la abuela recoge platos y el matrimonio discute sin ganas sobre si a los niños les da tiempo a bañarse otra vez.

Una caldera de nueve años, revisada, en una casa precintada por una muerte con inspección abierta, sustituida entera con el conducto de evacuación a las tres semanas, sin factura, con dinero de por medio y por encargo de un hombre que el propietario no ha sabido nombrar en tres años.

Eso no es rapidez.

Eso es prisa.

CAPÍTULO 33

Un kilómetro que no existe

20 de agosto

Ferran me lo pasa el jueves a las once y media y viene a mi mesa a decírmelo en persona.

—Ya está. Miquel me lo ha montado en una carpeta de solo lectura.

—Tiene los brazos cruzados—. Son cuatro exportaciones más de agosto de 2018. Las cuatro que llevaba entonces.

—¿Lo has abierto?

—Lo he abierto y se ve fatal.

Se va a comer a la una y me dice que por la tarde lo mira conmigo. Le digo que vale.

Los abro yo.

Los PDF del sistema antiguo se exportaban con una plantilla de impresión de 2011 y una fuente incrustada que ya no existe en ningún sitio. Lo que sale en pantalla es medio documento legible y medio documento hecho de cuadraditos. Los bloques de texto largo se leen. Las tablas, no. Los campos numéricos, según.

El expediente de mi prima está entero, con fecha de exportación 20 de agosto de 2018, 19:14.

Está la carátula. Está el atestado resumido. Está la póliza del vehículo. Está el bloque de daños personales.

Y está la nota de Ferran, con sus cuatro líneas, en el bloque financiero, tal y como me la sé de memoria, palabra por palabra.

En el registro de llamadas del terminal de la fallecida figura un número no identificado con doce llamadas salientes el 14 de agosto entre las 18:00 y las 23:00 horas.

Y el número, que va dentro de la tabla del adjunto, es una fila de cuadraditos.

Nueve cuadraditos.

Lo intento todo durante cuarenta minutos. Cambio de visor. Lo abro en el navegador. Copio y pego en un documento en blanco y me sale una ristra de símbolos que no son ni números. El adjunto original, el que tendría el volcado de llamadas de verdad, no está: en las exportaciones antiguas los adjuntos no viajaban, solo viajaba la referencia.

Está delante de mí y no lo puedo leer.

A la una y media me obligo a dejarlo y a ir a lo que le dije a Ferran que iba a hacer, que es lo de la migración y los campos.

Y aquí es donde para todo.

Para leer los campos técnicos de una exportación así hay que abrir el panel de metadatos del formulario, que es una cosa que se hace tres veces al año y que enseña lo que el impreso no enseña: las etiquetas internas, los códigos y los campos heredados, que son los que el sistema arrastra de una versión a otra aunque ya nadie los rellene.

En el bloque de localización del expediente de Bea, en el campo heredado, pone esto:

LOC_PK_HER: 1418,3

Me quedo mirándolo con la mano en el ratón.

La N-340 termina en la provincia de Cádiz, y por el norte, aquí, va por el mil ciento cuarenta y tantos. El punto kilométrico mil cuatrocientos dieciocho no existe. No existe en esa carretera y no existe en ninguna de esta provincia.

Es mío.

Es de las tres y doce de la madrugada del 21 de agosto de 2018, cuando la recodificación me vació el formulario de localización y tuve que teclear otra vez la vía, el sentido y el punto kilométrico, y bailé dos cifras con los ojos como puños.

Está ahí. Ocho años ahí, en un campo que no imprime, en un documento que no lee nadie.

Y entonces hago lo que llevo dos semanas haciendo con todo, que es ir a comprobarlo en los otros dos.

Los expedientes de Nàdia Cots y de Carme Rosell están en el sistema de ahora. Son de 2021 y de 2023. No tienen nada que ver con una carretera: una es una balsa de riego en una finca y la otra es una casa en la montaña, y en el impreso, en la casilla de localización, pone lo que tiene que poner, con su municipio y su polígono y su parcela.

Abro el panel de metadatos del primero.

LOC_PK_HER: 1418,3

El segundo.

LOC_PK_HER: 1418,3

Me echo hacia atrás en la silla.

Un expediente se puede crear de cero o se puede crear duplicando otro y vaciándolo, que es lo que hace todo el mundo para no volver a montar el formato. Cuando duplicas, el impreso sale limpio. Los campos heredados, no: esos se quedan, porque no los ve nadie.

En el sistema de mi compañía hay tres expedientes que llevan escrito dentro un punto kilométrico que no existe, y ese punto kilométrico lo escribí yo una noche de agosto de 2018 en el expediente de mi prima.

Alguien cogió el expediente de Bea y lo usó de plantilla. Dos veces. En 2021 y en 2023.

Y durante unos treinta o cuarenta segundos, con la sala vacía y el aire acondicionado zumbando, lo que siento es alivio. Alivio del bueno, del que afloja los hombros. Porque esto es una prueba. Esto es física. Esto es un número imposible repetido tres veces y eso no lo hace el azar y eso lo entiende cualquiera, un juez, mi jefe, un perito, mi tía.

Aguanta cuarenta segundos.

Lo que se me cae encima después lo escribo entero porque tengo que verlo escrito.

Ese campo prueba que alguien clonó el expediente de mi prima.

No prueba quién.

Y para clonar el expediente de mi prima hay que tenerlo abierto delante. Hay que estar dentro de un expediente de 2018 al que no se te ha asignado, entrando por gusto, sin causa, en un sistema que registra tu usuario.

Y en once años solo hay una persona en esta empresa de la que conste que hizo exactamente eso.

CAPÍTULO 34

La versión de Mireia

20 de agosto

Le llevo la lista en mano porque hay que darla hoy y porque quiero ir.

Salgo de la oficina a las cinco y a las seis menos cuarto estoy en la finca. En el patio hay dos hombres montando un arco de hierro para las flores del sábado y una furgoneta de bebidas descargando cajas de cava.

El móvil lo llevo en el bolso, grabando desde el aparcamiento.

Mireia está en la oficina de la masía, que es un cuartito con dos mesas, una impresora y un calendario de pared lleno de rotulador de colores.

—Trae. —Coge la lista, se pone las gafas y la va bajando con el dedo—. Ciento dieciocho. Muy bien. Las alergias aquí, perfecto. ¿Y este de la trece qué es, celíaco o intolerante?

—Celíaco.

—No es lo mismo, ¿eh. Si es celíaco te lo emplatan aparte en cocina y no toca nada.

Lo apunta.

—Ponlo aquí encima, mujer —dice, sin mirarme, señalando la mesa con el bolígrafo—. Que en el bolso se te raya la pantalla.

Saco el móvil del bolso y lo dejo boca abajo encima de la mesa, al lado de la lista.

Ella sigue leyendo.

—Mireia.

—Dime.

—El sábado me dijiste que llevabas dos años esperando.

—Sí.

—Quiero entender cómo funciona esto.

Levanta la vista. Se quita las gafas y las deja colgando del cordón.

—¿Cómo funciona qué?

—Tu negocio.

Y se ríe. Se ríe de verdad, con ganas, y se echa hacia atrás en la silla y me dice que me siente.

Lo que viene después dura cincuenta y un minutos y lo voy a poner tal cual, porque lo tengo entero.

—A ver. Yo hago ochenta bodas al año. En agosto, cuatro por fin de semana. —Va contando con los dedos—. La primera visita es un año antes, o catorce meses. Ahí vienen los dos, o vienen con la madre, y ahí no se ve nada, porque ahí todo el mundo está contento y todo el mundo dice que sí a todo.

—¿Y dónde se ve?

—A seis semanas.

Se levanta, abre un armario y saca una carpeta azul igual que la mía.

—A seis semanas pasa todo a la vez. Pagas el segundo plazo, que es el gordo. Cierras la lista, que es cuando descubres a quién no quieres en tu boda. Y vienes a la prueba de menú, que es la primera vez que ves la sala montada de verdad. —Deja la carpeta azul en la mesa—. Eso es una picadora. Yo he visto anular cuatro bodas en catorce años y las cuatro se cayeron entre la semana seis y la cuatro. Ninguna antes. Ninguna después.

—¿Por qué ninguna después?

—Porque a partir de la tres ya te casas aunque no quieras. —Cierra el armario—. Ya has pagado, ya lo sabe todo el mundo y tu madre ya tiene el vestido. A partir de la tres la gente se casa y se divorcia en dos años, que es más caro pero se ve menos.

Suena un teléfono. Lo coge. Habla cuarenta segundos con alguien de la empresa de bebidas sobre si el cava va a diez o a doce grados. Cuelga.

—Perdona. ¿Por dónde iba?

—Por las seis semanas.

—Ah, sí. Pues eso. Yo, a seis semanas, sé cómo va a acabar una pareja mejor que ellos.

—¿Cómo.

—Se ve. —Se pone un dedo debajo del ojo—. Se ve quién paga. Se ve quién elige. Se ve quién dice «es que él dice que» tres veces en media hora. Se ve la que viene sola a todas las citas y dice que él trabaja mucho. Y se ve la que me pregunta por la cláusula de cancelación.

—¿Eso lo pregunta alguien?

—Una de cada quince. Y siempre lo preguntan cuando el otro ha ido al baño.

Lo dice sin ninguna maldad, con el orgullo tranquilo de quien lleva catorce años haciendo bien una cosa que nadie valora.

—¿Y el formulario?

—¿El Pla Núvia? —Ni parpadea—. Eso lo monté yo en 2019.

—¿Por qué?

—Porque me harté. —Se acerca—. Mira, aquí entra gente que se casa sin haber mirado nunca una cuenta juntos. Nunca. Y a mí me tocaba ver a mujeres de cuarenta años, con un piso y una nómina, firmando cosas que no entendían porque el novio decía que ya se ocupaba él. Y yo no soy nadie para meterme, pero tampoco soy nadie para callarme.

—¿Y cuántas lo rellenan?

Se para un segundo.

—Todas.

—¿Todas?

—Todas, Irene. —Y por primera vez baja un poco la voz—. Yo les digo que es voluntario, que no lo pide nadie, que si quieren lo tiran. Y me lo devuelven relleno con la letra bonita y con las cantidades exactas. Todas. Y luego esas mismas mujeres no le dicen a su pareja lo que ganan.

Fuera, uno de los hombres del arco le grita algo al otro. Ella se asoma, dice «al otro lado» y vuelve.

—¿Y qué haces con eso?

—Nada. Lo guardo. —Da un golpecito en la carpeta—. Y si veo que hay algo que hay que mirar, le digo con quién.

—¿Con quién.

—Con un asesor.

—¿Cuál?

Mireia coge la lista otra vez y busca el celíaco de la mesa trece, y lo rodea con el bolígrafo, y contesta sin levantar la cabeza.

—Uno que trabaja con nosotros.

—¿Y qué hace ese asesor?

—Escuchar.

Deja el bolígrafo.

—Es que la gente se cree que a una mujer se la convence hablando. Y no. —Me mira—. A una mujer de cuarenta años que lleva un año organizando una boda que no le apetece, nadie le ha preguntado nada en ese año. Nadie. Todo el mundo le ha dicho lo que tiene que hacer. Y entonces llega uno y le hace una pregunta, y luego otra sobre lo que ella ha contestado, y le cuenta algo suyo, algo feo, para empezar él.

Yo tengo la mano izquierda encima de la rodilla y me quedo mirándome los nudillos.

—Y a las dos horas esa mujer se ha oído a sí misma por primera vez en un año —dice Mireia—. Y eso no se paga con dinero.

—Ya.

—Gabriel no seduce, Irene. Escucha. Yo solo le digo a quién.

Suena otra vez el teléfono. Lo coge. Es el del arco.

Cuando cuelga, dobla mi lista en tres, la mete en la carpeta azul, se levanta y me acompaña hasta el patio hablando del cava y de que este año viene malísimo el moscatel.

En el coche, en el camino de los cipreses, paro en el ensanche y saco el móvil.

Cincuenta y un minutos y catorce segundos. Se oye todo. Se oye hasta el teléfono del cava.

Me ha descrito a mí durante cincuenta y un minutos.

Ha dicho el nombre de su hermano y no ha dicho el mío ni una sola vez.

CAPÍTULO 35

Lo que hace una con eso

21 de agosto

El despacho de Nuria Sedó está en un segundo piso de la calle Sant Joan, a cuatro portales de mi tía, cosa que no descubro hasta que aparco.

Son dos habitaciones y una mesa de reuniones que ocupa media sala. Hay carpetas en el suelo. En la pared, un diploma y un cuadro de un barco.

Me ha dado hora a las nueve de la mañana de un viernes de agosto porque le he dicho por teléfono que era urgente y ella me ha dicho que urgente lo dice todo el mundo, pero que a las nueve está.

—Nuria Sedó. Siéntate.

—Irene.

Espera dos segundos.

—¿Irene qué más?

—Irene.

—Vale. —Se sienta, abre un cuaderno y escribe una línea—. Son noventa euros la hora y te los cobro aunque no vuelvas. ¿Seguimos?

—Sí.

—Cuéntame.

Le cuento un supuesto.

Le digo que una persona que trabaja en una compañía de seguros ha encontrado indicios de que hay tres expedientes manipulados. Le digo que hay tres mujeres muertas en circunstancias accidentales y no relacionadas entre sí, en tres años distintos. Le digo que hay una lista de teléfonos, que hay tres duplicaciones de tarjeta SIM hechas presencialmente y que hay un dato técnico que demuestra que alguien copió un expediente antiguo para crear otros dos.

Y le digo lo otro. Le digo que parte de esa información se ha obtenido pidiéndole un favor a una persona de una operadora, sin causa, y que hay accesos a expedientes que esa persona no tenía asignados.

Nuria escribe mientras hablo y no me interrumpe ni una vez.

Cuando termino, deja el bolígrafo.

—Primera cosa. No me hace falta que me digas que es una amiga.

—No he dicho que sea una amiga.

—No, es verdad. —Casi sonrío—. Eso te lo reconozco.

Se echa hacia atrás.

—Segunda cosa, y esta es la que has venido a oír aunque me hayas contado lo demás. Esa información no la puedes llevar a ningún sitio.

—¿Por qué no.

—Porque no es que no sirva. Es peor. —Levanta un dedo—. Tú apareces en una comisaría o en un juzgado con esto. Lo primero que va a hacer cualquiera, un fiscal, un instructor, el abogado de enfrente, no es mirar tus tres muertas. Es preguntarte de dónde has sacado tú lo que sabes.

—Ya lo sé.

—Bien. Pues entonces sabes también que en ese momento hay dos procedimientos: el que tú quieres abrir, y el tuyo. Y el tuyo va más rápido, porque el tuyo está documentado.

Coge el cuaderno.

—Y hay una tercera cosa, que es más aburrida y más importante. —Da un golpecito con el boli—. Lo que me acabas de contar no es un delito. Es una hipótesis.

—Hay tres mujeres muertas.

—Hay tres mujeres muertas de tres cosas distintas, con tres atestados, tres informes y ningún indicio de criminalidad en ninguno de los tres. —Lo dice sin ninguna dureza—. Eso, jurídicamente, hoy, es nada. Lo que tú tienes es un dato interno de una empresa

privada que apunta a que alguien copió un formulario. Eso puede ser un fraude laboral, puede ser una chapuza administrativa y puede ser la punta de algo. Pero eso no lo decides tú.

—¿Quién lo decide?

—Quien tenga la competencia y las herramientas. Y para que alguien con competencia se ponga, hace falta algo concreto. Un documento. Un movimiento de dinero. Alguien que declare. —Da un golpecito con el boli—. Una lista de números no es concreto. Es interesante, que no es lo mismo.

—¿Y lo de las tarjetas SIM?

—Eso sí me gusta más. —Apunta algo—. Pero eso lo tiene la operadora y lo tiene que aportar la operadora, no una amiga tuya en un bar. Y de protección de datos yo no te voy a hablar hoy porque no es lo mío y te contestaría mal. Eso lo miro y te lo digo.

Se queda callada un momento.

—Te voy a hacer una pregunta y no me contestes deprisa.

—Vale.

—¿Tú qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero?

—Que hay tres cosas y no son la misma, y la gente viene aquí sin saber cuál quiere. —Levanta tres dedos—. Una: quieres que alguien acabe en la cárcel. Dos: quieres que te dejen en paz y que esto se pare. Y tres: quieres que a ti no te pase nada.

—Las tres.

—No. —Y aquí sí se pone seria—. Las tres no se pueden. En este supuesto tuyo, la una y la tres son incompatibles casi siempre, porque para que alguien vaya a la cárcel hace falta que se abra todo, y cuando se abre todo se abre también lo tuyo. Y la dos no depende de ti.

Miro el cuadro del barco.

—No lo sé —digo.

—Vale. —Cierra el cuaderno—. Pues vuelve cuando lo sepas, que te va a salir más barato.

Pago con tarjeta en el datáfono que tiene encima de una pila de carpetas. Me da un recibo y una tarjeta suya, de cartulina fina, con el móvil escrito a mano por detrás.

—Una cosa —dice, en la puerta.

—Dime.

—Cuando vuelvas, tráeme el nombre. —Se apoya en el marco—. Puedo trabajar con un supuesto una hora. No puedo trabajar con un supuesto dos.

Bajo a la calle y son las diez y diez y hace un calor que raja.

Mi tía vive a cuatro portales. Veo el balcón desde aquí, con las persianas bajadas y la ropa tendida en la galería.

Me meto en el coche sin subir.

CAPÍTULO 36

Comida en casa de Roser

21 de agosto

A las dos vuelvo a la calle Sant Joan y esta vez sí subo.

Le he dicho por teléfono desde el coche que estaba por aquí. Me ha dicho que hay arroz de ayer y que lo caliento yo, que ella con este calor no enciende el fuego a mediodía.

En la calle han vuelto los de la obra. Llevan desde febrero con la canalización y ahora están con un martillo neumático a la altura del número once, y en el tercero se oye todo.

—Es que no acaban —dice Roser—. Cierra el balcón, anda.

—Con el balcón cerrado te asas.

—Pues me aso.

Cierro el balcón.

Comemos con el ruido amortiguado y el ventilador de pie girando en el pasillo. Ella habla de la obra, del arroz, de que el bacalao seco lo ha comprado en el mercado y no en el súper, de la vecina del segundo y sus maletas.

Yo espero al café.

—Tía.

—Dime.

—¿Tú te acuerdas de aquel julio?

No le hace falta preguntar cuál. Se levanta a por la leche.

—Me acuerdo de todo.

—Digo antes.

—Ya sé lo que dices.

Vuelve, se sienta y remueve el café mucho rato.

—Estaba contenta —dice.

—¿Contenta?

—Contentísima. —Y lo dice sin ninguna dulzura, con una especie de rabia vieja—. Yo eso lo he pensado mil veces y siempre me sale lo mismo. Aquel julio estaba contenta.

—¿Por la boda?

—Yo pensé que era la boda. —Deja la cucharilla—. Venía aquí los domingos con una carpeta de esas de gomas, azul, y se ponía ahí, en esa silla donde estás tú, y me sacaba papeles.

—¿Qué papeles?

—Papeles del banco. —Coge la cucharilla y no la usa—. A mí me enseñaba unos y me hablaba de otros. Que si el impreso este, que si esto hay que firmarlo antes de agosto. Yo de eso no entiendo y ella lo sabía, y creo que le gustaba explicármelo precisamente por eso, porque yo le decía que muy bien a todo.

—¿Y estaba nerviosa?

—Nerviosa no. —Se queda pensando—. Estaba como cuando aprobó las oposiciones. Así. Como quien ha resuelto una cosa.

Me quedo con la taza en la mano.

—Y de lo de su padre —digo—. De lo que le quedó.

—De eso no hablábamos.

—¿Nunca?

—Es que yo no quería. —Ahora sí levanta la voz un poco—. Irene, a mí me daba una cosa horrible ese dinero. Es dinero de un hombre que se fue de esta casa en el noventa y siete y que se acordó de su hija cuando estaba en una cama. Yo le dije: haz lo que quieras con eso y a mí no me lo cuentes.

Se levanta a poner los platos en la pila.

—Y ella qué hizo.

—Pues lo que le dije. No me lo contó.

Me quedo mirando la silla vacía de enfrente.

—Y luego, después —digo—, ¿vino alguien a preguntar?

—Al principio. —Abre el grifo—. La semana esa. Vino gente y llamaron por teléfono y me pidieron papeles. Yo di lo que tenía.

—¿Y qué te dijeron?

—Nada. —Cierra el grifo—. Se acabó. No volvió a llamar nadie.

Se seca las manos en el trapo y se gira, y lo dice como quien constata que la lluvia paró.

—Menos mal.

Yo tengo la taza a medio camino de la boca y me quedo así.

—Menos mal —repite, más bajo—. Porque yo aquellos días pensé que iban a salir cosas. No sé qué cosas. Cosas. Y no salió nada, y a mí eso me quitó veinte años de encima.

—Ya.

—Es lo único bueno de aquello. Que no salió nada. —Cuelga el trapo—. ¿Quieres más café?

—No.

Se sienta otra vez.

—Oye, ¿y la carpeta esa? —digo—. ¿La azul?

—Estará en su cuarto, con lo demás.

—¿Quieres que un día te ayude y vaciamos aquello?

Roser mira hacia el pasillo, hacia la puerta cerrada, y hace el gesto que hace siempre, que es no hacer ninguno.

—Un día que tenga el cuerpo.

Y después, sin transición, con la voz de todos los días:

—Oye, ¿y las flores al final de qué color?

CAPÍTULO 37

El número que borré

22 de agosto

El jueves por la tarde Ferran se sentó en mi mesa con una silla que trajo rodando desde la suya y estuvimos media hora con el PDF.

Lo abrió él. Fue a su alerta directamente, sin buscar, porque se acordaba de en qué bloque estaba.

—Ahí está —dijo—. Ocho años, ¿eh.

La leyó dos veces. Después se echó hacia atrás y se quedó mirando la pantalla con los brazos cruzados.

—Es que no lo entiendo. Está aquí el jueves veinte por la tarde y el veinticuatro ya no estaba.

—A lo mejor la retiró alguien de Madrid.

—Ya. —Se rascó la barbilla—. Pero si la retira Madrid, queda. Queda quién la retira y cuándo.

—En el sistema antiguo no se ve.

—Ahora no. —Y me miró—. Cuando migren, sí.

Se levantó, empujó la silla de vuelta y dijo que se iba, que su mujer tenía tren.

Eso fue el jueves.

El sábado por la mañana me siento a las nueve con el portátil en la mesa del comedor y hago lo que no hice el jueves, que es leerlo entero desde la primera página.

Son treinta y una. Carátula, datos de la póliza, atestado resumido, informe del taller, valoración del vehículo, daños personales, documentación aportada por la familia, bloque financiero, cierre.

Tardo dos horas y media porque la mitad hay que descifrarla.

Y en la página veintidós, debajo de la nota de Ferran, hay un campo que se llama *Observaciones del gestor* y que ocupa siete líneas.

Yo ese campo no lo recordaba.

Y esto lo escribo porque es lo que soy: aquella noche de 2018 leí cuatro líneas, se me cayó el mundo encima con lo que decían, marqué las casillas que había que marcar y cerré. No leí lo de debajo. En once años he escrito en informes que un lector que no lee un documento entero no puede afirmar que lo ha leído, y aquella noche yo era ese lector.

El campo dice esto, en prosa, en texto corrido, que en estas exportaciones se ve perfectamente:

Solicitar a la entidad titularidad, fecha de apertura y operativa de la cuenta indicada. Se hace constar que el teléfono de contacto asociado a dicha cuenta no coincide con el que figura en la póliza ni con el facilitado por la familia. Teléfono asociado: 6...

Nueve cifras. En negro. Perfectamente legibles.

Y antes de compararlas con nada, leo otra vez las dos líneas de arriba, despacio, porque no dicen lo que yo llevo tres semanas dando por hecho que dicen.

Se hace constar que el teléfono de contacto asociado a dicha cuenta...

Asociado a la cuenta.

No es el número al que llamé. Es el número desde el que le entraban los mensajes.

Llevo desde el doce de agosto con una hipótesis escrita a lápiz y subrayada dos veces en la última hoja de mi libreta de boda, y la hipótesis decía que B-01 era un hombre. La monté a las cuatro y media de la mañana, la defendí sola, le encontré una explicación para el duplicado del veintiséis de junio y me acosté tranquila.

Y ahora Ferran, desde un campo de texto libre de agosto de 2018, me está diciendo que no.

Cojo el teléfono gris de detrás del sofá y lo enciendo y entro en la agenda.

B-01.

Las nueve cifras son las mismas.

Las comparo tres veces, dígito a dígito, con el dedo en la pantalla del portátil y el aparato en la otra mano, y a la tercera me tengo que apoyar en la mesa porque llevo dos horas y media sin levantarme.

Son las mismas.

En marzo de 2018 se dio de alta una línea. En junio de 2018, un martes, alguien entró en una tienda con un documento de identidad en la mano y pidió un duplicado de esa línea. En agosto de 2018 esa línea era el teléfono de contacto de una cuenta que había tenido sesenta y ocho mil euros y que estaba a cero. En septiembre de 2018 esa línea se dio de baja.

Y ese número, que Ferran escribió a mano en un campo de texto libre el lunes 20 de agosto de 2018 por la tarde, y que se exportó a un PDF el lunes 20 de agosto de 2018 a las siete y catorce, lleva dos semanas escrito en la primera línea de la agenda de un teléfono que estaba detrás de un rodapié.

Lo único que hizo falta para que yo lo tuviera hoy delante fue que Ferran lo escribiera catorce horas antes de que yo entrara a borrarlo.

CAPÍTULO 38

Bea

22 de agosto

No hay ningún golpe. Eso lo digo para que conste, porque yo me esperaba un golpe.

Lo que hay es una cosa que se recoloca, despacio, como cuando te enseñan una figura de dos maneras y ya no puedes volver a verla de la primera.

Una línea de teléfono a nombre de una persona es de esa persona.

Nadie da de alta una línea en marzo, la usa cinco meses y la da de baja en septiembre porque se murió. Esa línea no era de un amante. Esa línea era de mi prima. Era una segunda línea, abierta en marzo de 2018, que no aparecía en la póliza del coche, que la familia no conocía, y que era el número de contacto de una cuenta de la que su madre no sabía nada porque su madre le había dicho que no le contara nada.

Sesenta y ocho mil euros entraron en junio.

El veintiséis de junio, un martes, alguien fue a una tienda y pidió un duplicado de esa tarjeta, y durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas los mensajes de esa cuenta no le llegaron a ella.

En agosto la cuenta estaba a cero.

El catorce de agosto llamó doce veces a un número, entre las seis de la tarde y las once de la noche.

A las once y cuarto se plantó en Riudoms.

Ahora la parte que no se recoloca sino que se cae.

Durante ocho años yo he sostenido que mi prima tenía a alguien y se iba con el dinero. Lo decidí una noche, a las tres de la madrugada, con cuatro líneas delante y sin leer las siete de abajo. No lo comprobé con nadie. No lo contrasté con el banco. Cogí una nota sin confirmar, la convertí en una historia completa, y a esa

historia le puse encima una casilla que decía *no relevante para la cobertura*.

Y después la enterré para que mi tía no la oyera.

Yo le hice a Bea exactamente lo mismo que Mireia le hizo a Nàdia Cots en un WhatsApp a la una y veinte de la tarde: darle a una ausencia una explicación cómoda y decírsela a alguien que se la iba a creer.

La única diferencia es que Mireia se lo contó a una desconocida y yo me lo conté a mí.

Y hay otra cosa, y es la que me tiene sentada en esta silla desde hace cuarenta minutos sin moverme.

Vamos a ponerlo en orden, que es lo único que sé hacer.

A Bea la vaciaron en junio y en julio. Eso pasó antes de que yo tocara nada. Eso yo no lo permití, eso ya estaba hecho, y esa es la única frase que puedo escribir hoy en mi defensa y la voy a escribir: cuando yo entré en aquel expediente, el dinero de mi prima llevaba dos meses fuera.

Lo que yo hice fue otra cosa.

La nota de Ferran era una línea. Una línea económica, con un número, una cuenta, tres transferencias y una propuesta de derivación a una unidad que se dedica exactamente a esto. Si esa línea sigue viva, alguien pide la titularidad de la cuenta, alguien pide el duplicado de la SIM, alguien mira quién entró en una tienda el veintiséis de junio con un documento que no era suyo.

En 2018.

Y no habría hecho falta que saliera nada más. Con que la operadora anotara un expediente ya habría bastado, porque lo que mata estas cosas no es que te cojan: es que quede constancia de que alguien miró.

En marzo de 2021 hubo otro duplicado. En enero de 2023, otro.

Y a los dos les pusieron dentro, como plantilla, el expediente de mi prima.

Cogieron el sitio donde yo había pasado la escoba y construyeron encima.

Eso es lo que hice. No abrí ninguna puerta: la puerta la abrieron ellos. Lo que hice fue firmar que la obra estaba en orden y que no

hacía falta que viniera nadie a mirar.

Y encima les dejé los planos.

Nàdia Cots tenía treinta y cuatro años.

Carme Rosell tenía cuarenta y uno.

Me levanto, voy a la cocina, abro el grifo y lo cierro sin beber.

Quitó la nota para que mi tía no la enterrase creyendo eso.

Y lo que enterró fue lo otro.

. . .

*Nota de voz. Beatriu Sarrià a Roser Sarrià. 8 de julio de 2018, 21:03.
Duración: 1 min 18 s.*

«Mamá, tres cosas y me voy a la ducha.

Una: el aparador. Al final no lo lleva el chico de Riudoms, que me ha dicho que hasta septiembre no puede, y en septiembre ya me lo he casado, o sea que se queda como está y punto. Con su puerta torcida. Es de la abuela, ya está torcido de fábrica.

Dos: he vuelto a mirar lo de las sillas y sigue siendo una vergüenza, o sea que ni lo miro más.

Y tres. El domingo llevo la carpeta otra vez, ¿eh, que sé que te aburro, pero es que ya me queda poco. Me falta un impreso y que me den una cosa y ya lo tengo todo apartado y en su sitio. Y luego ya me olvido hasta después de la boda.

Y no pongas la cara, que te veo la cara desde aquí. Que está todo bien. Que me lo han explicado con papel y boli y lo he entendido perfectamente, que no soy tonta, que soy terapeuta ocupacional y sé leer.

Tú lo que tienes que hacer el domingo es decirme que muy bien a todo, como siempre, que es para lo que te uso.

Anda, va. Un beso, mamá.

Y mira lo de la mancha, que te lo digo desde mayo.»

CAPÍTULO 39

Dos muertas después

23 de agosto

Domingo. Álvaro está en Cambrils desde ayer con lo del señor de la cómoda, que ahora quiere también una vitrina.

Yo me quedo en casa y hago la única cosa que sé hacer cuando algo me supera, que es ponerlo en una hoja.

En la mesa del comedor tengo el talonario de invitaciones que sobraron. Encargué ciento cuarenta y usé ciento dieciocho. Son de cartulina crema, con nuestros nombres en gris y la fecha, y quedan veintidós.

Cojo la primera y le doy la vuelta.

En el reverso, con lápiz, escribo tres fechas.

21/08/2018.

12/07/2021.

03/05/2023.

Entre la primera y la segunda hay mil cincuenta y seis días. Entre la segunda y la tercera, seiscientos sesenta. Lo he calculado con el móvil dos veces porque no me fío.

Y ahora, porque si no esto es una tabla, escribo lo que sé de las dos mujeres que caben en ese hueco.

Nàdia Cots Bertran. Treinta y cuatro años. Comercial de artes gráficas en una imprenta de Reus que sigue abierta y que en 2019 la puso en la última página de un catálogo con su nombre, su correo y su móvil. Vendió su piso de Barcelona en junio de 2021 y firmó un jueves. Se iba a casar el treinta y uno de julio con un hombre que se apellida Ribes y cuya familia ocupaba tres mesas enteras. Hizo una lista de invitados de noventa y seis nombres con las alergias en la última columna y las mesas asignadas, y esa lista está tan bien

hecha que Mireia la usa como modelo cinco años después. En la esquela hay una foto en blanco y negro de una mujer con el pelo recogido riéndose de algo que está fuera del encuadre. Tenía una hermana. Un lunes de julio, con la finca cerrada y sin nadie, se metió por el camino de abajo.

Carme Rosell Piñol. Cuarenta y un años. Auxiliar de enfermería. En 2016 puso un anuncio en internet ofreciéndose para cuidar a personas mayores, noches y fines de semana, y escribió la palabra *seriedad*, y ese anuncio sigue publicado hoy. Ganó un juicio de cuatro años por una espalda que se le rompió trabajando y le quedaron noventa y cinco mil euros menos el ocho por ciento del abogado. No tuvo hijos. En la esquela firman su hermano, su cuñada y sus sobrinos, y no hay foto, porque hay gente que no pone foto. Se fue sola dos días a una casa en la montaña en mayo, que era cuando allí arriba todavía se dormía con manta.

Dejo el lápiz.

Y a las siete y media llamo a su hermano.

El nombre y el teléfono están en el acuerdo transaccional de 2024, que es un documento de mi compañía que yo miré el diez de agosto sin tener ningún motivo para mirarlo. Se llama Jaume y trabaja en el matadero de Riudecols y me contesta con la tele puesta y me la baja.

Le digo que llamo por un tema antiguo de su hermana y me dice que dispare, sin preguntarme nada, con la voz de un hombre al que ya le ha llamado mucha gente.

Le pregunto por mayo de 2023 y por la casa de Prades.

—Se fue dos días ella sola —dice—. Eso lo hacía. Cuando tenía que pensar una cosa cogía y se iba, y no avisaba, y volvía el domingo.

—¿Y qué tenía que pensar?

Un silencio.

—Es que se casaba.

Me quedo con el lápiz encima de la invitación.

—¿Se casaba?

—El treinta de septiembre. Con uno de Cambrils, un tío que llevaba con ella desde el catorce o el quince. Buena gente. Todavía viene por casa por Navidad.

—No sale en la esquila.

—Porque no estaban casados y mi madre era de las de antes. —Lo dice sin ninguna carga—. Eso es cosa nuestra.

—¿Y dónde se casaban?

—En una masía de por aquí. De Riudoms. —Se para a pensar—. Perdimos la señal, ¿eh. Mil doscientos euros. Nos escribieron a los quince días diciendo que lo sentían mucho pero que la fecha ya no la podían mover.

Miro la última hoja de mi libreta, donde tengo escritas cinco líneas sobre las capas de una finca.

—¿Se acuerda del nombre?

—Uf. —Chasquea la lengua—. Ahí me ha pillado. Una de esas que salen en las fotos con cipreses. Mi cuñado lo tendrá apuntado.

Le doy las gracias y le digo que lo llamaré otro día y él me dice que sí, que cuando quiera, y que si averiguo algo del dinero se lo diga, porque en casa nunca han entendido lo del dinero.

Cuelgo.

Carme Rosell Piñol iba a casarse el treinta de septiembre de 2023, cinco meses después de morirse, en una finca del término de Riudoms con una hilera de cipreses jóvenes atados a sus tutores.

Y ahora la parte honesta, que es la que me obliga a seguir escribiendo con esta letra pequeña en el reverso de mi propia invitación de boda.

De estas dos mujeres yo sé lo que se sabe de un expediente.

Sé sus edades y sus profesiones y sus cifras. Sé el gramaje de la cartulina de una y el titular de un anuncio de la otra. No sé si a Nàdia le gustaba su trabajo. No sé si Carme dormía por las tardes después de los turnos. No sé de qué se reían.

Sé de ellas exactamente lo mismo que sabía de las cuatrocientas personas cuyos siniestros he cerrado en once años: los datos que sirven para decidir si se paga.

Y a las tres de la mañana del veintiuno de agosto de 2018 yo marqué una casilla y no se me cayó la mano.

Miro las tres fechas.

Yo, hasta ayer, tenía una culpa que se podía llevar puesta. Era grande y era vieja y era mía y no tenía número. Era una noche mala, una decisión de una mujer de veintiocho años que quería que su tía durmiera.

Desde ayer tiene número.

Son dos.

Y la letra de las invitaciones, por delante, es la misma con la que se imprimió nuestro nombre.

CAPÍTULO 40

La primera vez que le mentí a Álvaro

23 de agosto

Álvaro vuelve a las ocho con dos cajas de melocotón que le ha dado el señor de Cambrils y que no sabemos dónde meter.

Cenamos en el patio, que es lo único que se puede hacer a esta hora, con el mantel de hule y el ventilador que sacamos fuera con un alargador.

—Oye —digo—. Tengo que escribir una cosa para la minuta.

—¿Qué es la minuta?

—La cartulina que se pone en el plato con el menú.

—Ah.

—Pues detrás va un texto. Dos líneas. De por qué elegimos el sitio.

Álvaro corta pan.

—¿Y eso quién lo lee?

—Nadie. Se lo llevan a casa.

—¿Y para qué lo escribes?

—Porque se hace.

Parte el pan y me da un trozo.

—¿Y qué escribo?

—Lo que quieras.

—Es que lo tengo que escribir yo pero es tuyo. —Bebo—. El sitio lo encontraste tú.

—Ya.

—¿Por qué ese?

Álvaro se limpia con la servilleta de papel y se queda un momento con los ojos en la mesa, y por un segundo pienso que va a decir algo largo, como lo del taller.

—Me gustó la piedra —dice.

—¿La piedra?

—La pared del fondo de la sala. —Coge otro trozo de pan—. Eso es de un desmante. Setenta toneladas y dos años debajo de una lona. Y luego hay que encontrar a alguien que sepa colocarla, que ya no queda nadie.

—Eso me lo dijo ella.

—Es verdad. —Asiente—. Yo eso lo miré y dije: aquí alguien se ha gastado un dinero en hacer una cosa bien cuando podía haber puesto plaqueta y nadie se habría enterado.

—¿Y por eso?

—Y por eso. —Me mira—. Si a alguien le importa una pared que nadie va a mirar, la comida estará buena.

Es una respuesta de Álvaro. Es exactamente una respuesta de Álvaro, del tamaño de una respuesta de Álvaro, y encaja con el hombre que no encola las juntas de un cofre para las cartas de la gente.

Se va a la una, porque mañana tiene que estar a las siete en Riudoms.

Yo me quedo con las dos cajas de melocotón en la cocina y la casa en silencio.

Y a la una y cuarto saco la carpeta azul oscuro de la estantería.

No voy a los menús. No voy a los horarios. Voy al principio, a lo que está antes del contrato, a las dos hojas que uno pasa siempre porque son las de la burocracia.

Hoja de reserva de fecha.

Mas Ventalló, S.L. Fecha reservada: 12/09/2026. Solicitante: Álvaro Vilaplana Sardà. Fecha de solicitud: 22/09/2025. Señal: 1.500 €. Recibida por transferencia. Atendido por: M. Bosch.

Una firma. La suya. La mía no está.

Debajo, grapado, el resguardo de la transferencia. Cuenta de él. Veintidós de septiembre de 2025, a las 10:41 de la mañana.

Nosotros fuimos a ver Mas Ventalló el catorce de octubre.
Veintidós días después.

Me acuerdo de aquella semana. Me acuerdo de que él estuvo raro, con esa manera suya de estar raro que consiste en estar exactamente igual pero hacer una cosa de más, y me acuerdo de que un domingo me dijo que había llamado a unos cuantos sitios y que había uno cerca que tenía libre el doce.

He llamado a unos cuantos sitios.

Eso me dijo. Y era verdad, seguramente. Uno llama a unos cuantos sitios.

Y luego, un lunes por la mañana a las diez y cuarenta y uno, sin decírmelo, transfirió mil quinientos euros y bloqueó una fecha en una finca que yo no había visto, en un sitio al que me llevó tres semanas más tarde a que yo eligiera entre esta y otras dos.

Me quedo de pie en el comedor con la hoja en la mano y las cajas de melocotón detrás.

La piedra.

CAPÍTULO 41

La prueba del vestido

24 de agosto

El taller de Pilar está en un entresuelo de la calle Sant Vicenç, tiene dos maniquíes, un espejo de tres cuerpos y un ventilador de pie que mueve el aire caliente de un lado a otro.

Son las cinco de la tarde y estamos a treinta y cuatro grados.

Mireia se ofreció el jueves, cuando le llevé la lista. Dijo que si quería se pasaba, que a veces el vestido te condiciona la entrada y es mejor verlo antes que descubrirlo el día doce con ciento dieciocho personas de pie. Le dije que sí sin pensarlo.

Llega a las cinco y cuarto con dos botellas de agua de la gasolinera.

—Perdona. Es que aquí arriba no hay quien pare.

Pilar me sube al taburete y empieza.

Lo que nadie te cuenta de la última prueba es que son dos horas de pie con los brazos separados del cuerpo. Dos horas. Pilar trabaja por delante y por detrás, con la boca llena de alfileres, y cada vez que le tienes que pasar uno te dice que no bajes los brazos, y tú los bajas, y ella te los vuelve a levantar.

A la hora y cuarto empiezo a oír el ventilador de una manera rara.

—Pilar.

—Un momento.

—Pilar, para.

Bajo del taburete yo sola, mal, y llego al probador, que es un cubículo con una cortina, y me agacho con las manos en las rodillas. No echo nada. Se queda ahí, en la garganta, como una piedra.

Cuando salgo, Mireia está de pie con una de las botellas abierta.

—Bebe. Despacio.

—Es el calor.

—Es el calor y que no has comido.

—He comido.

—¿Qué has comido?

—Un café.

—Ya.

Pilar dice que abre la ventana y que en cinco minutos seguimos, y baja a la calle a fumar.

Me siento en la silla de mimbre con el vestido a medio hilvanar, con cuidado de no clavarme nada, y abro el bolso.

La caja está en el bolsillo pequeño, debajo de las llaves. Es una caja de cartón blanca, con el borde abierto por donde se abren siempre, y dentro hay un blíster empezado.

Parto uno por la mitad con la uña. Me tomo medio con el agua.

Y entonces hago lo que hace la gente cuando le da vergüenza una cosa que no tiene por qué darle vergüenza, que es explicarla más de lo necesario.

—No es que tome —digo—. O sea, no tomo. Esta caja me la dieron hace no sé cuánto. La receta es de las que se renuevan cuando hace falta, no de todos los días.

—Vale.

—Es que la gente oye esto y se piensa que...

—Irene.

—¿Qué?

—Que a mí me la sudan tus pastillas —dice, con toda la tranquilidad del mundo—. Hija, si yo he tenido aquí a una novia con una crisis de ansiedad que llamamos a una ambulancia. Y se casó al mes y estuvo divina.

Me río sin querer y me tira de un alfiler de la cintura.

—Toma. —Le doy la caja—. Guárdamela, que en el bolso se abre y se desparraman.

Mireia la coge, la mete en su bolso y se sienta a mi lado.

Pilar sube y seguimos otros cuarenta minutos.

Y en esos cuarenta minutos pasa una cosa que no me esperaba.

Mireia sujeta mi bolso en el regazo todo el rato, porque yo no puedo tenerlo. Me quita el pelo de la cara dos veces cuando Pilar me hace girar. Le dice a Pilar que me deje bajar un momento los brazos, que se ve que no puedo más, y Pilar refunfuña y me los deja bajar. Contesta a una llamada mía que entra y le dice a Òscar que la novia está ocupada y que lo llama luego.

A las siete menos veinte, cuando Pilar dice que ya está, Mireia se levanta y me da la mano para bajar del taburete, porque con el vestido puesto no se baja un escalón de treinta centímetros sin que te den la mano.

Eso es lo que compruebo hoy, además de lo del bajo.

Con este vestido no se baja un escalón sola. No se sube a un coche sin que alguien te sujete la falda. No se anda deprisa. No se corre nada, ni por casualidad. Se va donde te llevan y a la velocidad a la que te lleven.

—Estás guapísima —dice Pilar, con los alfileres todavía en la boca.

—Está guapísima —dice Mireia.

Y yo me miro en el espejo de tres cuerpos, en un entresuelo a treinta y cuatro grados, con la cara del color de la pared, y me lo creo.

En la puerta, Mireia saca mi caja de su bolso y me la devuelve.

—Toma, que se me olvida y luego la llevo yo un mes.

—Gracias.

—Y come algo, ¿eh. Que quedan diecinueve días y te veo el hueso de la clavícula.

Bajo a la calle y todavía hace calor y son casi las siete de la tarde.

Llevo tres semanas sin que nadie me cuide y hoy me han cuidado dos horas, y ha sido agradable, y esa es la frase entera y no le voy a poner nada detrás.

CAPÍTULO 42

Vidal Obres

24 de agosto

Mas Ventalló tiene página de Instagram desde 2019 y mil ochocientos seguidores y publica cuatro cosas al mes: fotos de bodas ajenas, cielos con la sala al fondo y algún vídeo de Mireia hablando a cámara sobre cuántos meses de antelación hacen falta.

En octubre de 2022 hay un carrusel de nueve fotos.

Ya está aquí. Dos años de trabajo. Gracias a los que la habéis levantado piedra a piedra.

Las fotos son de la obra. Se ve el solar, se ven las lonas del campo de detrás, se ve el montón de piedra numerada con tiza, se ve un andamio y se ven dos hombres a caballo del muro.

En la séptima foto, en la esquina, hay una hormigonera azul con un rótulo.

VIDAL OBRES, S.L. — Riudoms.

Vidal Obres, S.L. está disuelta desde noviembre de 2023. Lo miro en el registro y son cinco euros más.

El hijo se llama Xavi Vidal y ahora trabaja para una empresa de reformas de Reus, y lo encuentro porque su número está en un anuncio de una furgoneta de segunda mano que puso el año pasado y que nadie ha borrado.

Me coge a la segunda.

—¿Sí?

—Buenas tardes. ¿Xavi Vidal?

—Sí.

—Le llamo por una obra que hizo su padre. La sala de Mas Ventalló, en Riudoms.

Un silencio corto.

—¿Usted quién es?

—Trabajo en seguros. —Otra vez—. Estoy con un tema de una finca de la zona y necesito situar unas fechas.

—Uf. —Se ríe sin ganas—. Mire, la empresa la cerramos en el veintitrés. Yo lo que le pueda decir se lo digo, pero papeles no tengo. Los papeles están en un trastero.

—No busco papeles. Busco lo que se acuerde.

Y se acuerda perfectamente, porque la gente se acuerda de las obras como se acuerda de los partos.

—Aquello nos duró catorce meses. —Se le nota que le gusta hablar de ello—. Empezamos en noviembre y no lo entregamos hasta enero del año siguiente. Y lo peor no fue levantarla, ¿eh. Lo peor fue la piedra.

—¿La piedra?

—Piedra de desmonte. Setenta toneladas tiradas en un campo con lonas desde hacía dos años. Eso venía todo revuelto: sillares, mampuesto, dinteles, cascote. Hubo que clasificarla a mano y hubo que traer a un hombre de la Terra Alta que ya tenía setenta y tres años, porque colocar eso no lo sabe hacer nadie de menos de sesenta.

—¿Y salía caro?

—Salía carísimo. —Chasquea la lengua—. Mi padre le hizo tres presupuestos, uno con plaqueta, uno con piedra artificial y uno con la del desmonte. Y el hombre cogió el de la piedra sin regatear.

Ahí me paro.

—¿El hombre?

—El que llevaba la obra.

—¿No era la propietaria?

—La propietaria estaba, claro. La señora venía cada dos por tres y nos preguntaba cuándo acabábamos. —Xavi hace una pausa—. Pero con quien tratábamos era con él. El de los números.

—¿Se acuerda del nombre?

—Gabriel.

Estoy sentada en el sofá con el portátil en las rodillas y no me muevo.

—¿Y qué hacía Gabriel?

—Todo lo de pagar. Certificaciones, plazos, anticipos. —Y aquí se anima—. Y mire, le voy a decir una cosa que me acuerdo perfectamente porque mi padre lo decía en el bar. En esa obra no tuvimos que reclamar ni un euro. Ni uno. A treinta días, por transferencia, y dos veces nos pagó antes.

—¿Eso es raro?

—¿Raro? —Se ríe de verdad—. Señora, yo he estado catorce años detrás de gente que me debía tres mil euros de cambiar un baño. Nosotros cerramos en el veintitrés porque nos comió un promotor que nos dejó a deber ciento veinte mil. Y usted me pregunta si es raro que uno pague antes de tiempo.

—Ya.

—Mi padre decía que ese señor era el único cliente que llamaba él para pagar. —Baja el tono—. Y luego, ya sabe cómo es esto: uno se fía de quien paga.

Le doy las gracias y le pregunto si le puedo volver a llamar y me dice que sí, que sin problema, que le mande un mensaje antes porque en la obra no oye.

Cuelgo.

En Instagram, en la novena foto del carrusel, se ve la pared terminada, con las lámparas colgadas y el suelo todavía sin pulir, y siete personas de pie delante sonriendo.

Amplío con dos dedos.

En el extremo de la derecha, separado, con las manos en los bolsillos y sin mirar a la cámara, hay un hombre con camisa clara.

CAPÍTULO 43

Nàdia hablaba muy rápido

25 de agosto

A la imprenta llamo el martes a las nueve y media, y les digo la verdad a medias, que es lo único que sé decir últimamente: que estoy intentando localizar a la familia de una antigua comercial suya, Nàdia Cots, por un tema antiguo.

Me pasan con una señora que se llama Roser también, cosa que me sienta mal sin motivo, y que lleva veintidós años allí.

—Ay, la Nàdia.

—Sí.

—Pobreta.

Y me da el número de la hermana sin pensárselo, porque la gente da los teléfonos, porque en este país los teléfonos se dan.

Llamo a las diez.

Contesta y cuelga cuando digo «seguros».

Llamo a las diez y cinco. Descuelga y no dice nada, y yo digo «no le voy a vender nada», y cuelga otra vez.

A las diez y cuarto lo intento por última vez, y cuando descuelga y oigo la respiración digo una sola frase, que es la única que tengo.

—Su hermana no se fue con el dinero.

Silencio.

Silencio largo, siete u ocho segundos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Irene Sarrià. Trabajo en investigación de siniestros. No la llamo de parte de nadie y no vengo a pedirle nada.

—Entonces no me sirve.

—Ya lo sé.

Otro silencio.

—¿Por qué dice eso?

—Porque me lo dijeron a mí también.

—¿El qué.

—Que una prima mía se fue con el dinero.

Sara Cots tarda mucho en contestar. De fondo hay una radio y un ruido de cajas.

—Yo estoy trabajando.

—¿A qué hora sale?

—A las dos.

—La llamo a las dos.

—No. —Y aquí cambia el tono—. Llámeme ahora, va. Que a las dos me arrepiento.

Me habla veinticinco minutos.

Me cuenta que su hermana hablaba muy deprisa. Que era incapaz de escribir un mensaje: mandaba audios, siempre de menos de un minuto, y siempre empezaban igual, con «dos cosas rápidas», y luego eran cuatro. Que se disculpaba por todo. Que si te llamaba a las nueve de la noche empezaba pidiendo perdón por llamar a las nueve de la noche.

—Y era la mejor de los tres —dice—. Se lo digo yo, que soy la mayor. La mejor con diferencia.

Me cuenta lo del piso. Que lo vendió en junio de 2021 y que fueron doscientos diez mil, y que ese piso era de la abuela y estaba a su nombre desde 2014.

Y me cuenta lo otro.

—Nos peleamos en junio.

—¿Por qué?

—Por eso. Por el dinero. —Se le nota que esto lo ha contado pocas veces—. Mi madre se enteró de lo del piso por una vecina y se puso hecha una furia, porque Nàdia no se lo había dicho. Y le preguntó qué había hecho con el dinero. Y ella no contestó.

—¿No contestó?

—Dijo que lo tenía guardado. Que estaba en un sitio aparte y que era lo mejor. —Se para—. Y mi madre le dijo que qué le habían metido en la cabeza, y ella se levantó y se fue.

—¿Y después?

—Después nada. Tres semanas sin hablarnos. Yo le mandé dos audios y no me los contestó. —Ahora sí se le rompe un poco—. Y el doce de julio me llamaron.

La dejo respirar.

—Y a nosotros nos quitaron de la lista de la boda, ¿sabe? —dice—. Eso lo supimos después. Bueno, lo supo mi cuñado, que nos lo dijo en el tanatorio como quien te da un puñetazo.

—¿Y la cuenta?

—La cuenta estaba a cero.

Lo dice sin ningún énfasis.

—Cuando fuimos al banco a arreglar lo del entierro, en la cuenta de siempre había mil doscientos euros. Y del piso, nada. Y nosotros dijimos: bueno, estará en otro sitio. Y sí, había otro sitio. Había una cuenta que había abierto ella en marzo, en un banco por internet, y esa estaba a cero también.

—¿Y qué hicieron?

—Reclamamos. —Se le seca la voz—. Fuimos al banco, luego a esos del servicio de reclamaciones, y al final resultó que la cuenta esa llevaba un seguro, uno de esos de protección que te meten y no sabes ni que lo tienes. Y presentamos.

—¿Y qué les dijeron?

—Que no.

—¿Con qué motivo?

—Con el motivo de que las transferencias las había ordenado ella. —Y ahora habla más despacio, midiendo—. Eso nos lo dijeron por escrito. Que las operaciones se habían hecho desde su acceso, con sus claves, y que ella las había autorizado. Y que por lo tanto no había fraude.

Cierro los ojos.

—Y a partir de ahí ya no hubo nada que hacer —dice—. Y a partir de ahí, en mi casa, se instaló la idea. Que si se lo había dado a alguien. Que si se iba a marchar. Que si mi hermana era tonta.

—¿Usted se lo creyó?

—Yo qué sé lo que me creí. —Un ruido de cajas—. Yo lo que sé es que llevo cinco años pensando que mi hermana se murió enfadada conmigo.

—¿Guardan los papeles?

—Los tengo yo. En una carpeta, en casa de mi madre.

—¿Me los enseñaría?

Y ahí se para en seco.

—Mire. Usted me ha dicho una frase por teléfono y yo me he puesto a hablar como una idiota. —Coge aire—. Yo a usted no la conozco de nada. No sé de qué compañía es, ni si esto es una llamada de verdad, ni por qué me llama cinco años después. Y esa carpeta es lo único que tengo.

—Lo entiendo.

—No, si no lo entiende. —Y aquí sube la voz por primera vez—. Es que si esto sale mal otra vez, la que se lo tiene que contar a mi madre otra vez soy yo.

Nos quedamos las dos calladas.

—Déjeme pensarlo —dice.

Y cuelga sin despedirse.

CAPÍTULO 44

El dinero está en las paredes

25 de agosto

Neus me ha pedido una foto del fondo de la sala con la luz de la tarde, para la flor, porque dice que la piedra tiene mucho ocre y que el blanco frío ahí se ve sucio.

Le escribo a Mireia y me dice que me pase cuando quiera, que el martes no hay nadie.

Llego a las siete menos cuarto. Ella está en la oficina con un proveedor y me dice desde la puerta que pase yo, que la sala está abierta, que enciende la luz del cuadro y ahora va.

Entro sola.

La sala nueva vacía, sin mesas, sin sillas y sin nadie, es una nave de piedra de veintiséis metros con el sol de las siete entrando por los arcos y dando en la pared del fondo. Huele a cerrado y a producto de limpieza. El aire acondicionado lleva encendido desde media tarde porque, si no, no hay manera.

Hago las fotos que me ha pedido Neus. Cuatro.

Y luego me siento en una de las sillas de la pila que hay junto a la puerta, con el catálogo de centros de mesa en las rodillas, porque he traído el catálogo para mirar otra vez si los altos y no los bajos.

Y saco el móvil.

Lo que estoy buscando lleva tres días en mi cabeza desde que escribí las capas de esta finca en la última hoja de la libreta.

Las licencias de obra son públicas. No hay que pedir las, no hay que ser nadie y no hay que dar un motivo. Los ayuntamientos publican las actas de la junta de gobierno local en su web, y en esas actas está todo: quién pide, qué pide, qué presupuesto declara y qué día se le concede. Riudoms las tiene colgadas desde 2016 en PDF, una por sesión.

Busco *Mas Ventalló* dentro del portal.

Salen siete resultados.

Cinco son tonterías: una ocupación de vía pública, un vado, dos licencias de actividad, un cambio de rótulo.

Los otros dos son estos.

Junta de govern local de 16 de novembre de 2021. Concesión de licencia de obras mayores a MAS VENTALLÓ, S.L. para ampliación de edificación destinada a sala polivalente. Presupuesto de ejecución material declarado: **214.800 €.**

Junta de govern local de 3 d'octubre de 2023. Concesión de licencia de obras a MAS VENTALLÓ, S.L. para pavimentación de aparcamiento y construcción de piscina descubierta. Presupuesto de ejecución material declarado: **96.400 €.**

Bajo el móvil.

Nàdia Cots murió el 12 de julio de 2021.

La licencia de esta sala se concede el 16 de noviembre de 2021.

Cuatro meses.

Carme Rosell murió el 3 de mayo de 2023.

La licencia del aparcamiento y la piscina se concede el 3 de octubre de 2023.

Cinco meses.

Y el piso de Nàdia se vendió en junio de 2021 por doscientos diez mil euros, y esta pared costó doscientos catorce mil ochocientos.

Levanto la cabeza.

Estoy sentada dentro.

La luz de las siete da en la piedra del fondo y la pone naranja, y esa piedra viene de una masía que tiraron en Vinyols, y estuvo dos años bajo unas lonas en el campo de detrás, y hubo que clasificarla a mano y traer a un hombre de setenta y tres años de la Terra Alta porque ya no queda nadie que sepa colocarla, y costó tres veces lo que costaba la plaqueta, y el que eligió el presupuesto caro sin regatear fue el hombre que llamaba él para pagar.

El día doce, a las nueve y media de la noche, ciento dieciocho personas van a entrar por esa puerta y van a levantar la cabeza y van a decir lo que dice todo el mundo, que qué bonito, que qué bien hecho está esto, que ya no se ve.

Detrás del muro está el generador. Al otro lado del olivar, a ciento seis pasos, está la balsa con la valla nueva. Fuera hay un

aparcamiento con rampa y una piscina que no se usa para nadar, que solo sirve para las fotos, y que su dueña me dijo el cuatro de agosto que fue el mejor dinero que había gastado en su vida.

Oigo la puerta.

—Perdona, guapa. —Mireia entra secándose las manos en una servilleta de papel—. ¿Has hecho las fotos?

—Sí.

—¿Y qué? ¿Sigues con los altos o me vas a cambiar los centros a diez días?

Cierro el catálogo.

—Sigo con los altos.

CAPÍTULO 45

Esto todavía no prueba nada

25 de agosto

En el coche, en el camino de los cipreses, no arranco.

Y hago lo que llevo once años haciendo con los informes que me llegan de comercial escritos en mayúsculas y con signos de exclamación, que es sentarme encima de la euforia hasta que se enfría.

Porque hay una parte de mí que quiere llamar ahora mismo a Nuria Sedó, decirle que ya tengo el nombre y contarle esto en cuatro frases. Y sé exactamente lo que me contestaría, porque me lo contestaría yo.

Una licencia de obras demuestra tres cosas: que alguien pidió permiso, qué día se lo dieron y qué presupuesto declaró.

No demuestra quién la pagó.

No demuestra con qué.

Doscientos diez mil y doscientos catorce mil ochocientos es una coincidencia preciosa y no es nada. Una obra de esas se financia con un préstamo, con ahorros, con la entrada de un socio o con las tres cosas a la vez, y en este país hay cuatro mil masías que se han reformado en los últimos diez años.

Y los meses tampoco. Cuatro meses y cinco meses después de dos muertes que ocurrieron en julio y en mayo, y las obras en el campo se empiezan cuando acaba la temporada, que es en octubre y en noviembre. Cualquiera de los dos me lo tira en diez segundos.

Lo que tengo, escrito honestamente, es esto: una correlación bonita entre dos muertes y dos reformas, y un dato interno que dice que alguien copió un expediente.

Lo que me falta, para que esto se convierta en algo, son tres cosas. Y las tres las sé decir sin pensar, porque son las mismas tres que le pido yo a un perito cuando me trae una intuición.

Uno. El movimiento. Los extractos de la cuenta de Nàdia Cots: quién ordenó las transferencias, desde dónde, a qué cuentas y en qué fechas. Sin eso no hay dinero, hay una suposición sobre un dinero.

Dos. La entrada. Qué hizo Mas Ventalló, S.L. con lo que sea que entrara en 2022 y en 2024. Y esto es lo raro de todo esto: esto es público. Las cuentas anuales de una sociedad limitada se depositan en el Registro Mercantil y las puede pedir cualquiera por catorce euros, y ahí figuran las ampliaciones de capital, los importes y de dónde salen. Eso lo puedo hacer mañana, a plena luz, con mi nombre y mi tarjeta, y no me lo puede reprochar nadie.

Tres. Alguien que declare. Y ahí está Sara Cots, que tiene una carpeta en casa de su madre y que me ha colgado sin despedirse.

Miro los veintidós cipreses por el retrovisor.

Y ahora la parte que llevo esquivando desde las siete y media.

El uno también existe.

La reclamación que presentó la familia de Nàdia en 2021 no fue contra el banco: fue contra un seguro de protección asociado a la cuenta. Un seguro de esos que van dentro del paquete y que no sabe nadie que tiene. Y esos seguros los llevan cuatro compañías en este país.

Si esa reclamación se tramitó y se denegó, hay un expediente. Con los extractos dentro, porque para denegar por ese motivo hay que tener los extractos delante y hay que haberlos leído.

Y si ese expediente es de mi compañía, está a dos clics de mí.

No es mío. No está asignado a mi unidad. No hay ninguna causa por la que yo tenga que abrirlo, y no existe ninguna manera de abrirlo que no quede escrita con mi usuario, la fecha, la hora y la operación, en una tabla que dentro de tres meses va a leer un técnico de Madrid junto con todo lo demás.

Arranco.

De camino a Reus, en la recta de antes de la rotonda, con el aire dándome en la cara, hago la cuenta que hace la gente que va a hacer una cosa: cuánto tardaría, desde qué terminal, y qué diría si me preguntan.

Y luego apago la radio, que no estaba encendida.

Hoy no lo abro.

. . .

*Nota de voz. Beatriu Sarrià a Roser Sarrià. 2 de julio de 2018, 23:41.
Duración: 1 min 12 s.*

«Mamá, ya sé que es tardísimo, no lo escuches hasta mañana. O escúchalo, que sé que estás despierta.

A ver. Que estoy contenta y te lo quiero decir aunque no entiendas la mitad, que ya sé que no la vas a entender, y me da igual.

He hecho una cosa bien. Por una vez en mi vida he hecho una cosa bien y a tiempo.

Lo del padre. Lo de lo que me dejó. Que llevo desde febrero con eso en la cabeza sin dormir, porque tú no querías ni oírlo y yo no tenía a quién preguntarle, y me daba una vergüenza horrible ir al banco y que un chaval de veinticinco me explicara mi vida.

Pues ya está. Ya lo tengo en un sitio aparte, en una cosa mía, a mi nombre, que no es la cuenta de siempre. Aparte. Y no te voy a dar la brasa con cómo funciona porque además me lo tendría que volver a mirar, pero es que me lo explicaron con papel y boli, mamá, con un boli encima de una mesa, dibujándolo, hasta que yo dije vale, ya.

Y ahora ya me puedo casar tranquila. Que era eso. Que yo lo que no quería era llegar al doce, digo al treinta y uno, ay, perdón, al treinta y uno, sin tener esto en su sitio.

Ya te lo enseñé el domingo con la carpeta.

Y no, no me lo he gastado en nada. Que te conozco.

Anda, duérmete. Un beso.»

CUARTA PARTE

La corrección

26 de agosto – 1 de septiembre de 2026

CAPÍTULO 46

Registro Mercantil

26 de agosto

Doce euros con la tarjeta de mi banco, mi nombre, mi correo. Tres minutos. Un PDF de veintidós páginas.

Cuentas anuales abreviadas de MAS VENTALLÓ, S.L., ejercicios 2021 a 2024, depositadas todas en plazo.

Lo hago a las nueve y diez de la mañana en mi mesa, con Ferran a metro y medio, y no me tapo la pantalla, porque no tengo que taparme la pantalla. Esto lo puede pedir mi madre.

Voy directa a la memoria, que es donde está lo que la gente no lee.

Ejercicio 2022. Nota 9. Fondos propios.

Con fecha 12 de mayo de 2022 la Junta General acordó una ampliación de capital por compensación de créditos por importe de 198.000 €, íntegramente suscrita por el socio D. G. V. S., mediante la conversión de los créditos que ostentaba frente a la sociedad, reconocidos en el ejercicio anterior y derivados de pagos realizados por cuenta de la sociedad a proveedores de la obra de ampliación de las instalaciones.

Lo leo tres veces.

Y esto es tan sencillo que me cuesta creermelo que sea esto.

Alguien paga a los albañiles con su dinero. La sociedad, que no tiene ese dinero, le reconoce lo que le debe. Y al año siguiente, en vez de devolvérselo, le da participaciones por ese importe.

No hay dinero que entre en la sociedad. Lo que entra es una pared. Y lo que sale es un cuarenta por ciento.

Ejercicio 2024. Nota 9.

Con fecha 30 de septiembre de 2024, ampliación de capital por compensación de créditos por importe de 84.000 €, suscrita por el mismo socio, sin alteración del porcentaje de participación por acuerdo entre los socios.

Sumo. Doscientos ochenta y dos mil euros en dos veces.

Y ahora los números.

La licencia de la sala declaraba un presupuesto de ejecución material de doscientos catorce mil ochocientos. La capitalización de 2022 es de ciento noventa y ocho mil.

No cuadra.

Y no cuadra porque no tiene que cuadrar. El presupuesto de ejecución material es lo que declaras en la licencia, y encima va el IVA, y por debajo va lo que de verdad se pagó, y hay honorarios y hay tasas y hay una parte que pagó la sociedad de su caja. Yo he peritado obras y sé que un PEM y una factura final no se parecen nunca.

Lo que hay es un orden de magnitud. Doscientos diez mil de un piso vendido en junio de 2021. Una obra declarada en doscientos catorce mil ochocientos en noviembre de 2021. Un crédito de ciento noventa y ocho mil capitalizado en mayo de 2022.

Es un casi.

Y un casi, en mi trabajo, es lo que separa una intuición de un informe.

Sigo bajando.

Nota 11. Otra información. Estructura societaria a cierre del ejercicio: Dña. M. B. B., 60 %. D. G. V. S., 40 %.

Me quedo mirando esas dos líneas mucho rato.

Yo sabía que Gabriel tenía algo con la masía. Lo sabía de la manera en que se saben las cosas cuando no te conviene mirarlas: sabía que «les llevaba unos temas», que «trabaja con ellos», que Mireia me dijo el jueves que le pasa clientas a «un asesor que trabaja con nosotros». En una comarca de doscientos mil habitantes el que lleva los números lleva los números de medio mundo, y yo

eso lo archivé en el mismo sitio donde se archiva todo lo que da pereza.

Y no es eso.

El cuarenta por ciento de la finca en la que me caso dentro de diecisiete días es de mi cuñado.

Es del hombre con el que llevo acostándome desde diciembre.

Ferran se quita un casco.

—Oye.

—Dime.

—¿Tú sabes si el traslado se puede pedir dos veces?

—¿Cómo dos veces?

—Que si me lo deniegan ahora, si lo puedo volver a pedir en enero.

—Tiene la silla girada hacia mí y una carpeta abierta en las rodillas

—. Es que la plaza de mi mujer empieza el uno. Y si a mí me lo dan en marzo, son tres meses.

Yo tengo en la pantalla la nota nueve de una memoria abreviada y una estructura societaria de dos líneas.

—Yo eso no lo sé, Ferran.

—Ya. Es que no sé a quién preguntárselo.

—Pregúntale a Vidal.

—Sí. —No se mueve—. Sí, ya.

Se queda ahí, con la carpeta abierta, esperando otra cosa que yo no le doy, y a los cuatro segundos se vuelve a poner el casco.

Y ahora la pregunta, la única, la que queda cuando ya he leído las veintidós páginas y he anotado las fechas.

Estos documentos son públicos. Están depositados. Están firmados. Son legales de arriba abajo y cualquier asesor de este país te monta esto en una tarde, y no hay ni una sola cosa aquí dentro que un juez pudiera mirar dos veces.

Lo que dicen es que un hombre pagó doscientos ochenta y dos mil euros a proveedores de una obra y que a cambio se quedó el cuarenta por ciento de una sociedad.

De dónde sacó ese hombre doscientos ochenta y dos mil euros no lo dice ninguna de las veintidós páginas.

CAPÍTULO 47

Faltan cuatro

26 de agosto

Esta noche cenar juntas por primera vez.

Lo montó Rosa hace tres semanas y yo dije que sí porque no se podía decir que no. Cena en Riudoms, en su casa, mi tía y ella, para hablar de la ropa y de la mesa uno y de quién se sienta al lado de quién.

Mi tía Roser va a cenar en el pueblo del hombre que sacó a su hija de una casa a las tres menos diez de la mañana, en la mesa de la madre de ese hombre, y va a hablar de si el verde es color de boda.

He quedado en recogerla a las ocho menos cuarto.

A las siete y veinte, vestida y con las llaves en la mano, abro el bolso.

La caja no está en el bolsillo pequeño.

En el bolsillo pequeño están las llaves de la oficina, un pintalabios y un cargador. La caja va ahí desde hace no sé cuántos meses. Va ahí porque es donde la puse el primer día y porque yo no cambio las cosas de sitio.

Vacíó el bolso encima de la cama.

Aparece debajo de todo, al fondo, debajo del faldón de la costura del forro, con una esquina doblada.

Muy bien. Se me ha caído, se ha metido ahí, pasa.

La abro por costumbre, no por otra cosa.

Es un blíster de veinticinco, en cinco filas de cinco. Yo tengo esta caja desde hace un año y medio y esta caja la he usado poquísimo: en el aniversario, en una noche de febrero que no viene al caso, y el otro día en el probador de Pilar.

Yo empiezo siempre por el mismo lado, el de arriba a la izquierda, el del lote impreso. Eso no lo decido: es que se empieza por donde se empieza y ya está.

Cuento.

De la primera fila faltan tres, y en la cuarta casilla está el medio comprimido que me dejé el lunes, partido con la uña, encajado en su alvéolo.

Eso es lo mío. Tres enteros y medio. Es exactamente lo que me he tomado en año y medio y podría jurarlo delante de quien fuera.

Y en la última fila, la de abajo del todo, la del otro extremo, faltan cuatro.

Cuatro casillas vacías seguidas, con el aluminio reventado desde detrás, empujadas hacia fuera.

Me siento en el borde de la cama con la caja en la mano.

Y lo primero que pienso, lo primero, sin ningún esfuerzo, con una naturalidad que me da asco escribir, es: Álvaro.

Álvaro, que entra en esta casa. Álvaro, que duerme aquí dos noches por semana. Álvaro, que lleva un mes callado de una manera distinta a como está callado siempre, que ha propuesto un viaje que no ha propuesto nunca y que tiene el pasaporte caducado desde hace cinco años.

Me quedo con eso encima como treinta segundos y después me da tanta vergüenza que tengo que levantarme.

Vamos a hacerlo bien, aunque sea una vez.

Uno: me los he tomado y no me acuerdo. Yo, que la semana pasada descubrí que cuatro favores eran cuatro y no dos.

Dos: se los di a alguien. A mi madre en enero, cuando lo del perro. Le di uno. ¿Le di uno o le di dos?

Tres: el bolso se abrió. Yo llevo este bolso a todas partes, lo dejo en el suelo de las cafeterías, lo cuelgo del respaldo, se me ha caído dos veces.

Cuatro: hay veinticinco casillas y a lo mejor la caja no venía llena.

Esa es mentira y lo sé mientras la escribo.

Y hay una cosa que no encaja en ninguna de las cuatro y por eso es la única que importa: **el otro lado**.

Yo empiezo por arriba a la izquierda. Siempre. Si yo me hubiera tomado cuatro y no me acordara, esos cuatro estarían al lado del medio comprimido, en la segunda fila, siguiendo. No estarían al final

del blíster, en la esquina contraria, como quien coge de donde cree que no se va a notar.

A las ocho menos cuarto recojo a mi tía.

La cena dura dos horas y cuarto.

Rosa saca el conjunto verde y se lo enseña a Roser encima de la cama, y mi tía dice que es precioso y que el verde va muy bien con el pelo blanco. Rosa dice que ella el pelo se lo tiñe. Hablan de la mancha de la galería. Hablan de un cuñado de Rosa que tuvo una gotera. Se sirven vino y no se lo beben.

Nadie dice ningún nombre.

Álvaro se levanta cuatro veces: a por el pan, a por agua, a por el postre, a por hielo. Nunca está sentado más de diez minutos seguidos, y no es nerviosismo, es lo que hace él para no tener que estar. Y en un momento, mientras Rosa cuenta lo del cuñado, veo que mi tía lo mira ir hacia la cocina. Un segundo y medio. Y vuelve a la conversación.

A las once dejo a Roser en la calle Sant Joan y sube ella sola los tres pisos.

En casa, a la una menos cuarto, abro las notas del móvil y escribo:

26/08. Caja lorazepam en el fondo del bolso, no en su sitio. Faltan 4 de la última fila. Yo empiezo por la primera.

Lo leo.

Y lo borro.

Lo borro y lo sé mientras arrastro el dedo por la pantalla, con esa claridad horrible que se tiene a la una de la mañana: yo ya he hecho esto. Yo ya cogí una vez una anotación que decía una cosa incómoda y la quité del sitio donde estaba, y me dije que no estaba confirmada, y me acosté.

Lo borro igual.

CAPÍTULO 48

Cambrils

27 de agosto

A Xavi Vidal le escribo por la mañana, como me dijo, y me llama él a la hora de comer desde una obra, con un radial de fondo.

—Dígame.

—Una última cosa y no le molesto más. Aquel señor, Gabriel. ¿Le encargó algo más aparte de la sala?

—Uf. —Piensa—. A ver. Nos llamó para una cosa en el veintitrés, pero no la hicimos.

—¿Qué cosa?

—Un piso en Cambrils. Se lo había comprado y quería dejarlo apañado para volverlo a vender. Cocina, baño y pintura, cuatro semanas de trabajo. —Se ríe—. Y nosotros por entonces ya estábamos cerrando y no cogíamos nada.

—¿Se acuerda de dónde?

—En la parte de arriba, hacia el paseo, en una calle que hace esquina con un colegio. Me acuerdo del colegio porque fui a verlo un lunes a las nueve y no había manera de aparcar.

Me da la calle a la tercera, tanteando, y me dice el número de la finca porque se acuerda de que era un edificio de los años setenta con la fachada de gresite marrón.

Con eso y el visor del catastro tengo la referencia en diez minutos.

La nota simple son nueve euros con la tarjeta y llega al correo en hora y media.

Finca registral ... Registro de la Propiedad de Cambrils.

Vivienda en planta cuarta, puerta segunda. Superficie útil 71 m².

Título: compraventa. Escritura autorizada el 11 de julio de 2023 ante el notario de Reus... Comprador: Gabriel Vilaplana Sardà, soltero, mayor de edad.

Precio declarado: 132.000 €.

Cargas: libre de cargas y gravámenes.

Transmisión posterior: compraventa. Escritura de 19 de marzo de 2024. Precio declarado: 146.500 €.

Me quedo con el PDF abierto en el sofá.

Vamos con lo que dice y con lo que no dice, porque a estas alturas ya no me permito ni un metro de más.

Lo que dice: que un hombre compró un piso el 11 de julio de 2023 por ciento treinta y dos mil euros, sin hipoteca, y lo vendió el 19 de marzo de 2024 por ciento cuarenta y seis mil quinientos.

Lo que no dice: de dónde salieron esos ciento treinta y dos mil euros. Una nota simple no dice eso. Una nota simple dice quién es dueño de qué y desde cuándo, y ya está.

Un piso se compra con ahorros. Se compra con la venta de otro. Se compra con dinero de la familia. Y ocho meses es poco para revenderlo, pero no es imposible, y hay gente que compra, reforma y vende, y a eso se dedican miles de personas y no es delito.

Lo que a mí me sienta en este sofá es lo otro.

Libre de cargas.

Un hombre de treinta y siete años pagó ciento treinta y dos mil euros al contado por un piso de setenta y un metros con la fachada de gresite marrón, en julio de 2023.

Carme Rosell Piñol murió el 3 de mayo de 2023.

Y en octubre de ese año, el ayuntamiento de Riudoms le concedió a Mas Ventalló, S.L. una licencia de noventa y seis mil cuatrocientos euros para un aparcamiento y una piscina.

Y en septiembre de 2024, seis meses después de vender ese piso, la sociedad capitalizó un crédito de ochenta y cuatro mil euros a favor del mismo socio.

Por la tarde cojo el coche y voy.

Es una calle en cuesta, con el colegio cerrado por agosto y las persianas de todos los pisos bajadas. El edificio es exactamente como lo ha descrito: gresite marrón, cuatro plantas, portal de aluminio. En un balcón del segundo hay un cartel de *SE VENDE* con un teléfono.

No subo. No pregunto a nadie. No hay nada que preguntar.

Me quedo diez minutos en el coche mirando el cuarto segunda, que tiene las persianas bajadas como todos los demás y una silla de plástico en la terraza.

Y a los diez minutos me llama Álvaro.

—¿Dónde estás?

—En Cambrils.

—¿En Cambrils?

—He venido a mirar una cosa de una tienda.

Es la tercera mentira que le digo en once días y ya no me cuesta ninguna.

—Vale. —Se oye la furgoneta y una radio—. Oye, mi madre dice que si el veintiséis cenamos todos en su casa, ella y tu tía y nosotros. Para lo de la ropa y las mesas.

—¿Las dos juntas?

—Las dos juntas.

—Álvaro.

—Ya lo sé.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que sí. —Un silencio de tres segundos—. Porque me lo ha pedido cuatro veces, Irene. Cuatro.

Le digo que vale. Le digo que llevo a mi tía yo.

Cuando cuelgo, sigo diez minutos más en el coche, delante de un edificio de gresite marrón donde un hombre compró un piso al contado dos meses después de que se muriera una mujer de cuarenta y un años.

La primera reforma tiene un nombre en una nota de la memoria, en la página nueve de un documento público que cuesta doce euros. Esta también.

La piscina que no se usa para nadar y el aparcamiento con rampa que acabó con los proveedores metiéndose por el olivar tienen padre, y el padre tiene el cuarenta por ciento, y el cuarenta por ciento tiene mi teléfono desde diciembre.

Sara Cots no ha llamado.

CAPÍTULO 49

La fecha

28 de agosto

Es viernes, y los viernes tampoco son nuestros, y esta vez ha escrito él.

¿Puedes venir? No hace falta que salgamos. Me apetece estar en casa.

Es la primera vez en ocho meses que Gabriel me pide algo por escrito.

El piso está igual, con las persianas bajadas hasta el suelo y el ventilador de pie girando, y la nevera zumbando, y el olor a suavizante. Ha hecho la cena, que es una cosa que no había pasado nunca: hay pasta, hay una ensalada mal cortada y hay una botella abierta desde hace un rato.

Comemos en la mesa pequeña de la cocina.

Está distinto y no sé decir en qué. No es que hable menos. Es que se le olvida escuchar. Dos veces le digo algo y contesta a destiempo, y una de esas veces se disculpa, que tampoco lo hace nunca.

Yo llevo toda la semana con una sola pregunta y he decidido no traerla de frente, y de todas maneras me sale torcida.

—El otro día, en casa de tu madre —digo.

—¿El qué?

—La caja de zapatos.

Deja el tenedor.

—Ya.

—Te levantaste.

—Ya lo sé.

—¿Por qué?

Gabriel se echa hacia atrás en la silla y se pasa la mano por la boca.

—Porque mi madre, con esa caja, empieza por los dientes y acaba en el año que estuve fuera. —Se pasa la mano por la boca—. Y no lo dice nunca delante de nadie. Pero yo estoy esperando a que lo diga desde hace veinte años, y me canso.

—¿El año que estuviste fuera?

—Ella lo llama así.

—¿Y cuándo fue?

Y lo dice sin pensarlo y sin cambiar de tono, como quien dice una matrícula.

—Dos mil cinco.

—¿Cuántos tenías?

—Diecinueve. —Coge la copa—. Diecinueve recién cumplidos. En marzo.

—¿Y cuánto?

—Tres semanas.

—¿Tres exactas?

Ahora sí levanta la cara.

—Veinticuatro días —dice—. ¿Por qué?

—Por nada.

—Irene.

—Es que el otro día me di cuenta de que no sé nada de tu familia y me caso con tu hermano en quince días.

Y aquí está lo que hace este hombre, que ya sé cómo se llama porque me lo explicó Mireia el jueves pasado en una oficina con un calendario de rotulador, y que funciona igual sabiéndolo.

No me pregunta por lo que acabo de decir. Me pregunta por lo que he dicho antes, de pasada, hace dos minutos, y que yo ya había soltado sin darme cuenta.

—¿Y tú por qué te casas con mi hermano?

Me quedo con el vaso en la mano.

Nadie me ha hecho esa pregunta. Nadie. Ni mi madre, que estuvo un año sin nombrar la boda. Ni mi tía, que ha contado las semanas. Ni yo.

—Porque me senté a su lado.

—¿Cómo?

—El día que declaró. —Dejo el vaso—. En el pasillo del juzgado. Salió, se sentó dos sillas más allá y me preguntó dónde estaban los baños, y yo se lo dije, y me quedé allí sentada hasta que llamaron a la sala.

Gabriel no dice nada.

—Y no me levanté —digo—. Ya está. Eso es todo. Llevo siete años sin levantarme.

Sigue sin decir nada. Mira la mesa. Le da la vuelta al tenedor.

Después nos vamos a la habitación.

Y ahora la parte que tengo que escribir bien porque si la escribo mal me estaré haciendo un favor.

Yo esta noche estoy comprobando una cosa.

Estoy en la cama de un hombre al que le he hecho tres preguntas seguidas sobre una fecha, y mientras él hace lo que hace, con las persianas dejando las tres rayas de luz de siempre en la pared, yo estoy repitiendo por dentro dos mil cinco, diecinueve, veinticuatro días, para no perderlo.

Le miro la cara para ver si me está mintiendo.

Eso es lo que hago con un cuerpo esta noche. No hay otra cosa. Y no me lo voy a contar de otra manera dentro de un año.

Él está en otro sitio. Empieza y para, y se disculpa, y luego sí, y en un momento se queda quieto encima de mí con la frente en mi clavícula y me dice al oído una cosa que no entiendo, dos palabras, y no le pido que las repita.

Después se queda tumbado boca arriba con el brazo sobre los ojos.

—Quédate.

—No puedo.

—Ya.

Me visto de espaldas, como siempre. Él no se levanta.

En la puerta, cuando ya tengo el bolso, dice:

—Irene.

—Dime.

Y espera. Espera de verdad, tres o cuatro segundos, con el brazo todavía sobre la cara.

—Nada —dice—. Conduce con cuidado.

Bajo los cuatro pisos y salgo a la calle y hace la temperatura que hace a las once y media de la noche a finales de agosto en Tarragona, que es la única hora buena del día.

En el coche, antes de arrancar, me lo repito una vez más.

Dos mil cinco. Diecinueve. Veinticuatro días.

Lo he comprobado dos veces y todavía no sé para qué me sirve.

CAPÍTULO 50

Tarjetas de mesa

28 de agosto

Llego a casa a las doce y diez y no me acuesto.

Encima de la mesa del comedor está la caja de las tarjetas, que llegaron el martes de la imprenta: ciento cincuenta cartulinas crema de trescientos cincuenta gramos con relieve, las que dijo Mireia, cortadas a nueve por cinco.

Y la pluma. Tengo una pluma que era de mi abuelo y que uso tres veces al año.

Esto me gusta. Es lo único de esta boda que me gusta y no lo he dicho en voz alta porque queda cursi.

Se hace así: la lista abierta al lado, mesa por mesa, y el nombre completo en el centro de la cartulina, un poco más arriba de la mitad, porque si lo centras de verdad parece bajo. Se escribe despacio. Se deja secar. Se apila la mesa entera y se le pone una goma con un papelito que dice el número.

Empiezo por la ocho, que es la más fácil, y voy hacia atrás.

Mesa 8. Los del gremio de Álvaro. Josep Maria Ollé. Neus Batalla. Enric Padrós.

Mesa 7. Las amigas del instituto de mi madre.

Mesa 6.

Mesa 5.

Es un trabajo de una hora y media largo y es la primera cosa desde el uno de agosto que hago con las dos manos y sin pensar. La casa está en silencio. La pluma raspa un poco en el relieve de la cartulina y hay que ir despacio para que no salte.

Mesa 4. Ferran Ibars. Cristina Bové, que es su mujer. Sergi Aymerich. Montse Ferrando y su marido.

Mesa 3.

Mesa 2. Los primos.

A las dos menos veinte llego a la uno y me la había dejado para el final a propósito.

Rosa Vilaplana Bages.

Anna Ferré Bosch, que es mi madre.

Los padrinos.

Y al final, mi tía.

Roser Sarrià Ferré.

La dejo secar. Cojo la siguiente cartulina de la pila, la coloco, la sujeto con dos dedos arriba a la izquierda como se sujetan, y escribo.

Bea Sarrià Ferré.

Y sigo un segundo más allá, con la pluma levantada, antes de verlo.

Me quedo quieta.

No hay nada raro en esto y lo voy a explicar entero porque no quiero volver a leerlo dentro de un mes y darle otra cosa.

Durante veinte años, en esta familia, esos dos nombres han ido pegados. En las listas de Reyes. En las postales. En la orla de la comunión. En los sobres de las bodas de los primos, cuando Roser todavía nos apuntaba a las dos juntas porque yo tenía dieciséis años y Bea diecisiete y éramos «las niñas». Roser Sarrià Ferré, Beatriu Sarrià Ferré. Cuatrocientas veces. Se escriben solas.

Es la una y cuarenta de la madrugada, llevo hora y media escribiendo nombres a mano y vengo de la cama de un hombre al que le he hecho tres preguntas sobre una fecha para saber si me miente.

Eso es todo lo que ha pasado. Es una mano cansada terminando una serie.

Miro la cartulina.

La letra está bien. Es de las mejores de la noche, ahora que lo pienso, con el trazo limpio y sin que salte el relieve, porque la mano ya estaba caliente.

No la rompo.

Ni la tiro, ni la arrugo, ni la echo a la papelera, y no sé decir por qué. La cojo por el borde, la pongo boca abajo encima de la mesa, al lado de la caja, y le pongo la tapa de la pluma encima para que no se mueva.

Después junto la mesa uno con su goma y su papelito.

Ciento diecinueve tarjetas escritas.

Ciento dieciocho sillas.

CAPÍTULO 51

Lo que no quemó

29 de agosto

Álvaro sale de casa a las ocho menos cuarto para ir a Móra, a ver una escalera que le quieren restaurar, y me dice que vuelve sobre las dos.

A las ocho y diez abro el taller con mi llave.

No voy a decir que entro a buscar una cosa concreta, porque no la hay. Entro a registrar. Lo que hago durante las cuatro horas siguientes tiene un nombre en mi trabajo y es inspección, y se hace con un mandato y con el titular delante o con su autorización por escrito, y yo no tengo ninguna de las dos cosas y estoy en la casa del hombre con el que me caso en catorce días.

Y lo hago como lo haría en una nave quemada de Valls, porque es lo único que sé hacer.

Divido en cuatro zonas. Fotografío cada balda antes de tocarla. Devuelvo cada cosa a su sitio con la etiqueta hacia el mismo lado.

Zona uno, el banco y los cajones. Herramienta de mano, gubias, formones, un metro plegable, tres cuadernos con medidas de clientes, una libreta con nombres y cantidades de 2019 que no ha cobrado nunca.

Zona dos, la pared de la izquierda. Barnices, tintes, botes de goma laca, disolvente, un mueble de farmacia con veinte cajoncitos llenos de herrajes.

Zona tres, el altillo. Tablero, listones, un radiador viejo.

Zona cuatro, la estantería del fondo, encima del rodapié.

Y aquí es donde paro, porque la zona cuatro es la tornillería.

Álvaro tiene la tornillería en latas. Latas grandes de conserva, de las de tomate de tres kilos, catorce o quince, en dos baldas. Y cada lata lleva pegada una tira de cinta de carroceros con la medida escrita en rotulador negro con su letra de mayúsculas.

4x40. 3,5x30. 5x60. TIRAFONDOS. ARANDELAS M6.

La quinta de la balda de arriba no lleva cinta.

Es la única de las quince sin etiquetar, y está al fondo, y para llegar hay que apartar dos.

La bajo. Pesa lo que pesa una lata de tornillos.

Dentro hay tornillos de cuatro por cuarenta, los mismos que hay en la de al lado, que sí está etiquetada. Meto la mano y los aparto.

En el fondo, debajo, hay un reloj.

Es de mujer, pequeño, de acero, con la correa de piel marrón cuarteada y una hebilla que ha perdido el baño. La esfera está parada a las seis y veinte. Es un reloj de los que se llevan treinta años.

Le doy la vuelta.

En la tapa, grabado a máquina, en letras pequeñas:

C. ROSELL — 20 ANYS — 2021

Me siento en el suelo con la lata entre las rodillas.

Veinte años. En 2021. En 2023 llevaba veintidós años haciendo turnos de noche, según lo poco que sé de ella, que es lo que sé de un expediente.

Se lo dieron en su trabajo, en un pasillo, delante de doce personas, con un aplauso y una tarta comprada, y ella diría que no hacía falta.

Y está aquí, en una lata sin etiqueta, en el fondo, debajo de tornillos de cuatro por cuarenta, en el taller del hombre que me trajo el otro día un cofre de nogal hecho a mano para que la gente eche los sobres el día de mi boda.

No lo toco más. Lo dejo caer otra vez sobre los tornillos, meto la lata en el bolso —cabe justa, tengo que sacar el neceser— y me quedo sentada en el suelo con el bolso en el regazo.

Son las doce y cinco.

A las doce y veinte oigo la furgoneta.

Entra por la puerta grande con la carpeta de las medidas en la mano y me ve ahí sentada, en el suelo, contra la estantería, con el bolso abrazado y dos latas descolocadas encima del banco.

Se para en el umbral.

No dice qué haces. No dice qué es eso. No pregunta.

Mira las latas del banco. Mira el hueco de la balda de arriba. Mira el bolso.

Y baja la carpeta.

Yo me levanto, y me tengo que apoyar en el banco porque llevo cuatro horas de rodillas y de pie, y voy hacia la puerta.

Para salir tengo que pasar por delante de él, porque la puerta es la que es y él está en medio.

Se aparta.

CAPÍTULO 52

Lo que hizo en enero de 2024

29 de agosto

Nos sentamos en el patio, en las dos sillas de siempre, con el hule y el sol dando ya de lado.

Pongo la lata encima de la mesa.

—Cuéntamelo.

Álvaro mira la lata.

—Enero del veinticuatro —dice.

Y me lo cuenta entero, sin que le tenga que sacar nada, y tarda once minutos, y no adorna ni una sola frase.

Que en diciembre su hermano le comentó, de pasada, en una comida en casa de su madre, que los del seguro andaban preguntando otra vez por lo de Prades. Que él no sabía qué era lo de Prades y no preguntó.

Que el diez o el once de enero, a las once de la noche, Gabriel se presentó en Riudoms con una bolsa de deporte azul y se la dejó en la entrada del taller.

—¿Qué te dijo?

—«Quémame esto.»

—¿Y tú?

—Dije vale.

Que él quema virutas y recortes en un bidón del corral desde siempre, porque lo demás no cabe en el contenedor.

Que sacó la bolsa al corral, prendió con papel y viruta, y fue echando.

Que dentro había ropa. Un jersey de mujer, unos pantalones, una camiseta interior, unas zapatillas de esas de andar por casa, un chal o una manta pequeña, no sabe.

—¿No miraste antes?

—No.

—¿Ni un poco?

—Irene, yo cogí la bolsa y la vacié en el fuego. —Se mira las manos—. Yo eso lo he hecho toda la vida con cosas de mi hermano. Desde los ocho años.

Que cuando la bolsa ya estaba vacía y la iba a echar también, notó peso en el bolsillo lateral, el de la cremallera.

Y que ahí dentro había un móvil de teclas con un cargador enrollado con una goma, y un reloj de mujer.

—¿Y qué hiciste?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Que me quedé ahí. —Levanta la cara—. Con el fuego ya hecho. Media hora o así.

Que después se metió en casa con las dos cosas y estuvo tres días sin encender el móvil.

Que al cuarto día lo encendió.

—Cuatro contactos —dice—. Con letras y números. Y ya está. Ni mensajes ni llamadas ni nada.

—¿Y llamaste?

—Llamé a los cuatro.

Me quedo muy quieta.

—Los tres primeros no existían. Salía la locución. —Traga—. El cuarto lo cogieron.

—¿Y?

—Y era ella.

—¿Quién.

—La de la finca. —Y lo dice sin ningún énfasis, como se dice el nombre de una calle—. La conocía de oírla en una feria de bodas en Reus, que estuve dos horas allí con un compañero. Dijo «¿sí?» dos veces.

—¿Y tú qué dijiste?

—Colgué.

—¿Y ella?

—Me llamó cuatro veces esa noche. Y al día siguiente. Y ya no lo volví a encender.

Se echa hacia atrás.

—¿Y por qué no fuiste a la Guardia Civil?

Y ahora sí me mira de frente, y esto es lo que quiero dejar escrito exactamente como lo dijo, porque no se defendió.

—Porque yo quemé la ropa de una mujer muerta.

—Te engañaron.

—No me engañaron. —Niega con la cabeza, despacio—. Me lo pidió y yo dije vale y no pregunté, que es lo que llevo haciendo cuarenta y tres años. Eso no es que me engañaran, Irene. Eso es lo que soy yo.

—Álvaro.

—Yo entro ahí, cuento esto y a mí me empapelan. —Se encoge de hombros—. Y con razón. Yo destruí eso. Yo, con mis manos, en mi corral. En enero, con la bolsa delante y media hora para pensarlo.

Miro el reloj dentro de la lata.

—¿Y esto por qué lo guardaste?

Tarda mucho.

—Porque tenía un nombre —dice.

Se levanta, recoge los dos vasos y no se los lleva a ningún sitio, se queda de pie con ellos en la mano.

—Dos años —dice—. Dos años sabiendo que hay una lista de mujeres en un cajón de mi casa y sin poder abrir la boca sin ir yo detrás.

Y entonces lo dice.

—Por eso te traje aquí.

CAPÍTULO 53

La trampa era la boda

30 de agosto

No duermo en Riudoms. Duermo en mi casa y no duermo.

El domingo a las nueve de la mañana estoy otra vez en el patio, con la lata todavía en el bolso, y él ha hecho café para los dos y no se ha sentado.

—Explícame lo de ayer.

—¿El qué?

—Lo último que dijiste.

Álvaro deja la taza.

—La finca la elegí yo.

—Eso ya lo sé.

—La elegí en septiembre y la reservé yo solo y te la enseñé tres semanas después como si fuera una entre tres. —Lo dice de corrido, como quien ha ensayado esto muchas veces en la furgoneta—. Y la fecha también la puse yo, porque quería que fuera en septiembre y no en mayo.

—¿Por qué en septiembre?

—Porque en septiembre están montando y desmontando todo el rato y hay gente entrando y saliendo. En mayo aquello está vacío.

Me quedo con la taza en la mano.

—¿Y el teléfono?

—El teléfono lo puse detrás del rodapié en marzo del año pasado.

—Marzo.

—Sí.

—¿Y cuándo pensabas que lo encontrara?

Y aquí se le rompe algo por dentro que no se le nota por fuera, porque a este hombre no se le nota nada por fuera.

—Yo no pensaba nada —dice—. Yo lo dejé ahí y aflojé el rodapié un poco, y luego un poco más, y cada dos meses lo aflojaba otro poco. Y te mandaba a buscar cosas al taller. Los cables de las luces. La caja de las fotos de mi padre. Las alianzas.

—Cinco veces.

—Seis. —Se pasa la mano por la nuca—. Y no ibas nunca al fondo. Cogías lo tuyo y te salías.

—Y el uno de agosto sí.

—Y el uno de agosto sí.

Me levanto. Doy dos pasos hasta la pared del patio y me giro.

—¿Y por qué no me lo diste?

—¿Cómo?

—Que por qué no cogiste el aparato, me lo pusiste en la mano y me dijiste: Irene, mira esto. —Y ahora sí me sale la voz de otra manera—. Que llevamos cinco años. Que duermes en mi casa. Que me estás haciendo un cofre a mano para los sobres.

Álvaro no contesta enseguida.

—Porque entonces lo tenías que hacer por mí —dice.

—¿Y qué?

—Que si lo haces por mí, lo dejas cuando te canses de mí. —Levanta la cara—. Y si lo encuentras tú, ya no lo puedes soltar. Yo te conozco, Irene. Tú una cosa así no la sueltas.

Nos quedamos los dos callados. En el corral hay un bidón negro con la boca oxidada y no lo había mirado nunca.

—¿Y la boda?

—¿Qué pasa con la boda?

—Que si la boda es esto.

Y aquí es donde tiene la oportunidad de mentirme, y sería facilísimo, y no lo hace.

—La boda es esto —dice—. Y la boda es la boda.

—Eso no significa nada.

—Sí que significa. —Se levanta por fin—. Yo te llevé a esa finca porque necesitaba que entraras ahí con un motivo, y necesitaba que estuvieras seis semanas metida en esa casa haciendo preguntas que ahí dentro nadie puede contestar mal. Eso es verdad y lo hice a propósito y llevo un año haciéndolo.

—Vale.

—Y me caso contigo porque me quiero casar contigo.

—Álvaro.

—Las dos cosas —dice—. No hay una que tape a la otra. Yo he hecho las dos.

Me quedo mirándolo.

Y le hago la pregunta que llevo desde ayer sin hacer, y me sale con una voz que no reconozco, muy pequeña, casi administrativa.

—¿Tú me quieres?

—Sí.

No dice nada más. No dice claro que sí, ni cómo puedes preguntarme eso, ni ninguna de las cosas que dice la gente. Dice sí, y se queda ahí de pie con los dos vasos de ayer todavía sin lavar en la encimera de fuera.

Y yo le creo.

Ese es el problema. Que llevo cuatro días esperando pillarlo en una mentira y este hombre no me ha dicho una mentira en cinco años y no me la ha dicho hoy tampoco, y me habría dolido menos.

Hay una pregunta más que podría hacer ahora. La tengo entera, colocada, con las palabras puestas: *¿tú sabes lo de tu hermano y yo?*

No la hago.

Y eso también lo apunto, porque a estas alturas ya sé perfectamente lo que soy.

CAPÍTULO 54

El extracto de Nàdia

30 de agosto

A las once de la noche del domingo estoy sentada en el sofá de mi casa con el móvil corporativo en la mano.

Voy a escribir exactamente lo que hago y lo que sé mientras lo hago, porque dentro de unos meses alguien va a leer esto de otra manera y quiero que conste que yo lo sabía todo.

Sé que los expedientes de reclamación de productos de protección de pagos los lleva la unidad de Barcelona.

Sé que yo no tengo ninguno asignado, que no hay causa, que no hay orden de nadie y que no voy a poder inventarme una después.

Sé que cada pulsación queda con mi usuario, la fecha, la hora, la operación y el terminal, y sé que en el último trimestre un técnico va a normalizar todo eso y va a volcarlo en la misma herramienta que uso yo para pillar a los demás.

Y sé el nombre de lo que voy a hacer, que es acceso no autorizado a datos reservados de terceros, y sé que lo que voy a hacer después, que es sacarlos de ahí, tiene otro nombre y es peor.

Son las 23:04.

Entro.

COTS BERTRAN, NÀDIA — Expediente 2021/... — Ramo: protección de operaciones — Estado: cerrado, desestimado.

Reclamación presentada el 6 de septiembre de 2021 por Sara Cots Bertran, en calidad de heredera. Póliza colectiva asociada a la cuenta. Comunicación de desestimación de 19 de noviembre de 2021.

Y en documentación aportada, el archivo que llevo cinco días imaginando.

Certificación de la entidad. Movimientos de la cuenta ... Titular: Nàdia Cots Bertran.

Apertura: 9 de marzo de 2021. Contratación a distancia.

22/06/2021. Abono. 210.000,00 €. Concepto: transferencia procedente de notaría — compraventa.

28/06/2021. Adeudo. 84.000,00 €. Transferencia ordenada. Medio de autorización: clave de firma + código SMS.

30/06/2021. Adeudo. 76.000,00 €. Transferencia ordenada. Medio de autorización: clave de firma + código SMS.

05/07/2021. Adeudo. 49.800,00 €. Transferencia ordenada. Medio de autorización: clave de firma + código SMS.

Saldo a 12/07/2021: 200,00 €.

Los beneficiarios aparecen como tres IBAN y tres nombres cortados a la mitad, porque la certificación que pidió la compañía no era para saber adónde iba el dinero. Era para saber quién lo mandaba.

Y al lado de cada uno de los tres adeudos, en una columna estrecha que se llama *teléfono de verificación*, hay nueve cifras.

Son las de N-02.

La línea que se duplicó en una tienda el martes 16 de marzo de 2021, siete días después de que se abriera esta cuenta.

Y en la carta de desestimación, en el párrafo tercero, está la frase por la que Sara Cots lleva cinco años pensando que su hermana se murió enfadada con ella:

...al constar que las operaciones fueron ordenadas desde el acceso personal de la titular, mediante sus claves y con verificación por el medio designado por ella, no cabe apreciar utilización fraudulenta por tercero...

Es correcto.

Eso es lo que más me cuesta escribir. Esa carta la firmó alguien que hizo su trabajo bien. Yo la habría firmado igual. Yo la he firmado igual doce veces.

A las 23:19 abro el segundo.

ROSELL PIÑOL, CARME. El de la casa de Prades. La peritación de la instalación, el informe de industria, el acuerdo transaccional de 2024 con el hermano. No hay ninguna cuenta y no hay ningún banco. Lo leo entero y lo cierro.

Y ahora lo de sacarlo.

No lo descargo. No me lo mando por correo. No hay ninguna manera de sacar un archivo de ahí que no deje un rastro diez veces más grande que el de mirarlo.

Lo que hago es coger mi móvil personal con la mano izquierda y fotografiar la pantalla del corporativo, hoja a hoja, con el brillo bajado para que no reviente el blanco.

Cuarenta y una fotos.

Salen torcidas y con el reflejo de la lámpara del salón en la esquina de arriba. En dos se ve mi pulgar.

Las meto en un álbum nuevo y le pongo el nombre de *cocina*, que es lo más idiota que se me ocurre a las once y media de la noche, y me quedo un rato con el teléfono personal en una mano y el corporativo en la otra.

Cierro sesión.

Y luego, porque soy quien soy, abro la traza y miro lo que acabo de dejar escrito.

I.SARRIA — 30/08/2026 23:04 — consulta I.SARRIA — 30/08/2026 23:07 — consulta documental I.SARRIA — 30/08/2026 23:19 — consulta I.SARRIA — 30/08/2026 23:26 — consulta documental

Cuatro líneas.

Las de julio no sé si son mías.

Estas cuatro sí.

CAPÍTULO 55

Cómo se roba con permiso

31 de agosto

Sara Cots me llama el lunes a las siete y media de la tarde, cuando ya no la esperaba.

—Soy yo. La hermana.

—Sí.

—He estado pensando cuatro días y no he llegado a ninguna parte, o sea que le voy a preguntar una cosa y según lo que me diga cuelgo.

—Dígame.

—¿Usted por qué sabe lo de la cuenta de marzo?

Le podría mentir. Tengo tres mentiras montadas y buenas.

—Porque anoche entré en el expediente de la reclamación que ustedes presentaron y no debía —digo—. No estaba asignado a mí y no tenía permiso. Lo hice a las once de la noche desde mi casa.

Silencio.

—¿Y me lo dice así?

—Se lo digo así porque si le miento ahora, luego usted se entera y ya no me cree nada.

Otro silencio, más corto.

—Pregúnteme lo que quiera —dice.

Y entonces le pregunto lo único que no está en ningún papel.

—¿Su hermana le contó alguna vez cómo abrió esa cuenta?

—Sí. —Sin dudarlo—. En junio, antes de la bronca. Un domingo comiendo.

—¿Qué le dijo?

—Que era un banco de internet y que se lo habían montado en una cafetería. —Y aquí se le nota que lo tiene grabado—. Eso me hizo gracia a mí, ¿sabe? Que fuera en una cafetería. Y ella me dijo que sí, que en la Rambla, y que el hombre le llevó una tablet porque en el móvil no se veía bien y hay que leerlo todo.

—Una tablet.

—Sí. Y que se lo dibujó en una servilleta o en un papel, con un boli, todo, con flechas. Que ella dijo que no entendía nada y él le dijo que hasta que no lo entendiera no firmaba.

Cierro los ojos.

—¿Y ella qué decía de eso?

—Que estaba tranquila. —Se le va la voz un momento—. Eso es lo que decía. Tranquila. Que ya lo tenía en su sitio y que ya podía casarse tranquila.

Después de colgar me quedo de pie en la cocina con el móvil en la mano.

Y ya no hace falta reconstruir nada, porque cabe en un renglón: **abrieron la cuenta con el aparato de él, le duplicaron la tarjeta siete días después, y luego el dinero lo sacó ella con su clave y con unos mensajes que no leyó nunca.**

Cada operación autorizada. Cada línea firmada. No hay un solo movimiento en ese extracto que no ordenara Nàdia Cots.

Por eso la reclamación se desestimó en tres meses y por eso su familia se pasó cinco años creyendo que se había ido con el dinero.

Y por eso hay que matarlas.

Eso es lo que estoy pensando de pie en mi cocina un lunes de agosto con la nevera zumbando, y lo escribo tal cual.

No hay que matarlas para robarles. El robo ya está hecho y está hecho limpio, con su consentimiento, con su clave y con su nombre en cada línea.

Hay que matarlas porque hay una semana, una sola, entre el momento en que una mujer abre la aplicación y ve un saldo de doscientos euros y el momento en que esa mujer se sienta delante de alguien y dice un nombre.

Viva, es la única persona del mundo que puede señalar a un hombre en una cafetería de la Rambla con una tablet.

Muerta, es una mujer que se largó con su dinero.

Bea abrió la cuenta en marzo. La duplicaron el veintiséis de junio. El catorce de agosto llamó doce veces y se plantó en Riudoms a las once y cuarto de la noche.

Nàdia abrió la cuenta en marzo. La duplicaron el dieciséis. Miró el saldo en julio.

Murieron a los pocos días de mirar.

Las dos.

Y de Carme Rosell todavía no sé cuándo miró.

. . .

*Nota de voz. Nàdia Cots a Sara Cots. 1 de julio de 2021, 23:38.
Duración: 1 min 09 s. Sin respuesta.*

«Sara.

Ya sé que no me vas a contestar y no pasa nada, ¿eh, que lo entiendo, que estuve fatal el domingo y os hablé fatal a las dos.

Perdona. Perdóname tú, que mamá ya me perdonará cuando le dé la gana.

Solo te quiero decir una cosa y ya me callo. Que lo del dinero está bien. Que no me lo he gastado, ni se lo he dado a nadie, ni soy tonta. Lo he movido yo, ¿vale? Yo, con mis claves, sentada en mi sofá, un lunes por la noche, mirándolo en la pantalla. Nadie me ha tocado nada.

Está donde tiene que estar hasta después de la boda y luego ya se verá, y si dentro de un año resulta que era una tontería, pues habrá sido una tontería mía y me la como yo.

Es que yo lo único que quería era llegar al treinta y uno sin tener esto encima. Y ya está. Y ahora estoy tranquila, Sara. Llevo dos años sin estar tranquila y ahora estoy tranquila.

Dile a mamá que el jueves voy a comer si me deja.

Y que lo de las sillas al final no lo pago, que se sienten en el suelo.

Perdona, ya paro. Que son las once y media y tú mañana madrugas.

Un beso, guapa. Te quiero.»

CAPÍTULO 56

Rosa

31 de agosto

A las nueve y media de la noche Álvaro me escribe que si puedo pasarme por casa de su madre, que ha llamado tres veces.

Rosa quiere darnos un sobre.

Es eso: un sobre blanco de los de carta, con dinero dentro, que lleva guardado desde marzo y que no quiere darnos el día doce porque el día doce hay mucha gente y se pierden las cosas. Álvaro le dice que no. Ella le dice que sí. Se lo dice tres veces y él lo coge y se lo mete en el bolsillo del pantalón sin contarle, y ella se queda tranquila.

Después saca las cerezas en almíbar que hizo en junio y nos sentamos.

Y a los diez minutos, sin que nadie le diga nada, se levanta y va al armario.

—Espera, que os enseñe una cosa.

—Mamá.

—Que es un momento.

Vuelve con la caja de zapatos.

Es la misma escena que el cinco de agosto y no lo es, porque esta vez no está Gabriel, y esta vez Rosa se sienta con las piernas cruzadas en el sofá como una niña y se lo pasa bien.

Saca las dos radiografías panorámicas y las levanta contra la lámpara.

—Los dientes.

—Ya me las enseñaste.

—Sí, pero no te dije cuál era cuál.

—Me dijiste que lo adivinara.

—Y no lo adivinaste. —Señala la de la izquierda—. Este es Álvaro. Se le ve porque tiene el hueso más cuadrado. Y este el pequeño, que tenía los colmillos muy arriba y hubo que ponerle aparato dos años.

Van saliendo cosas. Un boletín de cuarto con un notable en todo y una observación de la maestra. Una foto de comunión con un niño de brazos cruzados. Un rosario. Un carné de la biblioteca de 1994. Un sobre de una clínica dental con tres radiografías pequeñas más.

Rosa habla y habla, y esta noche eso es lo mejor que le puede pasar a esta casa.

Y en algún momento, mientras ella me está explicando lo del aparato de los dientes, veo que Álvaro mete la mano en la caja.

No revuelve. Va al fondo, por debajo de las fotos, con dos dedos, como quien sabe dónde está una cosa porque la ha visto muchas veces y nunca la ha sacado.

Y saca un papel doblado en cuatro.

Está amarilleado por el doblez. Es un folio.

Lo abre encima de la rodilla y me lo pasa sin decir nada, y en la otra punta del sofá su madre sigue con los colmillos.

Yo lo leo con la caja de cerezas al lado.

Es un informe de alta. Membrete, número de historia, dos fechas y una firma con un sello redondo.

Álvaro no me mira mientras lo leo. Mira a su madre.

—¿Y tú? —dice Rosa de repente—. ¿Tú tuviste aparato?

—Yo no.

—Se te nota. Tienes buenos dientes.

—Gracias, Rosa.

—Eso es de familia. Eso o lo tienes o no lo tienes.

Me levanto y digo que voy al baño.

En el baño de Rosa hay una alfombrilla azul y un armario con un espejo y un jabón con forma de concha que no ha usado nadie en la historia de este piso.

Extiendo el folio encima de la tapa del váter, con el papel bien plano, y hago cuatro fotos con el móvil. Una entera, una de la cabecera con las fechas, una del cuerpo y una del sello y la firma.

Compruebo que se leen. Se leen.

Vuelvo al salón y le devuelvo el papel a Álvaro y él lo dobla en cuatro por los mismos dobleces y lo mete otra vez en el fondo de la caja, debajo de las fotos.

Rosa está guardando las radiografías.

—Un día tengo que ordenar todo esto —dice.

Nos vamos a las once y cuarto. En el rellano me da un táper con cerezas y me dice que se las devuelva, el táper, no las cerezas.

En la calle, antes de subir a los coches, Álvaro se para.

—No sé para qué te sirve —dice.

—Yo tampoco.

—Ya. —Se mete las manos en los bolsillos y toca el sobre de su madre y se acuerda de que lo lleva ahí—. Pues es lo único que me quedaba.

. . .

*Fragmento. Informe de alta hospitalaria. Servicio de Psiquiatría.
Unidad de hospitalización de agudos.*

*Paciente: Vilaplana Sardà, Gabriel. Fecha de nacimiento:
14/02/1986. NHC: 0...*

*Fecha de ingreso: 19/04/2005. Fecha de alta: 13/05/2005. Estancia:
24 días.*

*Motivo de ingreso: ingreso urgente tras episodio autolítico. Ingreso
involuntario autorizado por familiar responsable (madre).*

*Evolución: favorable durante la estancia. Buena tolerancia al
tratamiento pautado. Sin incidencias en los últimos catorce días de
ingreso.*

*Al alta: paciente consciente, orientado y colaborador. Acompañado
por familiares.*

*Recomendaciones: continuar tratamiento según pauta. Control
ambulatorio en el centro de salud mental de referencia. Primera
visita concertada para el 27/05/2005.*

Firmado: Dr. ..., médico adjunto. Sello del servicio.

CAPÍTULO 57

¿Me elegiste por esto?

31 de agosto

Le escribo desde el coche, parada en la calle de Rosa, a las once y veinte.

Estoy en Riudoms. ¿Puedes bajar en media hora?

Sí.

Aparco en la calle de detrás de su casa, la de siempre, donde he aparcado ocho meses.

No subo.

Baja a las doce menos cinco en camiseta y chancas, se mete en el coche por el lado del copiloto y cierra la puerta, y es rarísimo tenerlo aquí, con el salpicadero y el catálogo de proveedores en el asiento de atrás.

—¿Pasa algo?

—Quiero preguntarte una cosa y quiero que me la contestes rápido.

—Vale.

—¿Me elegiste por esto?

Gabriel mira al frente, a la persiana bajada de un local.

—Sí.

Ya está. Sin pausa, sin pedir que le aclare qué quiero decir, sin esa cosa que hace de devolverte la pregunta.

—¿Por qué?

—Por tres cosas. —Sigue mirando al frente—. Por dónde trabajas, por quién era tu prima y porque llevo ocho años esperando que alguien abriera aquel expediente.

—¿Cómo supiste dónde trabajaba?

—Por el papel de la finca.

—El formulario.

—El formulario. —Se pasa la mano por la boca—. Mireia los guarda todos. Yo los miro cuando me pasa alguno. Y en octubre me pasó el tuyo porque decía que había una pareja con una situación rara, él autónomo sin declarar bien y ella con un piso, y que a lo mejor os interesaba algo.

—Y ahí ponía «investigadora de siniestros».

—Con tu letra.

Me quedo con las manos en el volante aunque el coche está parado y apagado.

—Yo aquel día me quedé blanco —dice—. Y no por lo que te crees. Yo llevaba desde 2018 esperando una carta, una llamada, algo. Y no llegó nunca. Ocho años. Y de repente resulta que la prima de Bea se casa con mi hermano en mi finca y trabaja en la compañía que llevó aquello.

—Y decidiste acercarte.

—Decidí saber cuánto sabías.

Es tan sencillo que casi me da la risa.

—¿Y qué averiguaste?

—Que no sabías nada. —Ahora sí me mira—. Eso lo supe en la segunda semana. En enero.

—¿Y por qué no paraste?

Y ahí es donde este hombre, por primera vez en ocho meses, se queda sin la frase.

Tarda mucho. Se frota la cara con las dos manos.

—Porque me pasa —dice.

—¿Qué te pasa?

—Que me pasa esto. —Se le va la voz a un sitio raro—. Que empiezo por un lado y acabo en otro. Que ya me ha pasado y las dos veces acabó mal, y las dos veces me dije que era la última, y las dos veces...

Se para.

—¿Las dos veces qué, Gabriel?

Silencio.

—No me preguntes eso aquí.

—Aquí es donde estamos.

—Irene.

—Dilo.

—Que no. —Y por primera vez le sale la voz alta, y en el coche suena enorme—. Que no te lo voy a decir en tu coche en la calle de mi casa. Que no te lo voy a decir y punto.

Nos quedamos los dos respirando.

Fuera pasa un chico en patinete por la acera de enfrente.

—Vale —digo.

—Vale.

—Entonces contéstame otra cosa. Si me elegiste en octubre por lo que sabía, ¿qué era lo de después?

—Lo de después era lo de después.

—Eso no significa nada.

—Sí que significa. —Y se gira entero hacia mí, con la espalda contra la puerta—. Mira, yo empecé esto para saber una cosa. Y lo supe. Y podía haber parado en enero, y no paré, y desde enero no he sacado ni una sola cosa de ti. Ni una. Ni un dato, ni un favor que sirviera para nada, ni un euro. Piénsalo. Piénsalo bien y dime qué te he pedido yo desde enero.

Lo pienso.

Cuatro consultas. Un parte de agua. Un Golf. Una nave. Y una que ofrecí yo.

Todas de antes de marzo. Todas pequeñas. Todas inútiles.

—Nada —digo.

—Nada.

—Eso no te limpia.

—Ya lo sé.

—Tú me elegiste mirando un papel donde yo había escrito de mi puño y letra dónde trabajo y cuánto tengo en el banco.

—Sí.

—Y luego te enamoraste, o lo que sea que hagas tú, y eso también es verdad.

—Sí.

—Pues las dos cosas son verdad y una no tapa a la otra.

Gabriel se queda muy quieto.

—Eso lo has dicho igual que él —dice.

—¿Igual que quién?

—Nada.

Abre la puerta y sale, y antes de cerrarla se agacha y se apoya en el marco.

—¿Qué vas a hacer? —dice.

Y esta vez la que no contesta soy yo.

Se queda dos segundos esperando, con la mano en la puerta, igual que el viernes se quedó esperando con el brazo sobre los ojos.

Cierra.

CAPÍTULO 58

La próxima culpable

1 de septiembre

El martes por la mañana, en la oficina, hago dos cosas seguidas y ninguna me lleva más de veinte minutos, y entre las dos se me da la vuelta la novela entera.

La primera está en el PDF de doce euros que ya tengo. Vuelvo a la memoria de 2024, al apartado que la semana pasada leí por encima porque iba a los fondos propios.

Nota 13. Otra información.

Los socios han suscrito un pacto que regula la transmisión de participaciones en caso de fallecimiento, estableciendo la obligación del socio superviviente de adquirir a los herederos la totalidad de la participación del fallecido por el valor fijado en el propio pacto. A tal fin, cada uno de los socios ha suscrito y satisface individualmente un seguro de vida sobre su propia persona a favor del otro socio.

Deudas con entidades de crédito: 300.000 €, con vencimiento en 2032, garantizadas mediante afianzamiento personal de la socia mayoritaria.

La segunda es entrar en el maestro de pólizas de mi propia compañía y escribir un nombre.

Salen dos.

Póliza 4471-VL. Seguro de vida individual. Tomador y asegurado: VILAPLANA SARDÀ, GABRIEL. Beneficiario designado expresamente: BOSCH BLANCH, MIREIA. Capital garantizado por fallecimiento: 400.000 €. Fecha de efecto: 01/03/2026.

Póliza 4472-VL. Tomadora y asegurada: BOSCH BLANCH, MIREIA. Beneficiario: VILAPLANA SARDÀ, GABRIEL. Capital: 400.000 €. Fecha

de efecto: 01/03/2026.

Recíprocas. Simétricas. Perfectas. Las hace cualquier corredor de esta provincia doce veces al año y son la cosa más aburrida del mundo.

Ferran pasa por detrás con un café.

—¿Qué miras?

—Una vida de socios.

—Qué asco dan las vidas de socios.

—Sí.

Se va.

Y yo me quedo con las dos pantallas abiertas, la del registro y la del maestro, y hago la única operación que sé hacer, que es preguntarme quién gana.

Si se muere Mireia, cobra Gabriel cuatrocientos mil y le compra el sesenta por ciento a la familia de ella, y se queda la finca entera.

Si se muere Gabriel, cobra Mireia cuatrocientos mil y le compra el cuarenta por ciento a los herederos de él, y se queda la finca entera.

Simétrico.

Y ahora lo que no es simétrico.

Mireia Bosch tiene trescientos mil euros de préstamo afianzados con su patrimonio personal. Si esto se rompe, si la finca cierra dos meses, si sale una línea en el diario comarcal, ella responde con su casa.

Gabriel Vilaplana no ha afianzado nada. Gabriel Vilaplana tiene el cuarenta por ciento metido dentro de una sociedad que no controla y del que no puede sacar un euro sin la firma de ella.

Y Gabriel Vilaplana, anoche, a las doce menos cinco, en mi coche, se puso a hablar de las dos veces anteriores y no pudo terminar la frase.

Me levanto y voy al baño y me lavo las manos y vuelvo.

Llevo un mes preguntándome por qué no me ha pasado nada.

Llevo un mes con un teléfono de una mujer muerta en mi casa, llamando a gente, apareciendo en Prades, apareciendo en la balsa un sábado por la mañana, pidiendo licencias, entrando en

expedientes que no son míos. He hablado con Mireia cinco veces desde el uno de agosto. Le he puesto el aparato delante. Le he dicho el nombre de Nàdia Cots a la cara.

Y no me ha pasado absolutamente nada.

Al contrario. Me han quitado ciento sesenta y ocho euros de la floristería, me han sentado a mi tía junto a la puerta sin escalón, me han sujetado el bolso dos horas en un probador y me han dicho que coma.

Y eso, hasta esta mañana, yo me lo estaba explicando como que no sospechan.

No es eso.

Una mujer que se ha llevado por delante a tres personas no lleva cinco semanas dejando que la investiguen porque no se ha enterado. Se ha enterado desde el uno de agosto, desde que descolgué el teléfono y ella me llamó por mi nombre sin que yo se lo dijera.

Si me quisieran muerta, estaría muerta. Ha habido cuatro semanas y una balsa a ciento seis pasos.

Me quieren viva.

Y a mí me cuesta cuarenta segundos entender para qué sirve viva una mujer que tiene siete accesos sin causa a tres expedientes, ocho meses de mensajes con un hombre, una relación que nadie sabe y una boda pagada en el sitio donde ese hombre es socio.

No soy la próxima novia.

Soy la coartada.

CAPÍTULO 59

El depósito

1 de septiembre

A Nuria Sedó la llamo a las diez y media y le digo tres frases por teléfono. Me dice que vaya a las cinco y que traiga todo lo que tenga y que no coma antes, que vamos a estar rato.

Llego con una carpeta y con el móvil.

Y empiezo por el nombre, que es lo que me pidió la otra vez.

Le doy los cuatro. Le doy la finca. Le doy las fechas. Le pongo encima de la mesa las capturas del registro, la nota simple de Cambrils, los dos acuerdos de junta del ayuntamiento de Riudoms, las dos pólizas, el pacto de socios, el informe de 2005, las cuarenta y una fotos torcidas de una pantalla hechas con el brillo bajado.

Y le digo lo del uno de agosto, y lo del rodapié, y lo de Sílvia Prats en una gasolinera, y lo de las tres y doce de la madrugada del veintiuno de agosto de 2018.

Tarda dos horas y diez minutos. Escribe todo el rato.

Cuando termino saco la lata de conserva del bolso y la pongo encima de la mesa.

—¿Qué es eso?

—Un reloj de Carme Rosell. Estaba en el taller de mi novio.

Nuria mira la lata como si le hubiera puesto un animal delante.

—Eso de aquí te lo llevas ahora mismo.

—¿No lo guardas?

—No. Ni lo abro. —Aparta la silla dos centímetros—. Escúchame bien: ese objeto ya lo has movido tú una vez y eso ya no tiene arreglo. Lo que no vas a hacer es moverlo dos. Lo dejas donde puedas decir exactamente dónde está, no lo tocas más, y cuando llegue el momento tú vas a tener que contar quién lo cogió, de dónde y a qué hora, y va a ser una conversación fea.

—Vale.

—Y ahora la parte que no te va a gustar.

Deja el bolígrafo.

—Con lo que me has traído, mi consejo profesional es que mañana por la mañana estés en el cuartel de la Guardia Civil de Reus.

—No.

—Te lo estoy diciendo como abogada.

—Y yo te estoy diciendo que no.

—¿Por qué?

Y se lo digo entero, porque para eso he venido: porque Sílvia Prats pierde el trabajo el mismo día, porque Álvaro entra en ese cuartel y no sale, porque en cuanto se abre esto los primeros siete accesos son míos y de nadie más, y porque el doce de septiembre hay ciento dieciocho personas y una mujer de setenta y un años que ha dicho que sí.

Nuria me escucha sin interrumpir.

—Vale —dice—. Pues entonces lo dejamos por escrito.

Coge un folio y escribe cuatro líneas a mano: que en el día de la fecha ha recomendado a la clienta la interposición inmediata de denuncia y que la clienta ha decidido no hacerlo. Me lo pone delante.

—Firma.

Firmo.

—Bien. —Se guarda el folio en la carpeta—. Ahora hablamos de cómo no te matan.

Lo monta en cuarenta minutos y es esto.

Un solo archivo con todo, ordenado, fechado, con un índice.

El archivo empieza por mí. Empieza por lo que hice el veintiuno de agosto de 2018 a las tres y doce, con la hora y la operación y el motivo, escrito por mí en primera persona. Y sigue con lo del domingo pasado a las 23:04, con las cuatro líneas de traza copiadas tal cual.

—¿Eso tiene que ir?

—Eso va primero. —Ni levanta la vista—. Un dossier que empieza acusando a los demás es un dossier de una interesada. Uno que empieza acusándose a sí misma se lee entero.

Después, acta notarial. Vamos andando a una notaría de la calle Llovera a las siete menos cuarto, porque Nuria ha llamado antes y ha pedido un favor. No se deposita el contenido: se deposita el archivo y su huella digital, esa cadena de caracteres que cambia si tocas una coma. Queda la fecha, queda la hora y queda que ese archivo, exactamente ese, existía hoy a las 19:12 del uno de septiembre de 2026.

La copia utilizable se la queda ella.

Y las instrucciones.

—Cada lunes me escribes —dice, ya en la calle—. Un mensaje. No hace falta que digas nada, con que pongas «lunes» me vale. Si un lunes no me escribes, yo espero hasta el martes a mediodía y entrego: cuartel de Reus y dirección de tu compañía, las dos cosas a la vez.

—Vale.

—Y ahora la doble lectura, que te la digo yo antes de que te la diga otro. —Se para en la acera—. Esto que acabamos de hacer sirve para dos cosas. Sirve para que a ti no te convenga a nadie matarte, porque muerta se abre todo automáticamente en cuarenta y ocho horas. Y sirve para que, si un día alguien te acusa de algo, tú puedas demostrar que el uno de septiembre ya sabías todo esto y ya lo habías puesto por escrito.

—Eso es bueno.

—Eso es bueno y es malo. Porque también se puede leer al revés.

—¿Cómo al revés?

—Que una persona que el uno de septiembre deja escrito y depositado ante notario todo lo que va a pasar es una persona que sabía lo que iba a pasar. —Se sube el bolso al hombro—. Y hay fiscales a los que eso les gusta mucho.

Nos damos la mano.

—Irene.

—Dime.

—Esto impide que te maten.

—Ya.

—No impide lo otro.

CAPÍTULO 60

La pregunta once

1 de septiembre

Vuelvo a la oficina a las ocho menos cuarto porque a esa hora ya no queda nadie y porque el aire acondicionado se apaga a las nueve.

La póliza 4471-VL tiene su carpeta digital con la documentación escaneada: solicitud, condiciones particulares, recibo de la primera prima y cuestionario de salud.

El cuestionario está en el tercer PDF. Cuatro páginas. Escaneado en color, con el gris de la mesa en el borde.

Es el impreso de siempre, el que llevamos usando desde 2019 y que yo he visto trescientas veces, con sus veintiséis preguntas y sus dos columnas de casillas.

Voy a la once porque sé de memoria dónde está la once.

11. ¿Ha padecido o padece alguna enfermedad de tipo psiquiátrico o del sistema nervioso, o ha estado ingresado en algún centro por este motivo?

Sin límite temporal. Sin «en los últimos cinco años», sin «en los últimos diez». Así, entera, desde 2019, porque en algún momento alguien de Madrid decidió que esa pregunta iba sin acotar y nadie la ha vuelto a mirar.

NO.

La equis está en la casilla de la derecha, hecha con bolígrafo azul, un poco fuera del recuadro por abajo.

Al final de la página cuatro, la declaración de que las respuestas son exactas y completas, y la firma.

Gabriel Vilaplana Sardà. 12 de febrero de 2026.

Es su firma. La he visto en un albarán de la finca y en la felicitación de Navidad que le mandó a su madre.

Amplió hasta que la equis ocupa media pantalla y me quedo mirándola.

Diecinueve de abril de 2005. Trece de mayo de 2005. Veinticuatro días. Ingreso urgente. Autorizado por familiar responsable.

Está fotografiado en mi móvil desde anoche, encima de la tapa del váter de un piso de la avenida de Montbrió, con el sello redondo y la firma del adjunto.

Y ahora despacio, porque esto no es lo que parece y llevo once años explicándoselo a gente que se piensa que sí.

Esto no anula nada.

Esto no es un botón. Yo no puedo ir mañana a un despacho de Madrid y decir que el asegurado mintió y que se acabó. Las cosas no funcionan así, y menos con una vida.

Lo que pasaría, si esto pasara, es esto: se comunica el fallecimiento, se abre la investigación del siniestro, se pide la documentación clínica con la autorización que el propio asegurado firmó al contratar, y si aparece un antecedente relevante que se preguntó expresamente y se negó, la compañía no paga y lo dice por escrito, con motivos.

Y eso tarda. Seis semanas. Ocho. He visto expedientes de vida en reserva de derechos cuatro meses.

Durante todo ese tiempo la beneficiaria no cobra, y espera, y firma facturas, y llama.

Me echo hacia atrás en la silla.

Mireia Bosch avaló trescientos mil euros con su patrimonio. Mireia Bosch tiene un pacto que la obliga a comprarles el cuarenta por ciento a los herederos de su socio. Mireia Bosch tiene una póliza de cuatrocientos mil euros a su favor sobre la vida de un hombre que se está deshaciendo, que anoche empezó a hablar de las dos veces anteriores en el coche de la prima de la primera y no pudo acabar la frase.

Mireia Bosch cree que tiene cuatrocientos mil euros.

Y no los tiene. No los tiene desde el doce de febrero de este año, desde que un hombre puso una equis torcida en una casilla de un

impreso porque hay una cosa suya de 2005 que no ha contado nunca, salvo a tres personas en veinte años.

Ella no lo sabe.

Él seguramente tampoco, porque nadie sabe lo que firma.

Y yo sí.

Cierro el PDF y me quedo en una oficina vacía con el aire acondicionado a punto de apagarse.

Tengo un papel doblado en cuatro, en el fondo de una caja de zapatos de un piso de Riudoms, que convierte cuatrocientos mil euros en cero.

Y ese papel no sirve absolutamente para nada hasta que Gabriel esté muerto.

. . .

Fragmento. Cuestionario de salud. Póliza 4471-VL. Asegurado: Vilaplana Sardà, Gabriel.

10. ¿Consume o ha consumido habitualmente tabaco, alcohol u otras sustancias? ☐ Sí ☒ No

11. ¿Ha padecido o padece alguna enfermedad de tipo psiquiátrico o del sistema nervioso, o ha estado ingresado en algún centro por este motivo? ☐ Sí ☒ No

12. ¿Está en tratamiento médico o farmacológico en la actualidad? ☐ Sí ☒ No

El firmante declara que las respuestas anteriores son exactas y completas y que no ha omitido circunstancia alguna que pueda influir en la valoración del riesgo, quedando informado de que la inexactitud u ocultación en la declaración puede dar lugar a la pérdida del derecho a la prestación en los términos previstos legalmente. Asimismo autoriza a la entidad a recabar de los facultativos y centros que le hayan atendido la información médica necesaria para la valoración del riesgo o del siniestro.

Reus, a 12 de febrero de 2026.

Firma del asegurado: [firma]

QUINTA PARTE

La prestación

1 de septiembre de 2026 – octubre de 2029

CAPÍTULO 61

Lo que puedo hacer

1 de septiembre

Salgo de la oficina a las nueve y cinco y tengo veinte minutos hasta el taller de Pilar, que me ha dado la última hora del día porque es lo único que le queda esta semana.

Veinte minutos.

Los uso.

Uno. Puedo avisar a Gabriel.

Cojo el móvil ahora mismo, en este aparcamiento, y le digo: tu socia tiene cuatrocientos mil euros sobre tu vida y trescientos mil avalados con su casa, y tú anoche te pusiste a hablar en mi coche de las dos veces anteriores.

¿Y luego qué?

Luego pasa una de dos. O se va, y en tres días está en otro sitio con un teléfono nuevo y no hay ningún muerto y no hay ningún expediente y no hay absolutamente nada. O se lo cuenta a ella, que es lo que ha hecho toda su vida.

Y en las dos, mañana por la mañana yo sigo siendo una mujer con siete accesos sin causa a tres expedientes, y Bea, Nàdia y Carme siguen siendo tres accidentes cerrados, y la sala en la que me caso dentro de once días sigue estando hecha con el piso de una mujer de treinta y cuatro años.

Avisar a Gabriel es que no pase nada.

Dos. Puedo ir al cuartel.

Esto ya lo hemos hecho. Lo hicimos esta tarde en un despacho de la calle Sant Joan y hay un folio firmado por mí en la carpeta de Nuria Sedó que dice que me lo recomendó y que dije que no.

Entro ahí mañana y a las cuarenta y ocho horas Sílvia Prats está en un despacho de Madrid explicando por qué consultó tres líneas sin causa. Y Álvaro entra y no sale, porque Álvaro quemó una bolsa en su corral en enero de 2024 y no piensa decir otra cosa.

Y la investigación, si se abre, empieza por mí.

Tres. Puedo no hacer nada.

Y esta es la que me tengo que mirar bien, porque es la que me quiere convencer.

Si no hago nada, en noviembre o en diciembre un proceso automático normaliza un fichero plano y aparecen mis siete accesos, y las cuatro líneas del domingo, y encima de todo eso aparece una noche de agosto de 2018 a las tres y doce.

Y Gabriel sigue vivo hasta que ella decida. Porque ella va a decidir. No hoy, no en septiembre, a lo mejor en enero, a lo mejor cuando él vuelva a hablar de más en el coche de alguien. Pero un hombre que empieza frases que no puede acabar y que tiene el cuarenta por ciento de una sociedad y una póliza de cuatrocientos mil euros encima, se muere. Se muere el día que a ella le venga bien y con la coartada que a ella le venga bien.

Y ese día yo no estaré delante y no habrá ninguna prisa y no habrá ningún error.

Eso es lo que me estoy diciendo.

Y ahora lo voy a escribir de la otra manera, que es la verdadera, porque llevo un mes cazándole las versiones cómodas a todo el mundo y ya va siendo hora.

No hacer nada tampoco lo salva. Esa frase es un regalo que me estoy haciendo yo. Es exactamente igual que *quité una nota que Ferran ni siquiera había confirmado.* Es la frase que se escribe una para poder acostarse.

Puede que Mireia no lo mate nunca. Puede que Gabriel se muera de viejo en Riudoms. Yo no lo sé y nadie lo sabe y decir lo contrario es hacerme un favor.

Cuatro.

Llevo once años en esto y hay una sola cosa que sé de verdad, una, y es esta: al que roba no lo pillas robando. Lo pillas corrigiendo.

El fraude bien hecho es invisible. Un expediente clonado, un duplicado de SIM un martes por la mañana, una capitalización de créditos depositada en plazo, una transferencia ordenada por la titular con su clave. Nada de eso se ve. Yo llevo cinco semanas

mirándolo con lupa y lo único que tengo es un punto kilométrico que no existe.

Lo que se ve es la enmienda. La factura que se rehace. La caldera que se cambia en tres semanas sin factura porque hay prisa. El correo que se manda a las dos de la mañana. Lo que se ve es alguien tapando de prisa.

Yo no puedo demostrar nada de lo que ha pasado en ocho años.

Lo que sí puedo es hacer que alguien tenga prisa.

Y ahora la frase que va debajo de esa y que no me voy a saltar.

Si yo meto prisa, se muere.

No «puede pasar algo». No «hay un riesgo». Si yo le pongo a esa mujer una fecha delante, ella hace lo que hizo en 2021 y en 2023, y esta vez con el reloj en la mano, y el que está en medio es un hombre de cuarenta años que anoche estuvo sentado en el asiento del copiloto de mi coche en camiseta y chanclas.

Arranco.

Bajo por la avenida hacia el centro con las ventanillas bajadas y a las nueve y veinte aparco en doble fila delante del portal de Pilar y pongo los intermitentes.

Me quedo dentro dos minutos.

En mi trabajo, cuando una sospecha no se puede probar con lo que hay, se hace una cosa que no está escrita en ningún manual y que hacemos todos: se mueve algo, se avisa de una revisión que no existe, se llama para pedir un papel que no hace falta. Y se mira quién se pone nervioso.

Se provoca el siniestro para ver quién reclama.

Apago el motor y subo.

CAPÍTULO 62

Doce palabras

1 de septiembre

El entresuelo de la calle Sant Vicenç a las nueve y media de la noche está mejor que a las cinco de la tarde. Pilar ha abierto el balcón y entra el aire de la calle, que ya no quema.

Mireia ha llegado antes que yo. Está sentada en la silla de mimbre con los pies cruzados y una carpeta encima de las rodillas y ha traído un croissant de la pastelería de abajo, que ha subido para mí y que dice que me lo coma ahora.

Me lo como de pie, con dos servilletas, antes de ponerme el vestido, porque no se puede comer con eso puesto.

—¿Ves? Ya tienes otra cara.

—Es un croissant.

—Es que llevas un mes a base de café.

Pilar me sube al taburete.

Esta es la última. Lo que queda son cuatro cosas: el bajo definitivo con estos zapatos, un pinzado en la espalda, la presilla del velo y el sistema para recogerse la falda al sentarse.

Y por eso está Mireia, porque la última prueba es donde se decide cómo entra una en una sala.

—A ver, levántate y anda hasta la puerta.

Ando hasta la puerta.

—Otra vez, más despacio. —Se levanta y se pone a mi lado—. ¿Ves? Ahí. Cuando llegas al escalón bajas la vista.

—Es que si no lo veo me lo como.

—Ya. Pues eso hay que arreglarlo, porque la puerta de la sala tiene un escalón y ahí vas a tener a ciento dieciocho personas de pie mirándote. —Se pone delante de mí, de espaldas a la puerta—. Tu suegro no está y tu padre tampoco, ¿verdad?

—No.

—Vale. Pues entonces entras con Álvaro y él te lleva del brazo por dentro, no por fuera, y ese escalón lo bajas sin mirarlo porque lo baja él y tú vas detrás medio paso. Confía y ya está.

Lo apunta en su carpeta.

Pilar me hace girar y empieza con el pinzado de la espalda y se le acaban los alfileres a los tres minutos.

—Ay. Espera, que los tengo abajo en el cajón del mostrador.

Baja los cuatro escalones del taller y se oye cómo abre el cajón.

Yo estoy en el taburete, de espaldas al espejo, con el vestido abierto por detrás y los brazos separados.

Mireia se levanta y me lo sujeta por la cintura para que no se me caiga de los hombros mientras Pilar no está, con las dos manos, una a cada lado, como se sujeta un vestido.

—Respira —dice—. Que llevas cinco minutos sin respirar.

Respiro.

Y lo digo.

—Mi unidad revisa los siniestros. El lunes entrevistarán a Gabriel por separado.

Doce palabras.

Mireia no se mueve. Sigue sujetándome el vestido por la cintura, con la misma presión, y la tengo detrás y no le veo la cara y no la busco en el espejo, y lo único que noto es que no ha cambiado nada en las manos.

Abajo, Pilar cierra un cajón y abre otro.

—¿Qué siniestros? —dice Mireia.

—Los de 2018 a 2024. Van a cruzar accesos.

—Ya.

Tres segundos.

—¿Y a ti te entrevistan?

—Yo no soy de ese ramo.

—Ah.

Pilar sube. Se oye el peldaño que cruje, el tercero, que cruje siempre.

Y entonces Mireia dice, muy tranquila, casi al oído, con el tono con el que se pregunta si el pescado va con guarnición:

—¿Y lo del lunes es seguro?

—Sí.

Me suelta el vestido justo cuando entra Pilar, se sienta otra vez en la silla de mimbre y coge su carpeta.

Pilar me clava el pinzado de la espalda en once minutos.

Mireia habla de la presilla del velo, de que el peluquero tiene que saber que el velo va con presilla y no con peineta porque si no le hacen un moño que no aguanta, y de que se lo diga yo el jueves cuando vaya a la prueba de peinado, y que si quiero la llama ella.

—La llamo yo —digo.

—Como veas.

A las once menos veinte hemos acabado.

Mireia se levanta, se pasa la carpeta al otro brazo y me da dos besos en el taburete, que es un ángulo raro y por eso me tiene que sujetar del codo.

—Yo el sábado tengo boda, o sea que no me llames que no te voy a coger. —Se cuelga el bolso—. Y el domingo tampoco, que duermo.

—Vale.

—Y come, ¿eh.

Baja los cuatro escalones y se va.

Pilar se pone a recoger los alfileres del suelo con un imán atado a un palo, que es un invento que tiene desde hace treinta años.

—Qué maja es —dice.

—Sí.

—Es que a mí me manda muchas novias, y todas vienen tranquilas. Eso no lo hace todo el mundo, ¿eh. La mayoría te las mandan histéricas.

—Ya.

—Anda, baja del taburete, que te ayudo.

CAPÍTULO 63

Miércoles, jueves

2 y 3 de septiembre

Miércoles.

Neus me llama a las nueve y media desde la floristería porque ha visto las fotos que le hice a la pared y dice que el blanco frío ahí no le funciona, que la piedra tiene mucho ocre y que le va a poner un blanco roto y algo de verde grisáceo y que no me asuste si en la foto del catálogo se veía más brillante.

Le digo que muy bien.

A las once me escribe Òscar. Quiere confirmar tres cosas: la canción de la entrada, si hay ramo o no hay ramo, y si a la barra libre le pongo tope de hora o lo dejo en lo que dice la licencia.

Le contesto las tres.

A la una y media me llama mi tía porque le han dado hora en la peluquería el mismo sábado a las nueve y quiere saber si es muy pronto. Le digo que no es pronto. Me dice que le parece pronto. Le digo que la llevo yo.

A las cuatro me manda un mensaje Sara Cots.

He hablado con mi madre.

Y nada más. No contesto enseguida porque no sé qué contestar, y cuando contesto, a las seis, ya no me responde.

A las siete y veinte, en el coche, en el aparcamiento de mi casa, abro el chat de Gabriel.

¿Estás bien?

Lo escribió él ayer por la noche. Lleva ahí veinte horas.

Escribo: *Tienes que irte de la finca.*

Lo miro.

Lo borro.

Escribo: *No estés solo el fin de semana.*

Lo miro.

Lo borro.

Y esto lo hago tres veces en once minutos, con el motor apagado, hasta que me duele la mano de lo fuerte que estoy sujetando el móvil, y a la tercera cierro la aplicación y me quedo mirando el salpicadero.

Podría escribir seis palabras. Seis. *Vete de allí este fin de semana.*

No las escribo.

A las nueve viene Álvaro a cenar y trae el cofre terminado y barnizado, y lo dejamos en la mesa del comedor entre las cajas y las invitaciones sobrantes. Huele a goma laca. Pesa.

—¿Estás bien?

—Sí. Cansada.

—Ya.

—Es la boda.

Come. No dice nada más.

Después, en la habitación, con la ventana abierta y el ruido de los del piso de abajo cenando en la terraza, lo hacemos sin decir nada.

No es como la otra noche en Riudoms. Aquella noche yo quería una cosa y se la pedí. Esta noche no quiero nada y me dejo, y hay una diferencia entre las dos que él no puede notar y yo sí.

Álvaro tiene los ojos cerrados.

Es la primera vez en cinco años. Este hombre no cierra los ojos. Los tiene abiertos incluso cuando le tiembla el brazo, mirándome, y yo llevo cinco años quejándome por dentro de eso y esta noche los cierra y me deja sola aquí arriba.

Yo los tengo abiertos y estoy mirando el techo y estoy pensando en un aparcamiento de la calle Sant Vicenç.

Y en algún momento, cuando ya está y él tiene la cara en mi cuello y la respiración de después, lo tengo entero en la boca. La frase es esta: *el lunes no existe, he dicho una cosa que no es verdad y tu hermano está en medio.*

Once palabras.

Se me quedan donde se me quedan siempre.

Álvaro se aparta, se pone de lado y me busca la mano por debajo de la sábana, que es lo que hace, y a los cuatro minutos está dormido.

Yo me levanto a las doce y media y me quedo un rato de pie en el comedor, descalza, con el cofre delante.

Las esquinas son a cola de milano y la tapa va a presión y no está encolada, porque él eso no lo encola. Las juntas buenas se hacen para poder abrirse y volver a cerrarse sin que se note nada.

Levanto la tapa y la vuelvo a encajar.

Jueves.

La prueba de peinado es a las cinco en la peluquería de la calle Monterols y dura una hora y cuarenta minutos.

La chica me hace un recogido bajo, y yo le digo lo de la presilla, y me dice que perfecto, que así aguanta mejor.

Me miro en el espejo con el pelo de otra manera y la cara de siempre.

A las siete paso por casa de mi tía a llevarle una crema que me ha pedido y me la encuentro en la galería con el ventilador puesto y la tele encendida en el salón sin nadie delante.

—Han venido a mirar la mancha.

—¿Quién?

—Uno del seguro de la comunidad.

—¿Y qué ha dicho?

—Que viene de arriba. —Se ríe con la boca cerrada—. Ocho años para eso.

Le hago la cena. Se la come. Me dice que el sábado no me olvide de que a las nueve.

En el rellano, cuando ya me voy, me dice:

—Irene.

—Dime.

—Estás muy delgada.

—Ya me lo dice todo el mundo.

—Ya. Pues por algo será.

Jueves, once y cuarto de la noche.

Álvaro me llama desde Riudoms para decirme que mañana no va a poder ir a las siete a la prueba de menú, que llega a las siete y media porque tiene que entregar en Vila-seca.

—Vale.

—¿Estás bien?

Es la segunda vez en dos días.

Y esta vez me quedo callada más de lo que dura un silencio normal, con el móvil en la oreja, de pie en la cocina.

—No —digo.

—¿Qué pasa?

—No lo sé todavía.

—Vale. —Y espera. Espera cinco o seis segundos, que en Álvaro es una eternidad—. ¿Te lo cuento yo o me lo cuentas tú?

—Mañana.

—Vale.

Colgamos.

Esa noche me acuesto a las doce menos veinte y duermo hasta las siete y diez.

Siete horas seguidas. Es la primera vez desde el uno de agosto.

CAPÍTULO 64

Prueba de menú

viernes 4 de septiembre

A las siete de la tarde estamos Rosa y yo solas en la sala nueva, porque Álvaro entrega en Vila-seca y mi tía ha dicho que ella el menú se lo come el día doce y que no hace falta comérselo dos veces.

Han montado una mesa redonda en el centro, con mantel largo, la vajilla buena y dos centros altos de prueba, los negros, con la flor puesta. Están las catorce sillas doradas apiladas al fondo y la mesa nuestra es la única en pie en veintiséis metros de piedra.

Rosa está contentísima.

Se ha puesto una blusa. Le da vueltas a la servilleta y me pregunta tres veces si el verde es color de boda.

El maître se llama Dani y explica los platos como si hubiera veinte personas. Aperitivo, dos entrantes al centro, el pescado, la carne, el postre sin el logotipo del pastelero. Trae los vinos y nos hace probar dos blancos y dice cuál va mejor con el pescado y tiene razón.

Con los centros altos puestos, desde mi silla veo a Rosa de la frente para arriba y le veo las manos. La voz le llega perfectamente. Es lo que dijo Mireia el diez de agosto en una floristería de la calle Llovera y es verdad, y en las bodas nadie habla con el de enfrente.

Álvaro llega a las siete y media, se lava las manos y se sienta, y prueba lo que le ponen y dice que está bueno.

A las ocho y cuarto aparece Gabriel.

No lo esperábamos. O yo no lo esperaba. Rosa se pone de pie y le da dos besos y le dice que se siente, que hay de todo.

Se sienta al lado de su madre, se come medio plato y bebe agua.

—Este los viernes se queda aquí hasta las tantas —dice Rosa, dándole en el brazo—. Con sus papeles y su vermut. Solo, como un búho.

—Mamá.

—Es verdad.

—Es que los viernes cierro la semana —dice él, sin mirar a nadie.

A las nueve y veinte entra Mireia con el bolso ya al hombro y las llaves en la mano.

—Yo os dejo, que tengo cena de proveedores en Reus a las nueve y media y voy tarde. —Da la vuelta a la mesa saludando—. Rosa, guapísima.

—Ay, calla.

Pasa por el aparador de la pared del fondo, deja una bandeja pequeña con dos vasos y una botella, se limpia las manos en un paño y lo cuelga.

Dos vasos. Lo veo y no lo pienso, porque en una casa donde se sirven ciento veinte cubiertos los vasos van de dos en dos y de cuatro en cuatro y nadie baja uno solo de un armario.

—Que aquí te lo dejo, que luego lo buscas y no lo encuentras —le dice a Gabriel.

—Vale.

—Hasta el domingo.

Y se va, y por la ventana la vemos cruzar el patio deprisa, con el bolso pegado al cuerpo, como cruza el patio cuatro veces al día.

A las diez y cinco Gabriel se levanta y me dice que si salgo un momento.

En el patio hay una farola y dos plátanos y el suelo de gravilla con confeti seco de otra boda pegado entre las piedras. Se oye el generador detrás del muro y no se oye nada más.

Enciende un cigarro y no fuma.

—El catorce de agosto de 2018 tu prima me llamó doce veces —dice.

Yo no digo nada.

—A las seis y diez, a las seis y veinte, a las siete menos cuarto. —Está mirando la gravilla—. Yo las tengo contadas, ¿sabes? Yo esas

doce llamadas me las sé de memoria, una por una, con la hora, desde hace ocho años.

Sigue.

—Y no cogí ninguna. Y a las dos y cuarenta llamé a mi hermano y le dije...

Y levanta la cabeza.

Y me mira.

Y para.

Yo estoy quieta, con los brazos cruzados, delante de un hombre que acaba de empezar a contarme la peor cosa que ha hecho en su vida, y no he puesto ninguna cara, y esa es la cara que me ha visto.

—Tú ya lo sabes —dice.

—Sí.

Se queda con el cigarro entre los dedos, ardiendo solo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas.

Gabriel suelta el aire despacio y se apoya en el plátano.

—Vale.

—Gabriel.

—No. —Levanta la mano—. Ahora no. Ahora te voy a decir otra cosa, que llevo dos días con ella.

—Dime.

—Vámonos.

—¿Cómo?

—Que nos vayamos. —Ahora sí habla deprisa—. Yo puedo sacar dinero. No de aquí, de aquí no puedo sacar nada, pero tengo una cosa mía y puedo tener sesenta o setenta mil en diez días. Portugal. O donde sea. Me da igual.

—Tú estás loco.

—Escúchame. —Y da un paso—. Yo no te estoy pidiendo que me perdones nada. No te estoy pidiendo ni que me hables. Te estoy

diciendo que te subas a un coche.

—Yo me caso dentro de ocho días.

—Ya lo sé. —Y se ríe, y es una risa horrible—. Ya sé con quién te casas, Irene. Y tú también.

Nos quedamos los dos callados. El generador zumba.

—Y una cosa más.

—Qué.

—El lunes no vayas.

Se me para todo.

—¿Adónde?

—A trabajar. —Tira el cigarro y lo pisa—. Di que estás mala. Di lo que sea.

—¿Por qué?

—Porque el lunes voy a contarle yo.

Lo dice así. Sin adornos, mirándome, con las manos en los bolsillos.

—Voy a pedir hablar y lo voy a contar todo. Todo, desde 2018. Y quiero que ese día tú estés en tu casa y no delante, porque cuando yo empiece a hablar en esa sala va a salir tu nombre y va a salir el mío juntos, y no quiero verte la cara cuando pase.

Y aquí es donde estoy ahora mismo, escribiendo esto, y aquí es donde voy a estar el resto de mi vida.

El lunes no existe.

No hay revisión. No hay entrevista. Me lo inventé el martes a las diez menos veinte de la noche en un entresuelo de la calle Sant Vicenç, con un vestido a medio abrochar y las manos de otra mujer sujetándome por la cintura, y lo dije en doce palabras.

Y este hombre lleva desde entonces preparándose para confesar en un despacho que no lo espera.

Y ella lleva desde entonces sabiendo que le quedan cinco días.

Podría decírselo ahora. Cabe en una frase. *No hay ninguna entrevista, vete esta noche a un hotel.*

Lo tengo en la boca, entero, como el uno de agosto tuve *he encontrado una cosa en el taller de tu hermano*.

—Me lo pienso —digo.

Gabriel asiente despacio dos veces.

—Vale.

Vuelvo a entrar. Rosa está contándole a Dani lo del vestido verde. Álvaro me mira y no pregunta nada.

A las diez y cuarenta nos vamos. Rosa se va con Álvaro porque él la lleva.

Yo salgo con mi coche por el camino de los cipreses y paso por debajo de la cámara del acceso, esa que hay en un poste desde 2022 y que no había mirado nunca.

A las once y tres paro en la Repsol de la N-340 y echo treinta euros y pago con tarjeta dentro, en la caja, porque el surtidor de fuera no me lee el chip. Salgo de la tienda con el tique en la mano y hay una cámara encima de la puerta.

A las once y treinta y uno entro en mi casa.

A las once y cuarenta y siete el móvil hace el ruido.

Gabriel · Mensaje de voz · 0:11

Lo veo en la pantalla, encima de la mesa del comedor, al lado del cofre de nogal.

No lo abro.

CAPÍTULO 65

Sábado

5 de septiembre

El teléfono suena a las siete y diez y es Álvaro.

—Irene.

—Dime.

—Gabriel se ha muerto.

Estoy sentada en el borde de la cama con los pies en el suelo y no sé cómo he llegado a esa postura.

—¿Qué?

—Anoche. En la finca. —Habla muy despacio, más despacio que nunca—. Se cayó por la escalera de piedra, la del fondo, la que sube al altillo del cuadro.

—¿La del cuadro?

—Sí.

—¿Y cuándo?

—Sobre las doce y media lo encontró la gente de la limpieza. Estaba abajo, en el rellano. —Un silencio—. Llamaron a la ambulancia y ya no había nada que hacer.

—¿Y tu madre?

—Está aquí. La han llamado a las cinco. La ha llamado ella.

—¿Ella?

—Mireia.

Me levanto.

—¿Tú dónde estás?

—En casa de mi madre.

—Voy.

—Irene.

—Qué.

—Han preguntado por ti.

—¿Quién ha preguntado por mí?

—La Guardia Civil. Estaban aquí a las seis y media hablando con mi madre y han preguntado quién estuvo anoche en la finca. —Traga—. Y les he dicho que tú y yo y ella.

—Vale.

—Van a llamarte.

—Vale.

Cuelgo.

Me ducho. Me lavo el pelo, que no hacía falta. Me visto con lo primero que no está arrugado, unos pantalones oscuros y una camisa, y me hago el moño con dos horquillas y no me pinto.

Y después hago el bolso, y esto lo hago de una manera que no había hecho nunca.

Meto el DNI, que no llevo casi nunca porque llevo el carné en el móvil.

Meto la tarjeta de cartulina fina de Nuria Sedó, la que me dio el veintiuno de agosto, con el número escrito a mano por detrás.

Saco el catálogo de proveedores del asiento del coche y lo dejo en casa, no sé por qué.

Voy al enchufe de detrás del sofá y desenchufo el teléfono gris y lo meto en la caja de las tarjetas de mesa, debajo de la mesa ocho, y pongo la tapa.

Y luego voy a la cómoda del dormitorio y abro el cajón de arriba y saco la caja blanca.

Está donde la dejé el veintiséis de agosto por la noche, en el cajón, debajo de un pañuelo, después de sacarla del bolso.

La abro.

Primera fila: tres vacías y el medio comprimido en la cuarta casilla, partido con la uña, con el filo ya un poco redondeado.

Última fila: cuatro vacías.

Igual que hace diez días. Ni una más ni una menos.

La cierro.

Y me quedo con ella en la mano, de pie delante del cajón abierto, a las siete y cuarenta de la mañana de un sábado, sin saber nada todavía, sin que nadie me haya dicho de qué se ha muerto, sin haber hablado con ningún guardia civil, ocho días antes de mi boda.

Y no me la meto en el bolso.

La dejo dentro del cajón, debajo del pañuelo, y cierro.

Y bajo al coche.

El móvil lo llevo en la mano. En la pantalla de bloqueo, debajo de las tres llamadas perdidas de Álvaro de las siete y diez, sigue estando la notificación de anoche.

Gabriel · Mensaje de voz · 0:11

No lo abro.

CAPÍTULO 66

Declaración

5 de septiembre

A Nuria la llamo a las ocho y diez. Está en Barcelona, con su hija, y no puede bajar hasta la tarde.

—Vas tú sola. Y me escuchas. —Se oye una calle detrás—. Contestas a lo de anoche. Horas, sitios, quién había, qué comisteis. La verdad, entera y aburrida. Y si te preguntan por cualquier otra cosa que no sea anoche, dices que quieres estar asistida y te callas.

—Vale.

—Irene.

—Qué.

—Que tú tienes vicio de explicar. Hoy no expliques.

El cuartel de Reus tiene un mostrador, dos sillas de plástico y una sala con una mesa, un ordenador y una impresora que se atasca dos veces en dos horas y media.

El sargento se llama Cabré. Cincuenta y muchos, la camisa por fuera del cinturón, un vaso de café de máquina que no toca. Escribe con dos dedos y teclea cada respuesta entera antes de hacer la siguiente pregunta, y ese ruido de teclas en el silencio es lo peor de la mañana.

—A ver. Anoche.

Le cuento anoche.

La prueba de menú desde las siete. Rosa. Álvaro, que llega a las siete y media porque entregaba en Vila-seca. El maître, que se llama Dani. Gabriel, que aparece a las ocho y cuarto sin que lo esperáramos. La señora Bosch, que se despide sobre las nueve y veinte porque tenía una cena de proveedores en Reus.

—¿Y usted a qué hora se fue?

—A las diez y cuarenta.

—¿Diez y cuarenta exactas?

—A las diez y cuarenta pasé por debajo de la cámara del camino. De la mesa me levanté un poco antes.

Teclea.

Cuatro preguntas después, vuelve.

—Perdone. La hora de salida.

—Las diez y cuarenta.

—¿Eso lo dice porque lo miró o porque lo calcula?

—Porque lo miré.

—¿Miró el reloj al salir de la sala?

—Miré el reloj del coche al arrancar.

Teclea. La impresora se atasca. Se levanta, la abre, saca un folio arrugado, la cierra, se sienta.

Y a los veinte minutos, otra vez.

—Salió a las diez y cuarenta.

—Sí.

—¿Directa a casa?

—No.

Levanta la vista por primera vez.

—Bajé hasta la N-340 y volví.

—¿Para qué?

—Para conducir.

—¿Para conducir?

—Sí.

No dice nada. Teclea. Y yo, mientras le oigo teclear, sé exactamente cómo se lee eso en un papel dentro de tres meses, porque he leído cuatrocientas declaraciones y sé cuáles son las frases que se subrayan.

Después vienen las de siempre, las que hago yo cuando tomo una declaración: dónde repostó, con qué pagó, si entró a la tienda, a qué hora llegó a casa, si la vio alguien.

Y después viene la otra.

—Usted qué relación tenía con el fallecido.

Y aquí llevo desde las siete y diez de esta mañana.

—Era el hermano de mi pareja.

—Ya. —Espera—. Le he preguntado por la relación.

—Nos veíamos.

—¿Nos veíamos quiere decir...?

—Manteníamos una relación desde diciembre.

Cabré teclea.

No hace ningún gesto. No levanta las cejas, no suspira, no cambia de tono. Teclea, y el ruido dura mucho más que la frase, y después sigue preguntando con la misma voz con la que me ha preguntado por la gasolinera.

—¿Su pareja lo sabe?

—No.

—¿La madre de ellos?

—No.

—¿Alguien?

—No.

Y ahí es donde entiendo que esto va a estar escrito. Que va a haber un folio con esa frase, y que ese folio lo va a leer un funcionario, y un fiscal, y un abogado, y en algún momento Álvaro.

Cabré termina de escribir, se echa hacia atrás y coge una carpeta de plástico que ha tenido a su izquierda toda la mañana y que no ha abierto hasta ahora.

Saca dos folios grapados y los gira.

Es una captura de la herramienta de auditoría de mi compañía. La conozco. La uso yo. Cuatro columnas.

I.SARRIA — 04/09/2026 23:26 — modificación — expediente COTS BERTRAN, N.

Modificación.

No consulta. Modificación.

Y hay una cosa más, y me tarda cuatro segundos en subir.

El domingo pasado, el treinta de agosto, yo entré en ese mismo expediente a las 23:04 y a las 23:07. Con mis credenciales de verdad. Y esa traza lleva desde entonces en el sistema, y quien haya hecho esto la tenía delante.

Once y veintiséis. Cinco noches después, veinte minutos más tarde en el reloj.

Eso no es una hora elegida al azar. Eso es una hora elegida por alguien que ya sabía a qué hora entro yo cuando entro donde no debo.

—¿Esto lo hizo usted?

—No.

—¿Sabe qué es?

—Sé perfectamente qué es. Es la trazabilidad de mi compañía. Yo trabajo con eso.

—Explíquemelo.

Y esto es lo que me va a durar años: que soy yo la que se lo explica.

Le explico qué es un usuario y qué es una operación. Le explico que el sistema no distingue entre la persona y las claves, y que un acceso hecho con las credenciales de alguien se le imputa a ese alguien, y que yo he firmado catorce informes en once años diciendo exactamente eso.

Cabré lo apunta todo, despacio, sin interrumpirme.

—¿Y no lo hizo usted?

—No.

—¿Estaba con alguien a esa hora?

—No.

Guarda los folios.

—Volvemos un momento atrás. Cuando la señora Bosch se despide, sobre las nueve y veinte. ¿Qué hace exactamente?

—Da la vuelta a la mesa saludando. Y antes de salir deja una bandeja en el aparador de la pared del fondo.

—¿Qué bandeja?

—Una bandeja pequeña, de esas de servicio. Con una botella y dos vasos.

Cabré para de teclear.

—¿Dos vasos?

—Dos.

—¿Y qué botella?

—Vermut. Es lo que se toma él los viernes cuando cierra la semana. Lo dijo su madre en la mesa.

—¿Y usted vio a alguien acercarse a esa bandeja?

—A nadie. Yo me fui a las diez y cuarenta y estaba donde la había dejado.

—¿Estaba abierta?

—No lo sé. No la miré. —Y me oigo la voz y la oigo mal—. Estaba a doce metros de mí durante hora y media y no la miré.

Teclea eso también.

Saca otro folio de la misma carpeta y este no me lo enseña; lo lee él.

—Una última cosa. La señora Bosch declaró esta madrugada, a las cuatro y diez. —Baja el papel un poco—. Dice, y le leo: «Él me dijo que le tenía miedo.»

Estoy sentada en una silla de plástico con las manos en las rodillas.

—¿Le dice algo eso?

—No.

—¿El fallecido le tenía miedo a usted?

—No.

—¿Discutieron ustedes últimamente?

—No.

—¿Cuándo lo vio a solas por última vez?

—Anoche. En el patio. Sobre las diez y cinco.

—¿Y de qué hablaron?

Y por primera vez en dos horas y media me acuerdo de que Nuria me ha dicho que hoy no explique.

—De su familia.

Cabré me mira dos segundos exactos.

—Bien. —Le da a imprimir—. Lo lee, lo firma y ya está.

Lo leo entero. Está bien tomada. Está tomada como la habría tomado yo.

Firmo las cuatro hojas y en la última pongo el nombre completo.

—¿Quiere añadir algo?

—No.

Y esa es la mentira más grande que he dicho en mi vida, y la digo sentada, con la mano encima de un folio, delante de un hombre que escribe con dos dedos y que ha hecho su trabajo mejor que bien.

Fuera son las dos menos veinte y hace treinta y un grados y en el aparcamiento hay un coche patrulla con la puerta abierta y la radio puesta.

. . .

Associació d'Empreses de Serveis per a Celebracions del Camp de Tarragona

Sopar de tardor · Restaurant Mas Blanc, Reus · divendres 4 de setembre de 2026

Full de control d'assistència (s'adjunta a l'acta)

	Nom	Empresa	Hor a	Signatura
1	J. Curto	Curto Càtering	21.3 0	[signat]
2	M. Bosch	Mas Ventalló SL	21.4 0	[signat]
3	~~N. Batalla~~	~~Floristeria Batalla~~	—	excusa l'absència
4	R. Ollé	Sonorització Ollé	21.4 5	[signat]
5	A. Pujals	Autocars Pujals	21.3 0	[signat]
6	Ll. Serret	Serret Fotografia	21.5 5	signa A. Pujals per ell
7	T. Miró	Rentat Industrial Miró	21.3 5	[signat]
1 2	C. Gasull	Gasull Vins	22.1 0	[signat]

Nota manuscrita al peu del full: «Comencem a les 22.00 perquè encara falta gent. Sopar acabat 23.45. Sobretaula fins a les 1.00 aprox. Els últims marxem quan tanquen el pàrquing.»

Observacions de secretaria: es tracta el calendari de fires 2027 i la pujada de preus del transport. No hi ha votacions. S'aprova l'acta anterior per assentiment. La propera reunió queda per convocar.

CAPÍTULO 67

Lorazepam

7 – 10 de septiembre

El lunes 7, a las diez de la mañana, Nuria y yo entramos en el cuartel de Reus y entregamos tres cosas.

Un teléfono de teclas gris con su cargador, en una bolsa, con un escrito de dos folios que explica qué es, dónde estaba, quién lo sacó de detrás de un rodapié y qué día.

Una lata de conserva sin etiquetar, con tornillos de cuatro por cuarenta y un reloj de mujer con un nombre grabado en la tapa.

Y una copia del acta notarial del uno de septiembre a las 19:12, con la huella digital de un archivo que empieza por lo que hice yo el veintiuno de agosto de 2018 a las tres y doce de la madrugada.

Cabré coge las tres cosas y no dice nada durante ocho minutos.

A Gabriel lo entierran esa misma tarde.

La autopsia la hicieron el sábado. El lunes por la mañana, mientras yo estaba en el cuartel poniendo una lata encima de un mostrador, Álvaro estaba en el juzgado pidiendo que le dejaran enterrar a su hermano, que es un trámite que tiene que hacer la familia en persona y que nadie te cuenta hasta que te toca.

Se lo autorizan a mediodía. Rosa no quiere velatorio largo, o sea que a las cinco ya estamos en el tanatorio de Reus, en la sala tres, que es la pequeña, con cuarenta personas y el aire acondicionado a dieciséis grados.

Mi tía no viene. No se lo pido.

Rosa está sentada en la primera fila con una chaqueta que no le he visto nunca y las manos encima del bolso, y no llora. Recibe. Le dan la mano ochenta veces y a cada uno le dice el nombre, y a los de Riudoms les pregunta por sus padres.

Álvaro está de pie a su lado. Le trae agua tres veces. Le acerca una silla a una señora mayor. Sale a decirle al del tanatorio que la

música que han puesto no, que su hermano no soportaba esa música, y vuelve, y se queda de pie otra vez.

Yo esta mañana, a las diez, he puesto encima de un mostrador una lata de conserva con un reloj de mujer dentro.

Mireia llega a las seis menos cuarto.

Viene de negro, con el pelo recogido, y hace exactamente lo que hay que hacer y en el orden en que hay que hacerlo. Primero Rosa: se agacha delante de ella, le coge las dos manos, le dice cuatro cosas al oído y se levanta. Después Álvaro: le da la mano y no le suelta la frase que le suelta todo el mundo. Después va al fondo, con los proveedores, que también han venido, y se queda con ellos.

En una hora y media no la veo sacar el móvil ni una vez.

Cuando salimos a la calle, a las siete y media, la puerta del tanatorio tiene un escalón de esos que no se ven porque el suelo es del mismo color por dentro y por fuera.

Yo lo piso mal.

Y noto una mano en el codo.

—Cuidado —dice Mireia—. Que ese escalón se lo come todo el mundo.

Me sujeta hasta que apoyo los dos pies. Después me suelta el brazo y me pone la mano un segundo en la espalda, entre los omóplatos, y no me dice nada más.

—Gracias.

—Nada, mujer. —Se sube las gafas de sol a la cabeza aunque son las siete y media—. ¿Comes algo esta noche?

—Sí.

—Ya. —Mira hacia dentro, hacia la sala tres, hacia Rosa—. Pobre. Con lo que quería ella a los dos.

Se va hacia el aparcamiento andando deprisa, con el bolso pegado al cuerpo, como cruza el patio de la finca cuatro veces al día.

A Álvaro se lo llevan el martes a las siete de la mañana.

Lo sé porque me llama Rosa a las siete y veinte, y es la primera vez en cinco años que esa mujer me llama llorando, y lo único que

me dice, cuatro veces seguidas, es que si yo sé algo.

Le digo que no.

El martes, además, sale lo otro.

Lo veo a las once y cuarto en el móvil, sentada en mi cocina, en un digital comarcal.

L'autòpsia detecta ansiolítics en el cos de l'home mort en una masia de Riudoms.

Ciento cuarenta palabras. Fuentes próximas al caso. Que los primeros resultados toxicológicos han detectado presencia de benzodiacepinas y que la investigación no descarta ninguna hipótesis.

Nuria me llama a las doce menos veinte.

—Ya lo he visto —le digo.

—¿Es verdad?

—Eso lo tienes que saber tú antes que yo.

—Es verdad. —Un segundo—. Y es lorazepam.

Me quedo de pie con la mano en la encimera.

—Escúchame antes de que te lo montes tú sola. —Habla deprisa—. Una toxicología dice qué molécula hay en un cuerpo. No dice de quién era la caja. El lorazepam es de las cosas más recetadas de este país. Hay dos millones de personas con eso en un cajón. Eso, solo, no señala a nadie.

—Yo tengo receta.

—Tú tienes una receta activa e intermitente desde 2019. Y eso lo van a saber en tres días con un oficio, o sea que no es una carta que tengamos que jugar.

—Y faltan cuatro comprimidos.

Silencio al otro lado. Uno largo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los conté el veintiséis de agosto.

—¿Y no me lo dijiste el uno de septiembre en mi despacho, con todo lo demás delante?

—Lo escribí en el móvil y lo borré.

Nuria coge aire.

—Ponte algo y ven.

La caja la entregamos el miércoles, con otro escrito, para que no la encuentre nadie antes. Está donde estaba: en el cajón de la cómoda, debajo de un pañuelo. Tres comprimidos menos en la primera fila, medio comprimido en la cuarta casilla y cuatro menos en la última.

Y el miércoles a las cinco de la tarde Nuria me pone delante un folio escrito a mano, en una columna, con su letra.

Sustancia: coincide.

Receta activa: sí.

Faltan cuatro: sí, y lo dice ella.

Oportunidad: estuvo allí esa noche.

Salida 22:40. Sin coartada hasta las 23:31.

Relación de ocho meses, oculta a todos.

Credenciales: siete accesos sin causa + una modificación a las 23:26.

Declaración de la beneficiaria: «me dijo que le tenía miedo».

Ocho líneas.

—Ninguna de estas ocho, sola, vale nada —dice—. Cualquiera te la desmonto yo en una vista con un perito y media hora.

—Ya.

—El problema es que no van a ir una por una. —Le da la vuelta al folio—. Un instructor las lee juntas y no ve ocho cosas. Ve una foto.

—Ya sé qué foto es.

—Dímelas tú, entonces.

—Una mujer que se acostaba con el muerto, que estuvo allí esa noche, que tiene recetada la misma sustancia, que le faltan cuatro comprimidos y que lleva cinco semanas metiéndose en expedientes que no son suyos.

—Esa. —Se quita las gafas—. Y esa foto la has hecho tú veinte veces, Irene.

El jueves por la mañana viene una comisión judicial a mi casa con un mandamiento de dos folios y se lleva el portátil personal y el teléfono.

Yo el teléfono lo estoy usando cuando llaman al timbre.

Lo pongo encima de la mesa del comedor, al lado del cofre de nogal, y lo desbloqueo delante de ellos, y firmo el acta, y en el acta pone el modelo, el número de serie y el estado del terminal, que es «operativo, con pantalla íntegra».

Dentro hay cuarenta y una fotografías de una pantalla de mi empresa en un álbum que se llama *cocina*.

Y hay una notificación del cuatro de septiembre a las 23:47.

El jueves, además, recibo el correo de la compañía.

Comunicación de suspensión cautelar de funciones y accesos. Con copia a la dirección territorial y a recursos humanos. Efecto inmediato. Que entregue el portátil, el móvil corporativo y la tarjeta del edificio. Que la retribución se mantiene. Que se me convocará.

Bajo el jueves a las ocho de la tarde, cuando ya no hay nadie, y lo dejo todo en la mesa de Vidal con una nota de tres líneas.

En mi mesa siguen mi taza, una carpeta con dos expedientes de un taller de Valls y el cartel ese que dice que la ingeniería social no entra por el ordenador, que entra por la puerta y sonrío.

Y el jueves por la noche cancelo una boda.

A ciento dieciocho personas no. Llamo a nueve, y esas nueve llaman al resto, que es como funciona esto.

A Neus. A Òscar. A Dani. A Pilar. A la peluquería de la calle Monterols, que me dice que no me preocupe por la señal. Al de las letras de luz, que ni siquiera había contratado y que me pregunta si sé de alguien más que las quiera para el doce.

Y a mi tía.

—Tía.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabes?

—Que ya lo sé, Irene. —Baja la tele—. Que esto es Reus y que llevo dos días sin salir a comprar.

—Lo del sábado no se hace.

—Ya lo sé.

—Te lo tengo que explicar.

—No me tienes que explicar nada.

Y se calla, y yo me quedo con el móvil en la oreja, de pie en mi comedor, entre las cajas de la mudanza, un cofre de nogal barnizado y ciento diecinueve tarjetas escritas a mano con una pluma que era de su padre.

—Tía.

—Ven el sábado a comer —dice—. Hago arroz.

CAPÍTULO 68

Trazabilidad

11 de septiembre

Nuria pide el histórico completo el lunes 7 y lo pide por dos vías: un escrito al juzgado y otro a la compañía.

Lo que contesta la compañía el viernes, por su asesoría jurídica, es un folio y medio que se resume en que atenderán cualquier requerimiento del juzgado instructor y que, mientras tanto, no facilitarán a un tercero información sobre sus sistemas internos de auditoría.

El tercero soy yo.

—Es lo que iba a pasar —dice Nuria—. Una compañía, en un caso así, protege su casa antes que a nadie. Tú ahora mismo no eres una empleada acusada de algo. Eres un agujero de seguridad.

Lo que sí llega, el viernes 11 por la tarde, es lo que el juzgado sí ha pedido: el volcado de los accesos a los tres expedientes, con todos sus campos.

Estamos en su despacho a las seis, con el ventilador y las persianas a media altura, y ella me gira el portátil porque de esto no entiende y yo sí.

Abro el panel de metadatos del primero. Después el segundo. Después el tercero.

Bea. *LOC_PK_HER: 1418,3.*

Nàdia. *LOC_PK_HER: 1418,3.*

Carme. *LOC_PK_HER: 1418,3.*

—Explícamelo despacio y como si yo fuera tonta.

—Ese campo no se rellena. No sale impreso, no lo ve nadie y no lo toca nadie. Solo se arrastra cuando creas un expediente duplicando otro.

—Vale.

—Y ese número es un punto kilométrico que no existe. La N-340 no llega ahí.

—¿Y por qué está?

—Porque lo escribí yo. El veintiuno de agosto de 2018, a las tres y doce, al recodificar el expediente de mi prima. Se me vació la localización y la tecleé otra vez y bailé dos cifras.

Nuria deja el bolígrafo.

—O sea que ese número solo puede venir de ahí.

—Solo puede venir de ahí. —Y me oigo la voz más alta de lo que quiero—. Eso significa que alguien cogió el expediente de Bea, lo duplicó y lo usó de plantilla para crear los otros dos, en 2021 y en 2023. Y eso lo prueba ese campo. Solo.

Me deja terminar.

Y luego dice:

—Bien. ¿Y quién?

—¿Cómo que quién?

—Que quién lo duplicó.

—Alguien que tuviera acceso.

—Alguien que tuviera acceso al expediente de tu prima —dice—. Ese es el conjunto de sospechosos. Dime cuánta gente hay dentro de ese conjunto.

Me quedo callada.

—Te lo digo yo, que llevo tu carpeta. En once años consta una sola persona que entrara en ese expediente sin tenerlo asignado y sin causa. Una. Y firmó la operación con su usuario a las tres y doce de la madrugada.

—Yo lo he confesado. Está en el dossier. Está ante notario desde el uno de septiembre.

—Sí. —Se echa hacia atrás—. Y esa confesión, que tú lees como que te limpia, para un instructor dice literalmente: la investigada reconoce que manipuló el expediente que sirvió de plantilla.

El ventilador da la vuelta y nos coge a las dos y sigue.

—Tú has venido aquí esta tarde creyendo que traías tu absolución.

—Traigo una prueba.

—Traes la prueba de que hubo un clonado. De la autoría no dice absolutamente nada. —Se inclina—. Y si yo estuviera enfrente, ese campo lo usaría a mi favor. Diría: señoría, la única persona que ha estado dentro de los tres expedientes, la única que conoce la existencia de ese campo, la única que reconoce haber entrado sin permiso en el primero, es la mujer que se acostaba con el muerto.

—Eso es absurdo.

—Eso es coherente. —Cierra el portátil—. Y a un relato no le hace falta más que eso.

El ventilador vuelve a pasar.

—Falta una cosa —dice—, y te la quiero decir aquí y no por teléfono.

—Dime.

—El mensaje de voz.

Me quedo con la mano en el respaldo de la silla.

—Del móvil sacaron el audio ayer. Once segundos. Está transcrito y lo han oído el instructor, dos guardias civiles y yo. Yo lo he oído dos veces.

—Vale.

—Y necesito saber si tú lo habías escuchado antes del día diez, porque eso me lo van a preguntar y tengo que contestar sin pensarlo.

—No.

—¿Segura?

—Segura.

—Bien. —Deja un folio boca abajo, que es un gesto que no le he visto hacer nunca—. Entonces te lo digo yo. Te digo lo que dice, y a partir de ahí las dos trabajamos con la misma información, que es como se trabaja.

Y yo digo que no.

Lo digo deprisa, antes de acabar de pensarlo, y me sale una voz que no reconozco.

—No me lo cuentes.

Nuria levanta la cara.

—Irene, es un elemento del procedimiento.

—Ya lo sé.

—Son once segundos que te manda un hombre veinte minutos antes de morirse.

—Ya lo sé.

—¿Y no lo quieres saber?

—No es que no lo quiera saber. —Y aquí me tengo que agarrar al respaldo—. Es que si me lo cuentas, ya está contado. Y entonces yo voy a tener toda la vida una frase de él y me la habrás dado tú, y él me la mandó a mí.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Ninguno.

Nuria se queda un rato con el folio boca abajo debajo de la mano.

—Vale —dice al final—. Pues no te lo cuento. Pero que conste que te lo he ofrecido y has dicho que no, porque esto también me lo van a preguntar algún día.

Escribe cuatro líneas a mano y me lo pone delante.

Firmo el segundo papel en once días en el que consta que me han ofrecido algo y he dicho que no.

Salgo a la calle a las siete y media. Hay gente en las terrazas de la plaza y un grupo de chavales sentados en el bordillo.

Mañana es sábado doce de septiembre.

A las cinco de la tarde de mañana, ciento dieciocho personas iban a aparcar en una rampa que se pagó con el piso de una mujer que hablaba muy deprisa y se disculpaba por todo. A las siete y media iban a servir el cóctel entre dos plátanos, a ciento seis pasos de una balsa con una valla nueva. A las nueve y media iban a entrar en una sala de piedra que costó doscientos catorce mil ochocientos euros.

Y yo iba a bajar un escalón sin mirarlo, medio paso por detrás de un hombre que desde el martes está en el centro penitenciario de Mas d'Enric.

CAPÍTULO 69

Veintitrés minutos

15 de septiembre

El martes 15 Nuria me llama a las nueve y media de la mañana y me dice que baje, que ha llegado lo de la noche.

Lo han reconstruido bien. Lo han hecho como lo habría hecho yo.

22:40. Cámara del acceso de la finca, en el poste del camino de los cipreses. Un turismo blanco saliendo, matrícula legible. Es mi coche y soy yo.

23:03. Ticket de la Repsol de la N-340. Treinta euros. Pago con tarjeta dentro, en la caja, porque el surtidor no me leyó el chip.

23:04. Cámara de la tienda. Una mujer con pantalones oscuros saliendo por la puerta con un tique en la mano.

23:31. Portal de mi edificio. La vecina del primero, que se llama Amparo, que tiene ochenta y un años y que no duerme, subiendo la basura al cubo del rellano. Me vio. Se acuerda del día porque el domingo se enteró de lo del hijo de una conocida.

Celdas. El móvil se movió conmigo: la antena de la zona de la finca hasta las 22:40, después la de la carretera, después Reus. A las 23:26 mi teléfono estaba dando en una antena de Reus.

Y entre las 22:40 y las 23:03 no hay nada.

Veintitrés minutos por una comarcal sin cámaras, sin peaje y sin un solo negocio abierto, dando un rodeo hasta la carretera porque no era capaz de meterme en mi casa.

—Esto no es lo que te salva —dice Nuria.

—¿Cómo que no?

—Un móvil en una antena no dice dónde estás tú. Dice dónde está un aparato. Y un portátil viaja en el asiento del copiloto.

—De la Repsol a la masía hay quince minutos. Y de la Repsol a mi casa, quince. A las once y tres estoy pagando y a las once y treinta y

uno estoy en mi portal. No me da tiempo a subir a la finca, encender nada y volver.

—Eso sí. —Apunta—. Eso lo vamos a usar y hace muy difícil que estuvieras delante de un ordenador de la masía a las once y veintiséis. Pero no cierra nada, porque nadie ha dicho todavía que fuera un ordenador de la masía.

Y entonces me enseña lo que ha llegado de verdad.

Es un informe de tres páginas del departamento de sistemas de mi compañía, remitido al juzgado, sobre la sesión de las 23:26 del cuatro de septiembre.

Dice que esa sesión no se abrió desde el móvil corporativo, que está intervenido desde el día 10 y que a esa hora estaba apagado y en la celda de Reus.

Que no se abrió desde mi portátil de trabajo, que llevaba desde el jueves 3 en un cajón de la oficina.

Que no se abrió desde mi portátil personal, que también se llevaron y que a esa hora estaba encima de mi mesa del comedor.

Y que se abrió desde un equipo que el sistema no había visto nunca antes asociado a mi usuario. Un identificador de hardware distinto. Un navegador distinto, con su huella: versión, idioma, resolución de pantalla, fuentes instaladas. Todo eso queda registrado, y no coincide con ninguno de mis tres aparatos en once años.

—Esto es lo bueno —dice Nuria—. Y no es poco.

—Esto es todo.

—No.

—¿Cómo que no?

—Porque una huella de navegador dice que la sesión se abrió desde una máquina que no es ninguna de las tuyas. —Se quita las gafas—. No dice de quién es esa máquina. No dice dónde estaba. Y hay una explicación alternativa que la acusación va a sacar en cuatro segundos.

—¿Cuál?

—Que tienes un cuarto aparato.
Me quedo mirándola.

—Un portátil comprado en efectivo, sin registrar, usado una sola vez y tirado a un contenedor de Vila-seca el cinco de septiembre a las tres de la mañana. —Chasquea la lengua—. Eso es lo que diría yo si estuviera enfrente. Y no lo tendría que probar. Lo tendrías que desmentir tú, y eso no se puede desmentir.

—¿Y la dirección de internet?

—Ni me la nombres. Una IP es una puerta por la que salen veinte personas. Con una IP no se condena a nadie y con una IP no se salva nadie. Eso es de las series.

—Entonces qué falta.

—El aparato. —Se pone las gafas otra vez—. Ese equipo existe. Tiene un disco, y en ese disco hay una sesión, un archivo temporal y un historial. Mientras no esté encima de una mesa, esto es una discusión técnica, y las discusiones técnicas las gana el que tiene más paciencia.

Después saca otra cosa de la carpeta.

—Y esto llegó ayer. Es un avance, ¿eh. El informe entero tardará meses.

Es el primer resultado de lo que se llevaron de la sala nueva la madrugada del cinco.

Una botella de vermut, abierta, con doscientos ochenta mililitros de contenido. Dos vasos: uno limpio, boca abajo en la bandeja, y otro con restos.

En la botella hay lorazepam. En el vaso usado, también. En el vaso limpio, nada.

Y hay huellas. En la botella, las de la señora Bosch, que la bajó de un armario y la llevó en una bandeja delante de cinco personas. En el vaso usado, las de Gabriel. Las mías no están en ninguna de las dos cosas, que es exactamente lo que cabía esperar y no sirve para nada, porque para abrir una botella y volverla a dejar hay un paño colgado a metro y medio.

Me quedo con el folio en las manos.

—Esto es bueno —digo.

—Esto no es ni bueno ni malo. —Nuria niega con la cabeza—. Esto dice cómo se hizo. No dice quién. Cualquiera que pasara por delante de ese aparador entre las nueve y veinte y las once y media pudo abrirla y volver a dejarla. Y tú estuviste sentada a doce metros durante hora y veinte.

—Yo declararé que estaba ahí. Yo se lo conté a Cabré antes de que me lo preguntara.

—Sí. Y eso te lo apunto en el haber. —Coge el folio y lo vuelve a guardar—. Pero fíjate en lo que dice de verdad ese papel, Irene, porque es lo que te va a decir un fiscal. Dice que quien lo hizo lo hizo allí, con la botella delante, con las manos, en esa sala. No lo mandó por correo.

Nos quedamos las dos calladas.

—Hay otra cosa —digo.

—Dime.

—El veinticuatro de agosto.

—Los cuatro comprimidos.

—Sí. —Y aquí es donde llevo dando vueltas desde que salió la toxicología—. El veinticuatro de agosto yo todavía no había dicho nada. Lo del lunes me lo inventé el uno de septiembre.

Nuria me mira por encima de las gafas.

—¿Y qué me estás preguntando?

—Que si eso quiere decir que ella ya lo iba a hacer.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es lo mismo tener una cosa que tener un plan. —Da un golpecito en la mesa con el bolígrafo—. Esa mujer guarda formularios de patrimonio de gente que no conoce. Guarda listas de invitados de bodas que no llegaron a celebrarse. Guarda el teléfono de un chico de la lavandería de Valls por si un día se le rompe la lavadora. Es una persona que acumula.

—Ya.

—Coger cuatro comprimidos de un bolso que le han puesto en las manos no es decidir matar a nadie el cuatro de septiembre. Es coger cuatro comprimidos porque están ahí y porque nunca se sabe. —Cierra la carpeta—. Yo eso no lo voy a poder demostrar y ella tampoco lo va a decir nunca. Pero es lo que hay.

Sale a la calle conmigo y en el portal se para.

—Y no te hagas la película de que la disculpas.

—No la disculpo.

—Ya lo sé. —Se cuelga el bolso—. Te lo digo por lo otro. Porque lo que sí es verdad es que esos cuatro comprimidos salieron de tu caja.

Por la tarde me llama Ferran.

Es la primera vez desde el día uno. Llama desde el aparcamiento de la oficina, en voz baja, y empieza pidiendo perdón.

—Que a mí me han llamado a declarar.

—Ya me lo imaginaba.

—Y me han preguntado por lo de tu prima.

Me siento en el sofá.

—¿Y qué has dicho?

—La verdad. —Se le nota fatal—. Que en 2018 yo abrí una alerta de fraude en ese expediente, que a los cuatro días no estaba y que nadie me dio nunca una explicación.

—No podías decir otra cosa.

—Es que lo llevo diciendo ocho años en la máquina del café, Irene. Se lo he dicho a medio mundo. —Se para—. Pero es que cuando lo he dicho, el que me tomaba declaración ha levantado la cabeza. Y yo he entendido para qué servía.

Nos quedamos callados por teléfono, cada uno en un sitio.

—Ferran.

—Qué.

—¿Cuándo te vas a Zaragoza?

—El uno de enero.

—Vete tranquilo.

CAPÍTULO 70

Reserva de derechos

22 de septiembre — 24 de octubre

14 de septiembre.

Nuria presenta un escrito en el juzgado con las dos pólizas de socios, el pacto que obliga al superviviente a comprar las participaciones, la deuda de trescientos mil euros afianzada personalmente por la socia mayoritaria y cuatro fotografías hechas con un móvil encima de la tapa de un váter en un piso de la avenida de Montbrió.

No mando nada anónimo. No mando dos líneas a ningún departamento por detrás.

Lo meto en el procedimiento, con mi nombre y con mi abogada, que es lo único que me queda de mi oficio.

22 de septiembre.

Mireia Bosch comunica el siniestro de la póliza 4471-VL, diecisiete días después de la muerte, cosa que no significa nada porque la gente está enterrando a alguien. Lo hace por el canal normal, con el certificado de defunción y una copia del pacto de socios.

Lo sé porque a estas alturas soy parte en un procedimiento y mi abogada ve lo que hay.

26 de septiembre. Tres semanas justas.

Se incauta su portátil personal. No en un registro de película: en su casa, a las ocho de la mañana, con la comisión judicial y una letrada de la administración de justicia, y ella firmando el acta y ofreciéndoles café.

Lo que hay dentro tarda veinticinco días en salir del informe pericial.

2 de octubre.

La compañía formula reserva de derechos. Es un escrito de dos párrafos que se manda al beneficiario y que dice, en sustancia, que

se ha abierto la investigación del siniestro y que ninguna gestión que se realice supone reconocimiento de cobertura.

Es lo más frío que existe en este oficio. Lo he mandado yo doscientas veces sin pensar en quién lo abría.

Y a la vez, con la autorización que el asegurado firmó de su puño y letra el doce de febrero en la última página del cuestionario, la compañía solicita a los centros que lo atendieron la documentación médica necesaria para valorar el siniestro.

Octubre.

Mireia Bosch hace bodas.

Tres. Lo sé porque miro el Instagram de la finca a las dos de la mañana como una imbécil. Sigue publicando: cielos con la sala al fondo, un vídeo de treinta segundos en el que dice que en octubre la luz es la mejor del año, respuestas a los comentarios con dos emoticonos.

Y firma facturas. La de la lavandería industrial de Valls, la del catering, la del mantenimiento del generador. Y paga cada mes la cuota de un préstamo de trescientos mil euros que avaló con su casa, y cada mes que pasa sin cobrar cuatrocientos mil euros es un mes que ella no tenía previsto.

Yo, en octubre, llevo a mi tía a comprar los sábados y contesto un correo de recursos humanos cada diez días.

Rosa no me coge el teléfono. Lo he intentado seis veces.

21 de octubre.

Sale el informe del portátil.

Cookie de sesión de la herramienta interna de mi compañía. Un archivo temporal con el borrador de la modificación del expediente de Nàdia Cots. Historial con la conexión abierta a las 23:19 y cerrada a las 23:34 del cuatro de septiembre.

Y la red a la que estaba enganchado ese portátil en ese momento: la wifi abierta de un restaurante de Reus que se llama Mas Blanc, donde esa noche cenaron diecinueve proveedores del Camp de Tarragona y donde la señora Bosch firmó a las 21:40 y se quedó hasta que cerraron el aparcamiento.

Quince minutos. Entre el segundo plato y los postres, con el bolso colgado de la silla.

Nuria me lo cuenta por teléfono el 21 por la tarde. Yo estoy en la cocina de mi tía pelando patatas.

—¿Y ya está? —digo.

—No.

—¿Cómo que no?

—Que eso prueba que ella modificó ese expediente esa noche. Y es enorme, y con eso yo te saco. —Coge aire—. Pero eso no prueba quién puso nada en ninguna botella. Eso va por otro sitio y va a tardar.

24 de octubre.

Llega la denegación.

Y aquí tengo que ser exacta, porque llevo once años en esto y porque la gente se cree que estas cosas son un botón.

La póliza no era nula. Existió, se emitió, se cobró la prima y estuvo en vigor desde el uno de marzo. Nadie ha hecho magia.

Lo que dice la compañía, en tres folios, es que se preguntó expresamente por un antecedente, que se contestó que no, que ese antecedente existía, que era relevante y que el informe de suscripción establece que, de haberlo conocido, esa cobertura no se habría emitido en esas condiciones.

Y que por eso no paga.

Mireia Bosch mató a un hombre por cuatrocientos mil euros que dejaron de existir el doce de febrero de este año, cuando ese hombre puso una equis torcida en una casilla porque hay una cosa suya de cuando tenía diecinueve años que no le ha contado a casi nadie en veinte años.

Ella no lo sabía.

No mató por lo que iba a cobrar. Mató por lo que creía que iba a cobrar, y en un juzgado eso es el mismo móvil.

Cuelgo y sigo pelando patatas.

Mi tía está en la puerta de la cocina con el trapo en la mano.

—¿Era la abogada?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Que va a tardar.

Roser se queda ahí un momento.

—Rosa no me coge el teléfono —dice—. Llevo tres semanas llamándola.

—Ya.

—Yo a esa mujer la he llamado por su cumpleaños todos los años de mi vida. Desde antes de todo. —Se gira hacia el fogón—. Y ahora tiene uno enterrado y el otro en Mas d'Enric, y yo soy la tía de la que hablan en el mercado.

—Tía.

—Anda, dame las patatas.

. . .

ENTIDAD ASEGURADORA · Dirección de Vida · Departamento de Siniestros

Ref. siniestro V-2026/... · Póliza 4471-VL

Dña. Mireia Bosch Blanch, beneficiaria designada

Muy señora nuestra:

En relación con el siniestro comunicado el pasado 22 de septiembre, correspondiente al fallecimiento del asegurado D. Gabriel Vilaplana Sardà el 5 de septiembre de 2026, y concluidas las comprobaciones iniciadas mediante nuestra comunicación de reserva de derechos de 2 de octubre, le trasladamos lo siguiente.

La póliza de referencia se suscribió con fecha de efecto 1 de marzo de 2026, previa cumplimentación y firma por el propio asegurado del cuestionario de salud que forma parte del contrato. En su pregunta número 11 se interrogaba expresamente sobre haber padecido enfermedad de tipo psiquiátrico o del sistema nervioso, o haber estado ingresado en algún centro por este motivo, sin acotación temporal. La respuesta consignada y firmada fue negativa.

Recabada la documentación clínica al amparo de la autorización otorgada por el propio asegurado en ese mismo documento, ha quedado acreditado un ingreso hospitalario en unidad de psiquiatría entre el 19 de abril y el 13 de mayo de 2005, con una estancia de veinticuatro días.

El informe emitido por nuestro departamento de suscripción concluye que, de haberse conocido dicho antecedente en el momento de la contratación, la cobertura no se habría emitido en las condiciones pactadas.

A la vista de lo anterior, y concurriendo una inexactitud en la declaración del riesgo sobre una circunstancia expresamente interrogada y conocida por el declarante, esta entidad comunica su decisión de no atender la prestación reclamada.

La presente decisión se adopta exclusivamente en el ámbito de la relación contractual de seguro y no prejuzga ninguna otra cuestión que pueda ser objeto de conocimiento por la autoridad judicial.

Podrá formular reclamación ante el Servicio de Atención al Cliente de la entidad en el plazo y forma que se indican al dorso.

Atentamente,

Dirección de Vida y Siniestros

CAPÍTULO 71

La vista

abril de 2027

Entre octubre y abril pasan seis meses y no pasa casi nada, que es lo que nadie te cuenta de esto.

Se instruye. Se piden informes. Se contesta a los informes. Se pide una prórroga. Mi carpeta engorda hasta las mil cuatrocientas páginas y yo, que llevaba once años haciendo carpetas, aprendo por fin cómo se siente estar dentro de una.

Álvaro se conformó en febrero. Dos años y ocho meses. Sigue en Mas d'Enric.

A Mireia Bosch la procesaron en enero y su juicio no tiene fecha todavía, porque los jurados en esta provincia van con año y medio de retraso y porque su defensa ha recurrido cuatro cosas. Ha vendido el treinta por ciento de la sociedad a una empresa de Tarragona para pagar abogados. La finca sigue abierta. En mayo tiene once bodas.

Lo mío se ve el veinte de abril a las diez de la mañana en el Juzgado de lo Penal número dos de Reus, y dura dieciséis minutos.

Es una sala pequeña con el techo bajo y una moqueta gris que huele a moqueta. Hay un micrófono delante de mí que no funciona y la funcionaria dice que hable alto. La jueza tiene cuarenta y pocos años y una carpeta de anillas.

El fiscal es un chico. Le pongo treinta y dos, treinta y tres. Lee.

Lee lo del treinta de agosto de 2026 a las 23:04, 23:07, 23:19 y 23:26. Lee que la acusada, careciendo de asignación y de causa, accedió a dos expedientes de una unidad distinta a la suya, obtuvo reproducción fotográfica de documentación reservada relativa a terceras personas y la puso a disposición de un tercero ajeno a la entidad.

Y luego lee lo otro, porque va en los antecedentes, porque hay que explicar por qué una mujer hace eso.

Lee que el veintiuno de agosto de 2018, a las tres horas y doce minutos, la misma persona accedió sin asignación al expediente de siniestro correspondiente al fallecimiento de su prima; que suprimió una alerta interna de fraude referida a una cuenta bancaria de la fallecida, a tres transferencias y a un número de teléfono no identificado; que eliminó la propuesta de derivación a la unidad especializada; y que recodificó el expediente como accidente de circulación cerrado.

Lee que esos hechos han quedado acreditados y que respecto de ellos no se formula acusación por haber transcurrido el plazo legal.

Tarda cincuenta segundos.

Detrás de mí, en la tercera fila, hay siete personas: Nuria, un funcionario que espera su vista, dos estudiantes de prácticas, un señor mayor que se ha equivocado de sala, una periodista del digital comarcal y mi tía Roser.

Yo no sabía que venía. No me lo dijo. Yo tampoco le dije el día.

No me giro. Sé dónde está porque cuando he entrado he oído toser a alguien de una manera que conozco desde que tengo seis años.

La jueza me pregunta si reconozco los hechos.

—Sí.

Si estoy conforme con la pena.

—Sí.

Si sé que renuncio a que se celebre el juicio.

—Sí.

Si lo hago libremente y asesorada.

—Sí.

Un año de prisión, suspendido por tres. Multa. E inhabilitación especial para el ejercicio de profesión u oficio relacionado con la actividad aseguradora durante dos años.

La jueza dice que la sentencia se dictará in voce y que se me notificará por escrito, y le pregunta al fiscal si renuncia a plazos y el fiscal dice que sí, y le pregunta a Nuria y Nuria dice que sí.

Y ya está.

La funcionaria llama al siguiente.

Salgo al pasillo y el pasillo es el pasillo.

Es el mismo edificio. Es el mismo suelo de terrazo, la misma hilera de sillas de plástico gris atornilladas a la pared, la misma fuente de agua con el mismo cartel de papel pegado con celo, que ahora está amarillo y que dice *NO FUNCIONA* con una letra que no es de nadie.

En noviembre de 2019 me senté en la tercera de esas sillas con un vaso vacío en la mano y un hombre salió de esa puerta y se sentó dejando dos sillas de por medio y me preguntó dónde estaban los baños.

Nuria se queda dentro recogiendo. Yo salgo.

Y mi tía está de pie a dos metros de la fuente, con el bolso cruzado y la rebeca puesta en abril, esperándome.

No sé qué cara tiene. Es la de siempre.

—Tía.

—Espera.

Levanta una mano.

—Solo te quiero preguntar una cosa —dice—. Y no quiero que me expliques nada. No me expliques.

—Vale.

—Ese hombre le quitó el dinero.

—Sí.

—Y ella se enteró.

—Sí.

Roser aprieta los labios.

—¿Cuándo?

—El catorce de agosto por la tarde.

—El catorce.

—A las seis y diez de la tarde entró a mirar la cuenta. A las seis y once empezó a llamar. Llamó doce veces hasta las once de la noche y a las once y cuarto se plantó en Riudoms.

Mi tía se queda mirando la fuente.

—Un día —dice.

—Un día.

—O sea que lo supo.

—Sí.

—Todo. Que se lo había quitado, y quién, y que no le cogía el teléfono.

—Sí.

Y entonces Roser hace una cosa muy pequeña con la boca, y es lo único que le he visto hacer con la cara en nueve años.

—Yo pensaba que no se había enterado —dice.

Y yo me quedo ahí, delante de ella, en un pasillo con una fuente estropeada, entendiendo por fin qué es lo que le quité.

Porque yo llevo nueve años creyendo que le quité la verdad.

Y no. La verdad se la habría podido dar en 2018 y le habría dolido en 2018 y ya estaría. Lo que le quité fue esto: nueve años de una mujer de setenta y un años levantándose cada mañana con la idea de que su hija se murió en una carretera sin saber nada, contenta, con la carpeta hecha y todo en su sitio.

Eso es lo que le he administrado.

Y se lo acabo de retirar en un pasillo, de pie, en cuatro frases, porque me lo ha preguntado.

—Tía.

—No.

—Déjame que...

—Que no. —Se sube el bolso al hombro—. Que no quiero, Irene.

Se queda un momento más.

—Me voy, que he dejado la lavadora puesta.

Y se va por el pasillo hacia las escaleras, despacio, con esa manera que tiene de bajar un peldaño y luego el otro con el mismo pie, y no se gira.

En el coche, Nuria no arranca.

Se queda con las llaves en la mano y las gafas subidas en el pelo y me deja tres o cuatro minutos.

—¿Estás?

—Sí.

—Vámonos a comer.

—Nuria.

—Qué.

Y se lo cuento.

Le cuento el uno de septiembre a las nueve y veinte de la noche, en el aparcamiento de mi oficina, con las tres opciones y la cuarta. Le cuento el entresuelo de Pilar, el tercer peldaño que cruje, los alfileres que se acabaron, las dos manos sujetándome el vestido por la cintura.

Le digo las doce palabras. Se las digo enteras, con el orden que tenían.

Y le digo lo otro, lo que me callé en su despacho el quince de septiembre mientras ella me explicaba lo de acumular.

Que el veinticuatro de agosto, en un entresuelo de la calle Sant Vicenç, con un vestido a medio hilvanar y la cara del color de la pared, yo saqué una caja del bolso, me tomé medio comprimido y le puse el resto en la mano a esa mujer.

Que le dije: guárdamela.

Que ella la tuvo cuarenta minutos y me la devolvió en la puerta, y que yo le di las gracias.

Que el instrumento se lo di yo. Con la mano. Diez días antes.

Le cuento que no había ninguna revisión ni ninguna entrevista y que me lo inventé yo, y que ella me preguntó si lo del lunes era seguro y que yo le dije que sí.

Le cuento el patio, el generador, el cigarro que no se fumó, Portugal, y que él me dijo que el lunes iba a contarle todo y que yo me quedé callada, y que salí a las diez y cuarenta y bajé a la N-340 a dar una vuelta porque no podía ir a mi casa.

Nuria me escucha entera, sin interrumpirme, con las llaves en la mano.

Cuando acabo se queda mirando el parabrisas un rato largo.
—¿Por qué me lo cuentas hoy?
—Porque hoy ya no sirve para nada.
—Ya. —Suelta el aire—. Bueno. Eso es exactamente lo que te iba a decir yo.

Y luego dice:

—Lo peor que hiciste es lo único que no puedo demostrar.

Y mete la llave y arranca, y sale marcha atrás de la plaza mirando por encima del hombro, y dice que la avenida a esta hora está imposible y que vamos a tardar veinte minutos en salir de Reus.

CAPÍTULO 72

Reus

9 de octubre de 2029

La asociación está en un primero de la calle de la Font, encima de una copistería, y son tres despachos, una sala de espera con seis sillas y un pasillo donde no se cruzan dos personas.

Yo entro a las ocho y media. Enciendo, abro las persianas, hago el café, miro la agenda, contesto el correo, imprimo lo que hay que imprimir, llamo a la gente que tiene cita mañana para recordárselo, y a partir de las diez cojo el teléfono.

Soy administrativa. Eso es lo que pone en mi contrato y eso es lo que soy.

Empar Roig, que dirige esto desde hace catorce años y que me contrató sabiendo lo que hay, me lo dijo el primer día en tres frases: que aquí se trabaja mucho y se cobra poco, que yo no atiende a nadie sola y que si alguien me pregunta algo que no sea un horario, un papel o dónde está el baño, yo digo que ahora la atienden.

No es un castigo. Es que no puedo. Está en una sentencia y la sentencia dura hasta abril, y aunque no durase, no hay una sola entidad de este país que me vuelva a poner delante de un expediente.

Lo sabe todo el mundo aquí dentro. La primera semana me daba una vergüenza horrible. Ahora es como lo del calentador de mi tía: hace ruido y ya está.

A Mireia Bosch la condenaron en junio del año pasado por la muerte de Gabriel. Ha recurrido. La finca la lleva otra gente y se llama de otra manera.

Por Bea, por Nàdia Cots y por Carme Rosell no la condenaron. Eso quedó fuera del juicio y quedó fuera casi sin ruido, en una resolución de tres folios: tres muertes accidentales cerradas en 2018, en 2021 y en 2023, con tres atestados, tres informes forenses y ningún indicio de criminalidad, y nada nuevo que oponerles ocho, cinco y tres años

después salvo un campo técnico con un punto kilométrico que no existe.

Lo único que se ha pagado en un juzgado de esta provincia es la muerte del que las eligió.

Álvaro salió en marzo de 2028. No nos hemos visto. Lo sé porque el mundo es pequeño y porque su madre murió en septiembre de ese año y me enteré por el digital comarcal, como todo el mundo.

Mi declaración del cinco de septiembre está en el tomo uno, en la hoja cuatro, y ahí pone que yo mantenía una relación con su hermano desde diciembre. Su abogado tuvo ese tomo durante dieciocho meses.

No sé si lo leyó.

Y no lo voy a averiguar.

A mi tía la llamo los domingos. Contesta.

Hoy es martes, son las once y veinte y estoy sola en la entrada porque Empar tiene reunión con la gente de la subvención y Toni está en el juzgado con una señora.

Suena el telefonillo.

Sube una mujer de treinta y pocos, con una carpeta de gomas azul debajo del brazo y el móvil en la mano, y se queda de pie delante del mostrador, que no es un mostrador sino una mesa con un ordenador viejo.

—Buenos días. ¿Tienen que ser con cita?

—Lo normal es con cita, sí. Pero si me deja sus datos, la llamamos esta tarde y le doy hora para el jueves.

—Vale.

No se sienta.

—¿Ustedes son los del caso de las bodas?

—¿Perdón?

—Es que lo leí. —Cambia el peso de un pie al otro—. Lo de la masía. Lo de la mujer esa. Y en un artículo salía esta asociación al final, con la dirección, y lo apunté.

—Ya.

—Lo apunté en junio.

Coge aire.

Y entonces, de pie, con la carpeta debajo del brazo y sin sentarse, hace lo que hace todo el mundo cuando por fin sube una escalera que lleva cuatro meses sin subir, que es soltarlo de golpe y en desorden.

Que se casa en marzo. Que ella tiene un piso de su abuela y una indemnización de un despido que cobró en abril. Que él le ha dicho que eso hay que ponerlo a buen recaudo antes de casarse, que hay una manera de dejarlo blindado, y que un amigo suyo sabe cómo se hace.

Que abrieron una cuenta en agosto.

—Y es mía —dice—. O sea, es mía. Está a mi nombre. Yo estuve delante y firmé yo.

—Ya.

—Y él dice que por eso no hay ningún problema.

Se queda callada un segundo.

—Yo lo que quiero saber es una cosa nada más. —Y ahora sí baja la voz, aunque no hay nadie—. Si la cuenta está solo a mi nombre, ¿él puede sacar dinero de ahí?

Yo tengo las manos encima de la mesa, a los dos lados del teclado.

Cojo el móvil para abrir la agenda y ver qué hueco hay el jueves.

En la pantalla, encima del calendario, con el brillo de las once y veinte de la mañana, están las notificaciones de siempre: dos correos, el aviso del banco, un mensaje de mi tía de ayer que ya he leído.

El terminal me lo devolvieron en junio de 2027, en una bolsa con precinto, con todo dentro y con un papel que decía que se había obtenido copia.

Y debajo de todo, donde lleva mil ciento treinta y un días, sin abrir, con el punto azul intacto:

Gabriel · Mensaje de voz · 0:11

Dejo el móvil boca abajo al lado del teclado.

La mujer sigue de pie, esperando, con la carpeta debajo del brazo.

Y abro la boca.
